



DIARIO DE LA MARINA



LA HABANA, 23 DE OCTUBRE DE 1938

Suplemento Dominical

En Este
Número:



Como Nacen
las Estrellas
Por Sam Lukas



HORAS DE
DIVERSION
Por Martha Janes



NUEVOS
TRAPOS
Crónica de Modas
de Hollywood



Estrictamente
Personal
Cuento Breve



Lecturas Escogidas
Historietas Amenas
y Humorismo



TRUCUTÚ, QUE ESTÁ BUSCANDO A FUGUCHÉ, SE TOPA CON UNA BANDA DE SUJETOS SOSPECHOSOS.

TRUCUTÚ

¡QUIERO HACERLES ALGUNAS PREGUNTAS!

NO DIREMOS UNA PALABRA.

¡VÁYASE DE AQUI!

¡NO HEMOS HECHO NADA!



¡QUIETOS Y CONTESTEN, SI NO QUIEREN QUE LES DÉ UNA PALIZA!

¡ACABEMOS DE UNA VEZ!

¡A MÍ LOS GUARDIAS NO ME ASUSTAN!

¡DÉMOSE UN ESCARMIENTO!



¡PUES, COMPLACIDOS!

¡BUENA PUNTERÍA, TRUCUTÚ! ¡PERO YA NO TIENES ARMAS!



PAM
PUN



¡ESO ES PARA QUE APRENDAS A RESPETAR! ¡BRIBÓN!

WHOP



¡TE HARÉ UNA TORTILLA!



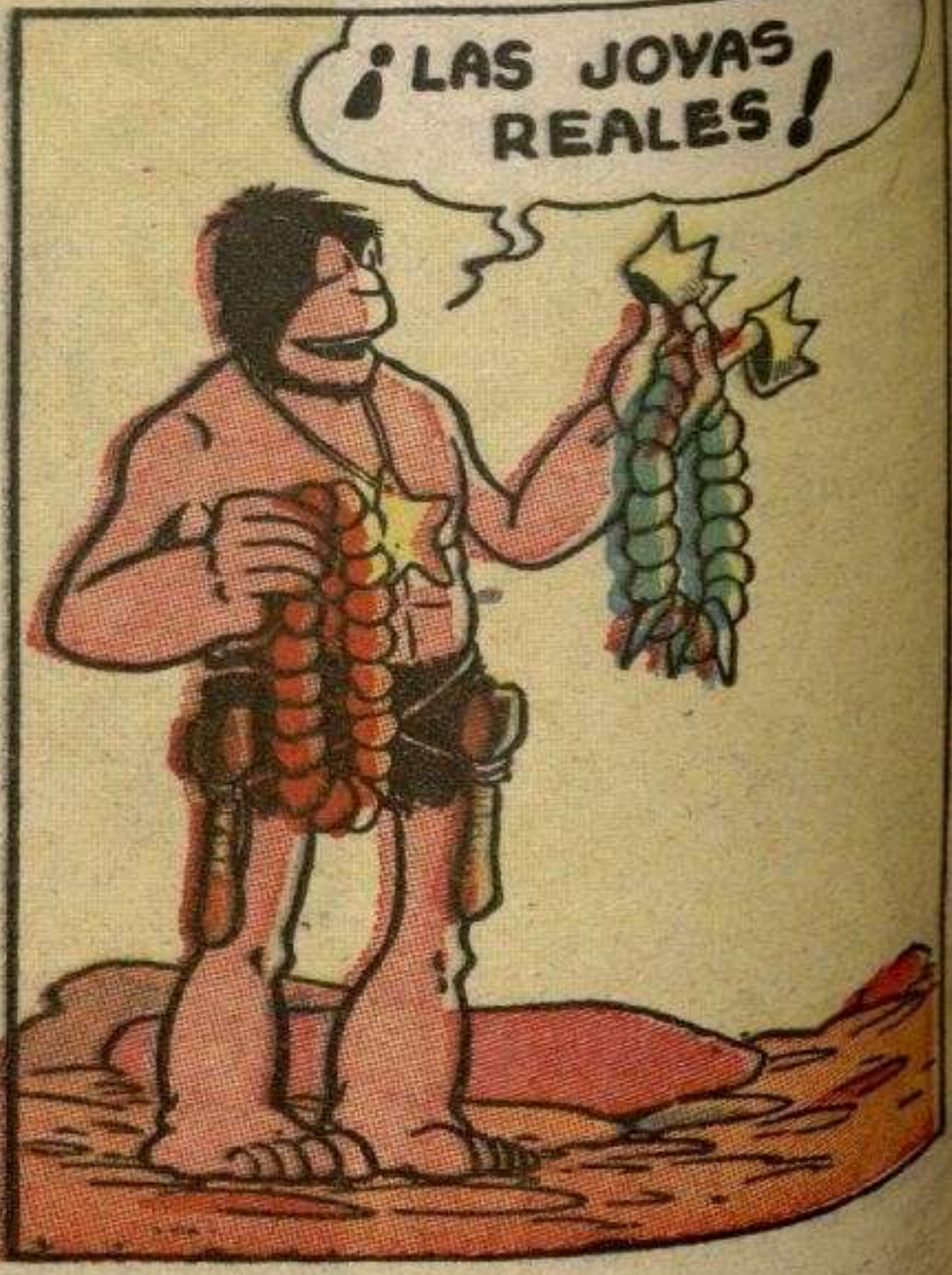
¡CACHÓN, LOS HE NOQUEADO! ¡TENGO QUE ESPERAR QUE DESPIERTEN PARA PREGUNTARLES POR FUGUCHÉ!



¡HE METIDO LA PATA! ¡SOY UN ANIMAL!



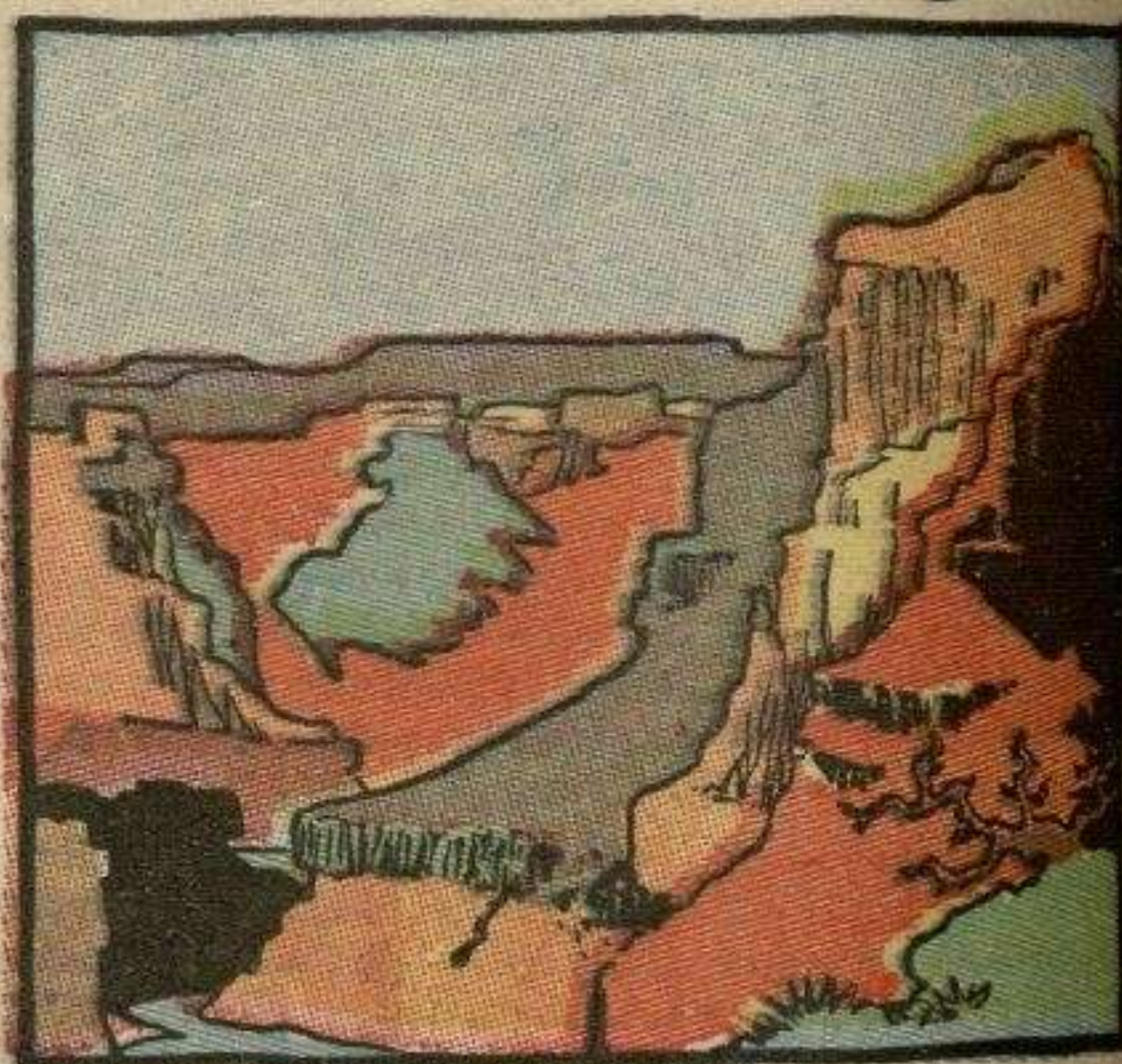
¡CACHÓN, QUÉ VEO?



¡LAS JOVAS REALES!

FRAGMENTOS

EN EL GRAND CANYON, EE.UU., SE HA ENCONTRADO UN COLMILLO DE TIBURÓN DE UNA ESPECIE QUE VIVIO HACE MILLONES DE AÑOS, Y QUE TENIA FAUCES DE 5 PIES DE ANCHO



LOS PALEONTOLOGOS DE LA UNIVERSIDAD DE COLORADO HAN DESCUBIERTO UN FOSIL DE DINOSAURIO CUYAS EXCAVACIONES COSTARÁN \$ 20,000



La señorita NEUVILLE



Un rayo que hubiese caído sobre la cabeza del marqués no le hubiera hecho más daño del que le hicieron aquellas palabras; aquel infeliz lo perdía todo a la vez: el amor, la noble altivez de su raza, todas sus ilusiones, hasta las últimas esperanzas que había concebido sobre la tierra. Así es que se quedó un buen rato sin poder articular palabra; Vincent, reuniendo las poquísimas fuerzas vitales que le quedaban, prosiguió diciendo:

—Quizá penséis en este momento que yo no la he guardado bien; pero creed a un antiguo criado vuestro que va a morir; he hecho cuanto he podido, cuanto he debido en obsequio vuestro; en vuestra ausencia os he defendido con todas las fuerzas de mi corazón, pero he sido vencido. «Ella», no pudiendo probar vuestra muerte, ha pedido el divorcio y se ha casado con ese bribón. Yo no he vuelto a verlos ni al uno ni al otro... Yo quería traerme conmigo a Carlota, pero «ellos» no lo han consentido; la niña vive en su compañía. ¡Yo he vuelto aquí porque sabía que vos volveríais también al país de vuestros padres, y os aguardaba!... ¡Ay de mí!... ¡Habéis tardado demasiado!... ¡Decid que me perdonáis, mi querido amo!... ¡He sufrido tanto!

El marqués abrazó a Vincent, y le dijo:

—¿Qué tengo yo que perdonarte a tí, que siempre me has querido? ¡Pero ella, a quien yo amaba tanto!...

Es preciso que vayáis a buscarla; he aquí las señas de su casa —añadió Vincent, buscando una cartera que llevaba en el bolsillo del pecho de la chaqueta—. Todo está aquí, las señas y mi última voluntad.

Apenas tuvo aquel hombre honrado fuerzas suficientes para acabar de pronunciar estas palabras; la voz expiraba en sus labios, y una palidez cenicienta se extendía por su rostro; aquella sacudida demasiado violenta había roto las últimas fibras en que se sostenía su vida. Asustado el marqués al verle así, trató de reanimarle, pero aquel esfuerzo había sido como el último resplandor

de una lámpara que va a apagarse. Vincent buscó la mano de su amo y amigo y la estrechó sobre su corazón, diciendo:

—Estoy contento, habéis regresado por fin...; «nunc dimittis, nunc dimittis... servum tuum Domine». ¡Jesús mío, salvalme y bendecirme!

El marqués le presentó y le hizo tocar el crucifijo que llevaba en el pecho; el moribundo le cogió con una vivísima expresión de amor, y se lo llevó a los labios; al momento echó la cabeza hacia atrás, y su mano helada se desprendió de la de su amigo. El siervo fiel estaba ya en la presencia del Señor.

El marqués pasó dos días en aquella triste morada velando el cadáver de su amigo, que le había guardado con fidelidad y con viva esperanza de que volvería a verle; al tercer día le acompañó al cementerio, y pidió que se le enterrase en un rincón en donde había sitio para dos sepulturas.

El escribano del pueblo, a quien M. de Neuville había remitido el testamento sin verle, le participó que quedaba único heredero de la fortuna de Vincent.

—«Y en caso de faltar el señor marqués de Neuville —decía aquel escrito—, es mi voluntad que todo cuanto poseo se le entregue a la señorita Carlota de Neuville, que vive en París en casa del general Marcelo Vincent».

XII

La mujer y la hija

En la época del Consulado, el noble arrabal de San Germán, cubierto de grandes y suntuosos palacios, estaba muy abandonado, y las nuevas fortunas, hijas de un sistema social también nuevo, buscaban para ostentar su lujo y su elegancia, otros barrios que hasta entonces no habían figurado bajo el concepto de que vamos hablando: ibanse a vivir a las inmediaciones de la plaza de Vendôme, en donde, andando el tiempo, había de erigirse el soberbio monumento, de las glorias imperiales, y allí brillaban los advenedizos de las armas, de la

toga o de la Hacienda; allí se edificaban magníficos palacios destinados para los cortesanos de las Tuilerías o de la Malmaison, y, finalmente, aquellos brillantes barrios eran los únicos, o al menos los más frecuentados de París, por los muchos extranjeros que acudían a la capital después de firmado aquel tratado de paz, tan bien acogido por todo el mundo, y que tan efímero había de ser.

En el centro de la calle del arrabal de San Honorato se veía un lindo edificio, cuya blanca fachada estaba adornada con columnas coricas que sostenían una cornisa, en donde unas estatuas que simbolizaban las victorias sostenían un escudo. La puerta de entrada daba a un vasto patio, adornado con jarrones de mármol, y al extremo de este patio, sea en frente de la puerta, se veían tres escalones, también de mármol, por donde se subía al portico; en éste había grupos de estatuas entre flores muy raras, lo cual daba a aquel sitio un aspecto severo y elegante a la vez. Un magnífico tapiz de Persia resguardaba del frío una serie de salones adornados para dar bailes en ellos, o para tener en ellos reuniones de mas franqueza, y al extremo de estos salones había un gabinete delicioso, cuyas ventanas daban a un amenísimo y sombrio jardín. Allí reinaba el lujo que los conquistadores de Italia habían tomado de la civilización antigua.

El gabinete, decorado del modo que acabamos de indicar, y cuajado, digámoslo así, de muebles de maderas finas y olorosas, de bronce y mármoles, tenía, además, encima de la chimenea cuatro hermosas miniaturas, firmadas por el célebre pintor de este género, Isabey.

La primera representaba un hombre de unos treinta y dos años, vestido de general, con una gran cuchillada en la frente que le sentaba aun mucho mejor, quiero decir, que le honraba todavía más que las estrellas de plata que se veían en la pala de sus carreteras de canelón gordo. Al otro lado se veía el retrato de una mujer de la misma edad, poco más o menos, hermosa, risueña y elegantemente peinada y vestida; en medio de estos dos retratos había otros dos más pequeños que representaban un niño y una niña, cuyas raciones tenían con las del guerrero y las de la señora esa semejanza que se llama vulgarmente «aire de familia».

Al lado de la chimenea, en donde ardía un fuego muy claro, había un bastidor de bordar; al poco rato una joven de diez y seis años, alta, esbelta, graciosa y, sobre todo, sumamente modesta, fué a sentarse al lado de aquel bastidor después de haberse distraído un rato paseando por el jardín, y se puso a trabajar.

Esta joven, apreciable a todas luces, hubiera llamado la atención en medio de las más brillantes fiestas de la antigüedad; tenía el rostro ovalado, frente noble, despejada y que revelaba mucha inteligencia, y unas cejas pobladas en una justa proporción, arqueadas y muy parecidas a las de esas vírgenes de la escuela antigua; sin embargo, parecía que un disgusto secreto había hecho palidecer sus mejillas, apagando su mirada y como encorvado su flexible cuello alabastrino; la expresión de su fisonomía era la del candor que ignora, como asimismo la de la tristeza que sabe o que presiente. La joven de que vamos tratando iba vestida con elegancia; un traje de seda de color de perla, hecho a la griega, marcaba su talle; pero, a despecho de la moda de la época, tenía modestamente cubiertos los brazos y las espaldas; llevaba collar y pendientes de coral, trabajado todo ello con primor, y en la muñeca derecha una pulsera sencilla con un medallón, dentro del cual había una cruz de San Luis.

Esta señorita era Carlota de Neuville, doncella cristiana que en la casa de su madre, en medio del esplendor y de las fiestas, lloraba a su padre y vivía para una sombra ausente, pero siempre querida. En ella la juventud había sucedido a la infancia, las circunscripciones de su vida habían variado, el lujo había reemplazado a la pobreza; tenía un padrastro joven, elegante, caballeroso, esposo querido de su madre y respetuoso con ella, al mismo tiempo que su generoso protector; hombre, en fin, que si no la tenía tanto cariño como Vincent, la quería, sin embargo, mucho, y tenía con ella las mismas atenciones que aquel fiel servidor de su padre y de su abuelo; en una palabra, todo se había transformado a su alrededor, pero Carlota seguía siendo siempre la misma. Su alma, cual si hubiese tenido la misma consistencia que el bronco, conservaba las primeras impresiones que había recibido; vivía sumisa a su madre, deferente con su padrastro, pero miraba con la mayor indiferencia los espectáculos de esplendor y de riqueza que tenía a la vista, y conservaba en el fondo de su corazón en aquel santuario íntimo del hombre el culto de lo pasado; de suerte que debajo de

M. de Neuville proseguía su marcha despacio pensando en todas estas cosas; su corazón latía con creciente violencia conforme se iba acercando a la casa del guarda. Esta casa estaba adosada a una capilla dedicada a la Santísima Virgen y en épocas remotas había sido la morada de un respetable ermitaño de la Orden de San Francisco. El buen ermitaño cuidaba de la capilla, a donde de tiempo inmemorial acudían los aldeanos en romería en la fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, una señora de la familia de Neuville, había fundado allí a perpetuidad un convento por su alma y las de todos sus descendientes. Tan piadoso recuerdo había sido, sin embargo, suficiente para salvar aquel pequeño santuario; sus paredes de piedra brava estaban aún frescas, pero el techo agujereado por todas partes dejaba que cayera sobre el pavimento el agua y la nieve; los vitrales pintados en que se veían los blasos de la familia, habían sido reducidos a polvo; la campana que llamaba a las fieles a la oración había desaparecido, y la mesa de mármol del altar estaba cubierta de hojas secas y podridas; algunos restos de esculturas y de ornamentos sacerdotales cubrían el suelo de la capilla; la destrucción parecía bastante reciente, pero no se había reparado nada.

—¿Cómo! —exclamó M. de Neuville—. ¿Los dueños han perdonado esta linda capilla?

Al lado de la capilla, y separada de ella por un jardincito estaba la antigua casa del guarda que de lejos parecía una peña cubierta de musgo, porque la mata de yedra se había encargado de cubrirlo toda con su negro follaje hasta el suelo hasta la punta de la chimenea. Las ventanitas abiertas en aquellas espesas paredes estaban cubiertas únicamente por aquella enorme plana, que se desataba, y únicamente que se desataba libre y completamente despejada de la puertecita de entrada; una vez atravesado el umbral de ésta, se encontraba como en la pieza principal, y M. de Neuville vió, al resplendor de un fuego que chisporroteaba en el hogar, a un anciano sentado junto a una chimenea solo, inmóvil y que parecía haber llegado al último término de la vejez. Sin embargo, cierta cosa que notaba en la postura y en el porte de aquel anciano, y sobre todo, la melancolía del corazón, mucho más feliz que los ojos, le hicieron reconocer al momento en aquella especie de espectro al antiguo amigo.

M. de Neuville, corrió hacia él, le abrazó y con voz conmovida le dijo:

—Vincent! ¿Me conoces? ¿Ese pálido fantasma levantándose como Lázaro al oír al Señor que le llama? —exclamó:

—Señor Marqués! ¡Estais de vuelta!

—¡Bien sabía yo que volveríais! —dijo, se dejó caer sobre el pecho de su amo y un torrente de lágrimas salió de sus apagados ojos: Vincent había cegado; su corazón y su memoria parecían que estaban dormidos en un profundo sueño que en la ancianidad es precursor del de la muerte: pero el único afecto que había dominado su existencia acababa de despertar de pronto, y volvía a ser el nombre de antes, volvía a tomar posesión de su amigo.

El marqués le abrazó una porción de veces seguidas, derramando unas lágrimas que a la ruina de su casa no había podido arrancarle; el estado en que había llegado a su antiguo sirviente le decía un número de años que había transcurrido desde que se habían separado, pero los años se habían abierto en un instante como si hubiesen pasado! ¡Cuántos misterios acontecidos en la mayor parte de estos años!

Los dos ancianos permanecieron un momento en silencio; Vincent fué el primero que volvió a hablar.

—¿Os aguardaba —dijo—; no que me morirme sin volver a veros; ahora os veo, pero os oigo. Bien sabía yo que no habíais muerto.

—¿Decir, que ha habido quien lo sepulcra así? —replicó el marqués con voz trémula.

—¿Y la señora?

—Vincent se cubrió el rostro con ambas manos; el marqués le dijo entonces con voz imperiosa y trémula:

—¿Dónde está mi mujer? ¿Ha muerto? —dijo Vincent!

—En dónde está? —contestó éste.

—¿Y mi hija?

—¿Dónde está? —dijo Vincent.

—¿Dónde está? —dijo Vincent.

—¿Dónde está? —dijo Vincent.

—¿Dónde está? —dijo Vincent.

la cruz de San Luis había grabado con la punta de la aguja estas dos palabras, que eran su divisa: DIOS Y MI PADRE.

Largo rato prosiguió bordando sola, y su mano parecía que volaba sobre el raso; bordaba en un paño de cáliz los emblemas o atributos de la Pasión de Jesucristo. Aquel ornamento estaba destinado para la capilla de San Bartolomé, a donde nuestra joven, fiel a sus creencias y a su costumbre, seguía yendo a oír misa. Carlota no trabajaba más que para las iglesias o para los pobres, y oraba, y trabajaba, todo a la vez.

De pronto oyó unos pasitos ligeros, levantó la cabeza, y saludó con una sonrisa angelical a su madre, que entraba en el gabinete risueña, y, como vulgarmente se dice, respirando salud y alegría.

Delfina echó sobre un sillón su mantón de cachemir, se quitó la elegante capotita que levaba puesta, se puso delante del espejo para arreglar su peinado, que se había descompuesto un poco, y dijo:

—¡Por fin, he hecho hoy todo lo que me proponía hacer! Después de haber almorzado en la «Malmaison», he hecho todas mis visitas le invitación para nuestra pequeña «soyrée» del jueves; creo que será muy bonita: concierto de cena y un poco de baile para las niñas y para los oficiales jóvenes; la hermosa señora de Leclerc me ha dado palabra de venir a favorecernos; aquel rostro tan gracioso y bello es el mejor ornato de un salón; también me han prometido asistir otra porción de amigos y amigas. Te he mandado hacer para aquel día un bonito vestido de gasa color de rosa, que espero querrás estrenar aquel día por complacerme, y como prueba del cariño que me profesas y además...

—Mamá —contestó Carlota interrumpiéndola—, os suplico que me dispenséis de asistir a esa reunión; ya sabéis que no hay cosa que sea menos de mi gusto que semejantes fiestas.

—Pero, Carlota, ¿has de estar triste toda tu vida?

—Mucho me lo temo, mamá. —Es que tu tristeza, hija mía, es una especie de reconvención para mí. ¿Qué motivos hay para que no seas dichosa? Yo te quiero; Marcelo, el general... te quiere igualmente, y tú misma estás viendo con cuánta consideración te trata siempre; tu hermana y tu hermano son dos criaturas amabilísimas, que tampoco te dan ningún motivo de disgusto; nuestra posición es envidiada de todo el mundo; todos nos sonríen... ¡tú únicamente es la que parece que estás siempre de luto!

—Perdonad, mamá; pero vos misma sabéis que no me gusta la sociedad.

—Hija mía —dijo Delfina meneando la cabeza—, tú vives demasiado de tus recuerdos, y, aunque eres buena, en el fondo de tu corazón censuras mi conducta...

—Yo os amo y os respeto... ¡No dudéis jamás de mi corazón, mamá!

La madre y la niña se besaron, y de los ojos de la dichosa Delfina se desprendió una lágrima que fué a caer sobre la pálida mejilla de Carlota.

—¿Asistirás a la reunión? —dijo la madre.

—Si vos me lo mandáis...

—¡Pues bien, sí! Yo te mando que seas hermosa, que seas admirada.

Un ruido de pasos que se oyó en la pieza inmediata interrumpió este diálogo; al poco rato se presentó un lacayo a la puerta del gabinete, y dijo con voz sonora anunciando una visita:

—¡El señor marqués de Neuville!

Un rayo que hubiera caído sobre la cabeza de Delfina no la hubiera dejado más aterrada de lo que quedó al oír aquella palabra; Carlota también se turbó bastante, aunque por motivos muy distintos de los de su madre.

El marqués atravesó el umbral del gabinete. Carlota, sin hablar palabra, se arrodilló en la silla en que había estado bordando, cual si se la hubiese aparecido una visión celestial. Delfina también se arrodilló, porque la flaquearon las piernas, y ocultó el rostro entre los almohadones del sofá; todo se había hundido a su alrededor; y aquella mujer que momentos antes se consideraba tan feliz, sentía vibrar en su interior un grito de suprema desesperación que le decía: «¿Dónde me ocultaré? ¡Paredes y columnas de esta pieza, caed sobre mí!».

La voz de su marido la sacó de aquel lamentable estado; aquella voz dijo con tanta dulzura como tristeza:

—Delfina... ¿Me conoces?

Delfina se puso en pie, y miró a su marido con cierto sentimiento de temor.

—Delfina —prosiguió diciéndole el marqués—; soy yo, tu marido, el protector de tu juventud; tu amigo; vuelvo con el corazón lleno de ti y de nuestra hija... ¡Dios mío!... ¿Dónde te encuentras?

—¡Perdón! —contestó Delfina—. ¡Perdón y tened lástima de mí!

—¡Lástima!... ¡Comasión! Yo creía

que era yo el más acreedor a que se tuvieran de mí; yo vuelvo pobre y solo a mi país después de once años de destierro y de haber hecho largos viajes; yo he soportado todas las miserias de una vida ambulante después de haber hecho trabajos superiores a mis fuerzas con un solo objeto delante de mis ojos: el de volver a abrazar a mi mujer y a mi hija; vengo del interior de América, y lo que encuentro es a mi mujer que lleva un nombre que no es el mío, y a mi hija bajo la protección de una persona extraña. ¡Yo he sido olvidado, he sido rayado de la lista de los vivos!

—¡Ay de mí!... —exclamó Delfina—. ¡Yo creía que habíais muerto! ¡Y cómo no recibía noticias vuestras!...

—Nos separaba el mar, y mis cartas debían haberse perdido... —contestó el marqués irritado—. ¡Qué cosa tan frágil es la fidelidad de la mujer! ¡Vos no temíais la dicha de saber a punto fijo que yo hubiese fallecido, supuesto que habéis pedido el divorcio!

—Vos no sabéis...

—Yo no sé, pero adivino... El atractivo de las riquezas y el afán de figurar han triunfado de la fe que me habíais jurado.

M. de Neuville se había ido animando cada vez más; el espanto de su mujer al verle había cambiado en hiel la ternura de su corazón, porque le hacía pensar interiormente: «Muy aborrecido debía ser yo para que se me tema tanto ahora».

Delfina permanecía muda, pero hubieran podido verse y contarse las palpitaciones de su corazón; Carlota se había retirado a un rincón del gabinete, y presenciaba aquella escena sin atreverse a huir ni a dejarse ver, y su padre, preocupado de una sola cosa, no la veía porque iba ya declinando el día.

—Delfina! ¡Yo no quiero ni ofenderos ni asustaros; escuchadme! Vos sois mi mujer, y delante de Dios no podéis ser

—¡Desdichada mujer! —exclamó—. ¡Adiós! En ese caso, yo no invocaré el auxilio de la ley: tal vez podría hacer lo... ¡Adiós! Ya no volveréis a verme jamás...

—No os iréis solo, padre mío —exclamó Carlota corriendo hacia él y echándole los brazos al cuello—. Padre, madre, ¡perdonad! ¡Lo he oído todo! Quiero seguirlos padre mío, para no separarme jamás de vos.

—¡Hija mía! —exclamaron a la vez el marqués y Delfina; aunque con un tono de voz y con una expresión diferente de dolor en ella, de amor en M. de Neuville.

—¡Hija mía! —prosiguió diciendo éste, estrechando a Carlota contra su pecho—. ¡Carlota mía, he aquí el primer sentimiento de gozo que he tenido en once años!

—Yo no os había olvidado nunca —contestó nuestra joven dándole un beso en la frente—, y quiero seguirlos.

—¡Carlota! —exclamó Delfina—. ¡Me abandonas! ¿Es posible que hagas esto con tu madre, hija mía?

—Vos no estáis sola, madre mía, y bien sabéis que aún a vuestro lado no era yo dichosa.

—Carlota —dijo el marqués— en mi casa no te aguarda otra cosa que la pobreza.

—La pobreza con vos, padre mío, será bendita: mi madre sabe cuánto aborrezco yo la riqueza. ¡No me rechaicéis de vuestro lado! Vuelvo ahora mismo, y ya no me separo de vos.

—Dichas estas palabras, salió del gabinete, quedándose en él solos sus padres. Delfina lloraba a lágrima viva.

—Caballero —dijo al cabo de un rato dirigiéndose a su marido—, que las virtudes de mi hija obtengan de vos algún día mi perdón: no penséis en mí con ira.

—Eso —contestó el marqués brusca— mente— pedidlo a Dios; las virtudes de

mi hija ponen más en relieve vuestros yerros. ¡Carlota, esa criatura, angelical es hija de una mujer divorciada!... ¡Adiós! ¡Por respeto a su inocencia debíais haberla evitado esa deshonra!

Nuestra joven volvió a entrar cuando su padre acababa de decir estas palabras; se había echado una pelliza, y en la mano llevaba una cajita que contenía cuatro fruslerías de escaso valor, una cosa que sacaba de la opulenta casa de su madre.

—¡Adiós, mamá —dijo al entrar— adiós, mi querida mamá!

—Delfina no se atrevió a oponerse a la partida de Carlota; lo que hizo fue abrazarla y besarla una y mil veces, cual si hubiese querido justificarse con aquellos abrazos. El marqués cortó aquella despedida cogiendo a Carlota de la mano, y diciendo al mismo tiempo:

—¡Vamos!

Y los dos salieron de aquella casa sin siquiera volver la cabeza atrás. Carlota se había agarrado al brazo de su padre, y en aquel momento de supremo sacrificio tenía, sin embargo, el corazón mucho más desahogado que antes, porque es lo cierto que la virtuosa doncella no había respirado con completa libertad en todo el tiempo que había vivido en casa del general Vincent; ahora, ya yada en el brazo de su padre, de un padre anciano y pobre, sentía despertarse en su alma una especie de orgullo secreto; era dichosa en lo más recóndito de su ser, por violentos que fuesen los combates y las borrascas que se presentaban a agitar la superficie. La paz descansaba en la paz profunda de los mares, en el mismo instante en que las olas están más alborotadas; del mismo modo la naturaleza sufre y combate, en tanto que la conciencia y el corazón están tranquilos.

—¿A dónde vamos, mi amado padre? —preguntó Carlota al cabo de un rato con encantadora sonrisa y con suma dulzura.

—A Neuville —le contestó el marqués—. La casa de Vincent nos aguarda; pero él, amada mía, ha dejado de existir; Dios te envía para reemplazarlo; Dios me envía un ángel después de un santo!

XIII

La casita.

La vieja morada en donde Vincent había pasado los últimos años de su vida, no tardó mucho en recibir a sus nuevos huéspedes. Era una pobre habitación, casi tan desmantelada y tan faltante de comodidades como en la época en que vivía en ella el pobre ermitaño de San Francisco de Asís, y, sin embargo, tenía un valor inestimable para los dos seres desgraciados que buscaban en ella un asilo, y que encontraban dentro de aquellas pobres y desnudas paredes unos recuerdos queridos que no hubieran podido ofrecerles los palacios más suntuosos de la tierra.

Desde que el padre y la hija llegaron allí, Carlota recordó las lecciones de su vida indigente y laboriosa; las lecciones de aquella época en que, todavía niña, ayudaba a Vincent y a la criadita que tenían, en las faenas domésticas; parecía que no hubiese vivido nunca en un palacio al verla tan agitada y trabajadora, y parecía imposible también que aquellas manos delicadas hubiesen trabajado jamás en las sedas tan amaestradas en aquellos trabajos groseros, tan prontas a aceptar el orden y la limpieza, tan activas cuando se trataba de procurar alguna más comodidad al venerable anciano que no podía esperar sino de ella que se cuidase cual su edad lo requería; a quien nadie sino ella podía ya haber sido feliz. Al cabo de muy poco tiempo, aquella modesta habitación tenía un aspecto enteramente distinto; por fuera, que estaba cubierta con su capa de yedra, que era aquella estación rigurosa estaba como bordada o plateada por las escarchas; pero, aunque sombría y casi fuera, por dentro era alegre y casi brillante.

En la chimenea del comedor ardía un buen fuego; los muebles del piso fueron y los de las alcobas fueron casi todos rescatados por Vincent, que los adquirió a los aldeanos que los habían subastado cuando se vendió en pública subasta todo lo que había en el castillo; así es que el marqués se encontraba por todas partes rodeado de una porción de antigüedades; el crucifijo y los libros de devoción de Vincent también le habían salvado aquella soledad, y cuando se respetable anciano no podía ya trabajar por su ceguera, se contentaba con leer los libros de los santos, también aquellos libros de devoción para el marqués unos amigos fieles. Carlota no tenía mucho tiempo de haberse dedicado a la lectura; la aguja era su constante compañera, y bajando con ella era como descansando de sus demás faenas; entonces era también cuando podía hablar más despacio con su padre.



Nunca, ni el padre ni la hija, pronun-
 cian el nombre de Delfina, pues el
 marqués, al informarse de todo lo que
 había sucedido a Carlota durante su
 ausencia, jamás nombraba a su mujer;
 nombre que con más frecuencia sa-
 le en sus conversaciones era el del buen
 Vincent, y este nombre tan simpático pa-
 ra aquellos dos seres, que vivían aislada-
 mente del resto del mundo, siempre produ-
 cía alguna tierna emoción.

—Ha perdido la vista —decía Carlota
 por haber trabajado tanto por nos-
 otros; vos no podéis figuraros, amado pa-
 dre mío, lo mucho que nos quería.

—Bien lo sé, hija mía; Vincent fué la
 piedra en que yo me apoyé en todas mis
 tribulaciones cuando mi mala suerte me
 obligó a ir a América, en donde yo no
 pensaba en otra cosa que en el abando-
 no en que te había dejado; y segura-
 mente me hubiera muerto de inquietud
 al saber que aquel fiel compañero de
 mi infancia se hallaba a tu lado.

—¿Os quería tanto! El es, mi buen pa-
 dre, quien ha mantenido siempre vivo
 en mi alma vuestro recuerdo; yo os veía
 siempre delante de mis ojos como una
 imagen, como un retrato que hubiera
 estado ya en otro tiempo, y Vincent, ha-
 biéndome constantemente de vos, impe-
 ñaba que aquella querida imagen se bo-
 nificase de mi memoria: la daba vida, por
 decirlo así.

—¿Con qué te hablaba algunas veces
 de mí?

—Me hablaba de vos a todas horas;
 de vuestra infancia, de cuando corriais
 persiguiendo a las mariposas, o
 cazando pajarillos por ese inmenso bos-
 que, que ya no existe; de vuestra juven-
 tud, cuando él volvía de su colegio de
 Vaast a pasar las vacaciones en su
 casa, y que os encontraba a vos cansa-
 do, padre mío, estudiando matemáticas
 con vuestro preceptor: de que pasabais
 leyendo todos los ratos que os dejaba il-
 lustrar el estudio... ¿Pues qué diré de
 vuestras primeras campañas?... ¡Nues-
 tro amigo Vincent me las refería con
 tanta minuciosidad de detalles, como si
 se hubiese hallado en ellas! El almiran-
 te de la «Motee Yiquet» era su héroe
 después de vos y describía el combate
 de Quessat cual si hubiese visto tem-
 poral en él al duque de Chartres. Luego
 me refería la vida tranquila que lleva-
 bais en el castillo cuando aquel mal
 hombre de Cristóbal triunfaba en Nue-
 ville... ¡Cuántas veces me ha contado
 todo lo que padecisteis en aquellos tris-
 tos días! Así es que, merced a Vin-
 cent, yo conocía a Neuville, el pueblo
 del bosque, esta misma casita en que
 ahora vivimos en fin, como si lo tu-
 viera delante de mi vista.

—¿Ay de mí, hija mía! Y ahora tie-
 nes tú que vivir en esta casita tan po-
 bre situada en medio de estas tierras,
 en donde tus antepasados han vivido
 rodeados de riquezas!

—Estoy en vuestra compañía, y me
 basta; yo no he tenido en toda mi vida
 otro deseo que el de volveros a ver al-
 gun día. ¿Por qué he de quejarme aho-
 ra que este deseo se ha cumplido?

El padre y la hija eran bastante po-
 bres, en efecto, y M. de Neuville, que
 como depositaria a Carlota del poquí-
 simo metálico que tenían, no podía fi-
 gurarse los esfuerzos, los milagros de
 economía que ella tenía que realizar pa-
 ra que él pudiese vivir, si no con des-
 cargo, al menos con cierta comodidad,
 un cierto lujo relativo, como puede com-
 prenderse muy bien, así en la mesa co-
 mo en las demás cosas, que nos ayu-
 dan a soportar con más resignación los
 terribles días de prueba que el Señor
 nos sirve enviarnos en castigo de nues-
 tras faltas y para purificarnos más y
 más. El marqués, soldado, marino y
 cazador casi toda su vida, había apren-
 dido a pasar con poco, y hasta era par-
 ticularmente ciego de la frugalidad, y como
 a la vida caballero, gustaba asimismo de
 una vida sencilla; pero era va muy an-
 tiguero, y su hija padecía muchísimo al
 saber que no podía cuidarle con todo aquel
 cariño y que no podía prodigarle, si nos
 permito decirlo así, esos mimos que
 Carlota apreciaba en tal alto grado.

Carlota puede decirse que no pensaba
 en otra cosa que en es-
 tar feliz, pero la infeliz no podía hallar un
 medio de aumentar aquella pobre ren-
 da, que es dado don de la amistad más fiel,
 aseguraba por toda su vida dos co-
 sas de que tantas personas que habían
 sido poderosas carecían en aquella épo-
 ca lamentable de ominosa memoria, a
 saber: una casa en que estar al abrigo
 de la intemperie y un pedazo de pan con
 que mantenerse.

Cuando volvió la primavera, cuando
 en mes de mayo vino a echar sobre los
 montes y sobre los vergeles esa nube
 tan bella, cuando las lilas asomaban por
 encima de las paredes sus ramos de oro,
 cuando las flores, cuando el espino im-
 pugnó el aire con su perfume balsámico
 y cuando la almendra, Carlota se propuso sor-
 prender a su padre, decorando con los

adornos que aquella hermosa y pintores-
 ca estación prodiga a los desheredados
 de la fortuna, la capilla arruinada. El
 marqués tenía un cariño especial a aque-
 lla capilla, en donde habían rezado sus
 abuelos, y se afligía grandemente al ver-
 la desolada, cubierta de hierba y con-
 vertida, digámoslo así, en una especie
 de muladar. Carlota emprendió la pia-
 dosa tarea que se había propuesto, y
 por espacio de muchos días trabajó sin
 dar cuenta a su padre de su plan, o por

mejor decir escondiéndose de él para
 trabajar; arrancó todas las plantas y
 malas hierbas que habían crecido en aquel
 recinto sagrado; barrió las hojas secas
 de que estaba cubierto el pavimento y
 quitó todos los cantos que en él había;
 luego limpió con esmero la mesa del
 altar, y, como recompensa de aquel san-
 to trabajo, tuvo la dicha de encontrar,
 debajo de los escombros, la imagen de
 la Santísima Virgen que en tiempos más
 felices se había venerado en aquel sitio.

La imagen era de madera, estaba en-
 negrecida por los siglos que contaba
 de antigüedad y no carecía de gracia, si
 bien se conocía que era obra de un cin-
 cel piadoso, pero sencillo; Carlota la
 estuvo contemplando un rato con admi-
 ración y piadoso recogimiento, la coronó
 de flores, y a costa de grandes esfuer-
 zos logró volverla a colocar en el altar;
 luego cubrió la mesa de éste de flores y
 de césped; y cuando todo estuvo arre-
 glado, condujo a su padre al santuario,
 restaurado por aquellas manos delicadas
 a costa de tanto trabajo.

—Padre mío —le dijo en cuanto estu-
 vieron dentro de la capilla—, ahora re-
 cemos a nuestra Santísima Madre Ma-
 ría; celebremos su mes como lo hacía
 Mad. Luisa de Francia en el convento
 de las monjas carmelitas.

El marqués hizo un signo de aquies-
 cencia con la cabeza, y padre e hija re-
 zaron las tiernas y sublimes invocacio-
 nes de la Letania Lauretana; en segui-
 da Carlota, con voz pura y sonora, can-
 tó un himno antiguo que había oído en
 la capilla de San Bartolomé. Todos los
 días continuaron yendo a la capilla el
 marqués y su hija, consolando con este
 culto doméstico aquel devastado santua-
 rio; el uno y el otro disfrutaban cierta
 alegría interior y cierta dulzura en
 aquellas visitas que hacían a la Reina de
 los cielos, a cuyo culto no se dedicaban
 en aquellos tristes días sino unas cuan-
 tas almas fieles; Carlota sobre todo, te-
 nía un gusto particular el ponerse a
 cantar al pie de la santa imagen. En el
 salón de su madre no había cantado
 nunca; jamás había manchado sus la-
 bios ni una sola nota de música profa-
 na; pero allí, en la soledad de los cam-
 pos, en aquella capilla abandonada, en-
 contraba nuestra joven un tesoro de me-
 lodía que ella no sabía tuviese.

Por espacio de muchos días los pá-
 jaros fueron sus únicos oyentes; una
 tarde, sin embargo, la hija de un leña-
 dor les dijo a unas cuantas amigas su-
 yas que la señorita cantaba unas can-
 ciones muy bonitas, y al día siguiente
 una porción de muchachas fueron a es-
 cuchar escondidas detrás de las zarzas,
 los cánticos sagrados y también a la
 cantora; Carlota cantó como de costum-
 bre, y su rústico auditorio fué aumen-
 tándose de día en día; la hija del mar-
 qués las descubrió una tarde y se dirigió
 a ellas para hablarlas, y al mismo tiem-
 po para invitarlas a que la acompañasen
 en su canto.

—No sabemos —dijo la más atrevida
 de la banda.

—¿Qué es lo que no sabéis, rezar?

—Sí; sabemos un poco el «Padrenues-
 tro».

—¿Y nada más?

—Nada más. ¡Toma! Mi madre di-
 ce que ya no hay iglesia, ni cura y que
 no pueden educarnos.

—Pues si quisierais —contestó Carlo-
 ta— yo os enseñaría el Catecismo, y
 cuando vuelva el señor cura (que será
 muy pronto, según dicen) estaréis ya
 instruidas en la Doctrina cristiana, y
 podréis hacer la primera comunión.

Sin que ella lo sospechase, y movida
 únicamente por su celo, Carlota acaba-
 ba de crearse un recurso tan sencillo
 y modesto como lo eran sus gustos y
 sus deseos. Las niñas repitieron a sus
 madres las palabras de la señorita, y
 bien pronto todas las aldeanas de aque-
 llos contornos enviaron a sus hijas a
 la escuela que Carlota estableció de-
 bajo de un árbol a imitación de San
 Luis, que oía a sus vasallos y adminis-
 traba justicia debajo de otro árbol.

La hija del marqués señalaba a sus
 alumnas el Catecismo y un poco de lec-
 tura, es decir, lo suficiente para que
 pudiesen leer el ejercicio cotidiano en
 la misa, cuando volviera a celebrarse
 públicamente; también las enseñaba a
 manejar la aguja, y dirigía sus dedos
 todavía inhábiles; las aldeanas remun-
 raban este trabajo, no en metálico, por-
 que el labriego no suelta tan fácilmen-
 te el escudo que entra en su poder si-
 no enviándole huevos, manteca, legum-
 bres y algún pollo de vez en cuando,
 proporcionando de esta suerte a los que
 habían sido sus señores un poco de bien-
 estar, si bien éste era adquirido a costa
 de unas cuantas horas de escuela. Al
 principio el marqués se quejaba de que
 su hija gastase su tiempo, su voz y has-
 ta sus fuerzas en aquel humilde ejer-
 cicio. Carlota, sin embargo, quiso seguir
 enseñando, y reconvenida un día por el
 marqués dijo:

—¿No recordáis, amado padre mío, que
 una de nuestras abuelas se había encar-
 gado de enseñar ella misma a los hijos
 de sus vasallos? ¿No había en nuestro
 castillo una sala baja que se llamaba
 «la escuela»?

—Es verdad; la señora de que tú ha-
 blas y que ni tú ni yo hemos podido co-
 nocer, era la bisabuela de mi padre,
 una breton a cuyo director era el P.
 Maunois, el apóstol de Bretaña; era mu-
 jer muy piadosa y de gran celo por
 la Religión, y los aldeanos la llamaban
 «madre».

—Pues bien, padre mío, ella obraba así



sólo por Dios; yo obro por Dios y por mi padre; que me consueles en la vida, si es que quereis que sea dichosa.

Fué preciso ceder, y tambien consentir en que la escuela, que durante el verano habia sido al aire libre, se trasladase en cuanto empezaran los frios a la inmediacion de la chimenea. Aquel año el marqués y su hija tuvieron una alegría muy grande, una de esas alegrías que consuelean el corazón de las personas religiosas para muchos años; rrahcia, que empezaba a regenerarse, celebró un concilio con la sana sede; las iglesias volvieron a abrirse, y el antiguo cura de Neuville, que había permanecido oculto en el país, se presentó en medio de sus ovejas. El marqués no pudo menos de conmoverse al verle a ver, y le presentó a su hija con cierto orgullo, bastante disculpable, por cierto, tratándose de aquella interesante criatura que había sabido mantenerse firme en la vida de sus mayores, sacrificando por esto una posición brillante, y prefiendo la pobreza al lado de su padre, al oropel de los salones dorados del general Vincent. Siguiendo los pasos del respetable parroco, en pos de él, disgámoslo así, vieron los consuelos inestimables de la oración en común, el sacrificio incensante de la misa, la restauracion del altar en que ésta había de celebrarse; en una palabra: todos los rayos de luz que doran la vista del hombre, todos los cánticos que arrullan su alma, todas las esperanzas que velan su muerte; y si la posición de Carlota y de su padre había sido entonces soportable, podía desde aquel momento llamarse dichosa; el uno y el otro vivían principalmente para el alma; ¡estaba esta tan satisfecha al volver a tomar posesión de los tesoros divinos!

Por otra parte, ¿qué padre no hubiera enviado a aquel anciano a quien los años iba encorvando y conduciendo, por decirlo así, paso a paso al sepulcro, apoyado en el brazo de una hija tan tierna como amante y amada de una hija muy jóven aún, que nunca se separaba de su lado, que velaba por él, que no se ocupaba exclusivamente sino de él, que le seguía a todas partes, que escuchaba siempre sus palabras con respetuosa veneración, que le amaba de un modo imposible de describir? Los padres a quienes la seducción de los placeres, la preocupación de las bagatelas o el deseo de mejorar de fortuna les roban sus hijos; los padres poderosos, opulentos, que ven con amargura que se les abandonan por ir a un baile, a una cacería a una comida; que se cuentan quizá los días que les pueden quedar de vida; que se especula sobre lo que la sociedad llama «esperanzas», estos padres y otros muchos no tan desgraciados le hubieran envidiado, seguramente.

El mismo, a pesar de los vaivenes de la fortuna, a pesar de las tempestades que habían estallado sobre su cabeza, a pesar de las negras ingratitudes de que había sido víctima, a pesar en fin, de las inmerecidas persecuciones que había sufrido, se tenía por el hombre más dichoso del mundo.

Esta dicha duró largo tiempo; padre e hija vivieron en aquella soledad sin mantener ningún género de relaciones con el resto del mundo, por espacio de muchos años, siempre haciendo la misma vida, que sería monótono referir. El Consulado había concluído; el Imperio proseguía su curso, y el padre y la hija no conocían sus distintas peripecias sino por lo que les contaba el señor cura, o por los lloros y gemidos de las madres que veían llamados a sus hijos al servicio militar, unos tras otros para morir en Austrítz, en Wagram, en Jena, en Zaragoza, en Tarragona, en Bailén, en Smolenc, en Moscú en el Berezino. El marqués pedía a Dios en la oración de la tarde que tuviese misericordia de Francia y que la devolviese su antiguo esplendor, restableciendo la Monarquía de sus antiguos reyes; Carlota rezaba por las almas de los infelices soldados que sucumbían en los combates. Sinceramente desprendidos de las cosas de la tierra, el marqués y su hija vivían, en primer lugar, para Dios, y luego, el uno para el otro.

La juventud de Carlota había pasado; su hermosura iba adquiriendo un aspecto más grave y más recogido, pero ella pasaba muy poco cuidado por esto, aquella cabeza blanca como la nieve, que iba inclinándose más de día en día era la única cosa que la inquietaba y que la hacía perder el sueño algunas noches, y en sus oraciones jamás era la conservación de su propia vida lo que le pedía a Dios. ¡Tal era el amor filial de la candorosa joven! ¡Tan hermosos eran sus sentimientos vivía por su padre y por su madre, y fuera de este cariño, ningún atractivo tenía para ella el mundo.

XIV

La muerte.

El invierno de 1813 fué figuroso. Los soldados bisoños sintieron bien sus mor-



discos a orillas del Elba y del Elster, y hasta en otros climas muchos más suaves también hizo grandes estragos.

El marqués de Neuville se vió atacado a principios de febrero de algunos golpes de tos, y también tenía algunos ruidos de calentura, sin que ambas cosas cedieran ni por el gran cuidado que de él tenía su hija, ni por lo que recetaba el médico. Una semana transcurrió de este modo y la vida del anciano y sus fuerzas parecía que huían cual se escapa el agua de un harnero. Carlota trató al principio de hacerse ilusiones con respecto al estado de gravedad en que se encontraba su padre; pero al velarle y al observar aquel rostro pálido, macilento, aquellos labios sin color y aquella respiración tan penosa, se le apareció la realidad terrible y amenazadora y conoció que el fin del autor de sus días estaba muy próximo. Su corazón enteramente sumiso, no se rebeló; pero un dolor indescriptible se posesionó de su espíritu, y nadie se capacó de figurarse la inmensidad de su sacrificio cuando repetía una y otra vez llena de angustia: «¡Señor, hágase tu voluntad y no la mía!».

El marqués se despertó de un corto sueño, y viendo que su hija tenía la vista fija en él, adivinó lo que pasaba en su interior.

—Hija mía —la dijo dándole la mano al mismo tiempo—, es preciso tener resignación. ¡Bendígame al Señor! ¡Ben-

digámosle lo mismo en vida que en muerte!...

Carlota no pudo contestarle; lo que hizo fué arrojarse al lado de la cama, y allí echó a llorar amargamente.

El marqués puso sobre la cabeza incinada de Carlota una mano, ya trémula, y la dijo:

—¡Animo, hija mía! ¡Dios ratificará las bendiciones que yo le pido para ti en este momento solemne! ¡Jamás ha habido padre que haya querido tanto, ni que haya sido tan querido de una hija! Yo te doy las gracias, hija mía, de tanto amor y de tantos sacrificios; tú has embellecido mi vida, y dulcificado mi muerte. Ahora sé valiente, y ve a avisar al señor cura, porque ya es tiempo de hacerlo.

—Padre mío —contestó Carlota vacilando y cogiendo la mano del marqués para besársela—. ¡padre mío, si yo he podido manifestaros un respeto y un amor que os han sido gratos; si estáis satisfecho de mí, perdonad a mi pobre padre! ¡Benedicidme también!

El marqués estuvo indeciso un momento: aquel nombre acababa de despertar en su alma tranquila un cúmulo de recuerdos; miró primeramente al crucifijo, y en seguida a Carlota, y acto continuo concedió en voz alta el perdón que se le pedía, perdón que, por otra parte, había concedido ya muchas veces interiormente al acercarse a la sagrada mesa yendo a comulgar.

—La perdono —dijo— con todas las ve-

ras de mi alma; ruego a Dios por ti y deseo que el señor la bendiga y salve: lo único que te pido, hija mía, es que no vuelvas a aquella casa, al domicilio de aquel hombre...

—¡Os lo juro, padre mío! —contestó Carlota cortándole la palabra—. ¡Yo os he proporcionado otro asilo mejor!

El marqués comprendió lo que quería decirle su hija, e hizo una señal de aprobación.

Al cabo de media hora, su amigo el cura se hallaba a la cabecera de su cama. El marqués de Neuville confesó, renovó con mucha firmeza su profesión de fe, y en presencia de la preciosísima hostia exclamó levantando los brazos y las manos al cielo:

—Perdono a todos los que me han agraviado; perdono a mi mujer y a mi hijo a Marcelo Vincent, el sobrino de mi amigo. ¡Qué Dios sea su esperanza y que les mire con ojos de misericordia como me ha mirado a mí!

En seguida recibió a aquel Dios que le había enseñado a perdonar, y pasó tan contento y tan tranquilo que Carlota creyó que sería una especie de privilegio el llorar, y contuvo sus lágrimas. En cuanto el marqués recibió el Viatico, pidió que se le administrara la Santa Unción y así se hizo.

Al cabo de un rato entró en una habitación dulce y casi tan tranquila como en sus últimos años de la vida de aquel hombre justo. Próximo a expirar y con su hijo y murió en paz, repitiendo palabras de Job: «Sé que mi Redentor vive y que le veré».

Carlota, en medio de un dolor intenso, saboreaba los consuelos de la fe; los ojos de ésta veía a su padre en medio de los justos, entre los que están postrados ante el trono del Cordero; parecía que, libre de las miserias terrenales, de la caducidad del cuerpo y de los dolores del alma, era para ella como una especie de arcángel que cubría con sus alas para protegerla. Oraba por él, y al mismo tiempo se decía cual si hubiera sido un santo; lloraba y se regocijaba en el Señor, decía inefable de sentimientos cuyo creto posee exclusivamente nuestra religión católica.

El momento de los funerales fué el más doloroso para Carlota, y más aún aquel día cuando volvió sola a su casa.

El señor cura se presentó al mismo tiempo que ella, y mostrándole el crucifijo que había estado encima del ataúd durante la misa, y la cruz de Luis, la dijo:

—¡Hija mía, vuestro padre aguarda desde el cielo, y vuestro esposo aguarda!

XV

Una mujer envidiada

Mientras se verificaban todas las cosas en medio de la soledad y en las horas del resto del mundo, la señora Delfina llamaba la atención y daba a la envidia de las gentes, que habían por tan dichosa cual haya podido serlo jamás otra mujer. Las señoras sobre todo, que son las más curiosas respecto a cierta dicha que nos veremos a llamar «femenina», opinaban unánimemente que la de la general Vincent era completa; unas envidiaban su larga juventud, es decir, el que se serviese un aspecto tan joven cuando la realidad no lo era ya; otras envidiaban su hermosura, conservada a fuerza de arte y a costa de pasar unas horas del día en el tocador; las señoras que habían visto a la general, las señoras que habían hallaban que había subido a una altura, merced a los esfuerzos de su marido; las avaras la tenían en odio al verla tan rica; las avaras que las reputaban dichosa por el dinero que había inspirado a su marido.

Lo cierto es que la prosperidad de Marcelo Vincent iba cada día en aumento; aquel valiente había salido vencedor de todos los combates, y después de haber recogido a manos llenas en el campo de batalla honores y ascensos, volvió cuando en cuando al lado de su esposa más enamorado de ella que cuando en día en día más ansioso de los gozos de la vida doméstica proporcional. Sus hijos iban desarrollándose y sus talentos iban creciendo; iban creciendo como las flores de la primavera, y su nombre iba creciendo como las flores de la primavera.

Aquella mujer, más digna de la pasión que de envidia, era feliz en su vida; puede serlo una persona que se ha dado a sus más sagrados deberes religiosos y sociales; disfrutaba de la vida, de la riqueza, del cariño de su familia y del que inspiraba. de la sociedad y de los del hogar; ella hallaba tan envuelta, por decirlo así,

COMO NACEN LAS ESTRELLAS

Por Sam Lukas

Hollywood.

ULTIMAMENTE, este correspondiente tuvo la oportunidad de presenciar el nacimiento de algunas estrellas de cine. Quizás muchas de estas luminarias del futuro se eclipsen permanentemente antes de llegar al cénit, pero por ahora puede decirse que están iniciadas en las constelaciones menores de Hollywood.

La escena tuvo lugar en el teatro de los estudios Paramount, donde los directores de dicha compañía acostumbran todos los días el rodaje preliminar de las películas que están en curso de producción. Esta vez, los altos funcionarios de la empresa no fueron a ver películas, sino a juzgar las actuaciones dramáticas de los futuros artistas del año en el escenario. Los aspirantes a estrellas eran muchachos y muchachas deseosos de impresionar bien al jurado calificador.

En primer término estaba Adolph Zukor, jefe de la compañía, a quien Mary Pickford y Rodolfo Valentino le debieron su iniciación. A su lado, William Fox, jefe de producción; el maestro de ceremonias Ted Lesser; el maestro de los artistas, Oliver Hindsell, a quien cabe la gloria de haber sido el profesor de Robert Taylor en los tiempos en que trabajaba para la Metro-Goldwyn-Mayer. Estaban presentes, además, algunos directores y productores interesados en ver si entre los candidatos que iban a actuar encontraban algunos adecuados para los repartos.

Todos los jóvenes artistas habían sido entrenados por Hindsell durante un mes, excepto el argentino Georges Rigaud, cuyos estudios se limitan a dominar la conversación inglesa. Estos iniciados, que pasaron satisfactoriamente la prueba fotográfica, venían a demostrar sus habilidades histrionicas ante el consejo supremo a quien corresponde decidir su futuro.

LA PRUEBA consistió de siete breves escenas dramáticas en las que tomaron parte los aspirantes e dos en dos. La primera escena le tocó a una lindísima muchacha de nombre Joyce Mathews, acompañada de un muchacho alto y guapo, Philip Warren. Miss Mathews trabajaba como bailarina en los conjuntos de Leroy Prinz antes de ser trasladada, por su belleza, a tomar clases dramáticas con Hindsell.

La segunda escena la hicieron Dorothy Howe, telefonista de Tejas que ha logrado entrar en el cine, y un jovencito llamado Jack Hubbard, que hizo cuatro años de aprendizaje en la escuela de artes dramáticas de Goodman, en Chicago, y que ha trabajado algo en compañía de repertorio por los estados de la Unión. Jack es hijo de un industrial del acero, pero la fortuna que heredará no le interesa tanto como su naciente carrera cinematográfica.

En el grupo de participantes que comparecieron ante Zukor y sus colegas, fi-

guraban, junto con el argentino Rigaud, que tiene experiencia como actor de cine en Francia; Evelyn Keyes, bailarina de cabarets que ahora está bajo la protección de Cecil B. de Mille; Cheryl Walker, que fué contratada en enero al salir electa Reina del Festival de las Rosas de California; Ellen Drew ex empleada de una tienda de efectos de cinco y diez centavos; Mary Parker y Billy Daniels, zapateadoras que hubieron de abandonar el género de variedades para poder asegurarse el sustento en otros ramos más lucrativos.

Al terminarse las pruebas, los circunspectos jueces se levantaron de sus asientos y abandonaron el local sin decir una palabra. Nadie sabía si había nacido alguna estrella o no. Pero después hemos averiguado que las escenas realizadas por aquellos principiantes fueron el comienzo de carreras artísticas que prometen mucho y que culminarán en nuevas luminarias en el firmamento de Hollywood.

Ellen Drew, por ejemplo, ha empezado ya a caminar por la ruta del triunfo, al cabo de tres años de incesantes esfuerzos y perseverante labor. Acaba de aparecer en la última cinta de Bing Crosby, titulada *Sing You, Sinners*, y se le tiene asignado el segundo papel femenino con Ronald Colman para la obra *Si Yo Fuera Rey*. Jack Hubbard, otro de los recién iniciados, también aparecerá en esta película.

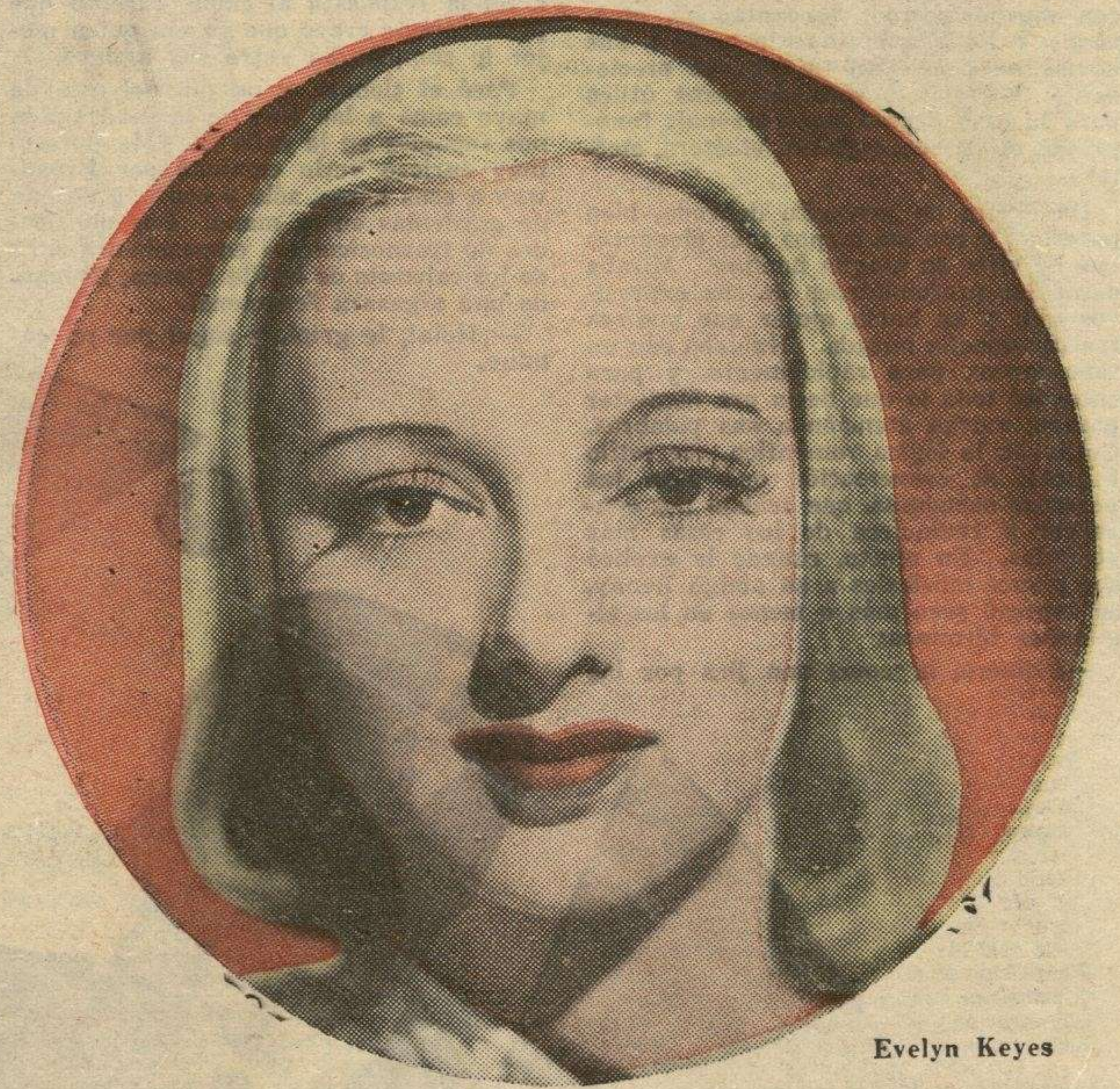
Algunos de los restantes del grupo harán papeles secundarios en la producción de los próximos seis meses. Hindsell ofrece estas exhibiciones una vez al mes para mostrarles a los altos funcionarios de la compañía Paramount los resultados de su trabajo como profesor, y para grabar en la mente de estos señores la personalidad de aquellos estudiantes que le parecen mejor preparados para la carrera cinematográfica.

No todos los aspirantes son nuevos. Ellen Drew, cuyo verdadero nombre es Terry Drey, llevaba tres años en los elencos de la compañía, aunque en todo ese tiempo no hizo otra cosa que servir de modelo para que los fotógrafos hicieran retratos de bañistas, y en raras ocasiones le permitieron hacer siquiera papeles insignificantes. Billy Daniels, Jack Hubbard, Evelyn Keyes, Dorothy Howe y Joyce Mathews también tenían contratos por un año, y antes de presentarse ante los magnates de la compañía hubieron de pasar el plan de selección de Hindsell. De modo que no se trata de improvisaciones del minuto, sino de talentos de méritos sólidos y que tienen probabilidades de llegar a convertirse en buenos artistas.

Pero ello no quiere decir que han caminado todo el sendero, en absoluto. Ahora más que nunca necesitan dedicarse con empeños mayores a perfeccionar su aprendizaje, y del fruto que ofrezcan en las primeras cintas en que trabajen dependerá el éxito final. Por de pronto, han sido elegidas; de ahí en adelante el porvenir deben realizarlo por sus propios esfuerzos.



Dorothy Howe



Evelyn Keyes



Estrictamente

PERSONAL

LA NOTICIA del matrimonio de David Edelson causó una gran sorpresa entre todos los que trabajábamos, como él, en el ramo de los espectáculos.

Edelson era un muchacho simpático y rubio, con una suerte tremenda para las muchachas. Jamás he conocido otro hombre que tuviera más novias que David. Generalmente, le duraban tres meses, y cada vez las seleccionaba más hermosas y radiantes. Para casarse, según los informes recogidos al azar, había escogido a una corista rubia que llevaba tres meses trabajando en el Music Hall.

El amigo David no tenía prejuicios contra el matrimonio. Lo que le pasaba era natural. Cobraba un magnífico sueldo por dirigir una de las mejores bandas de música de Broadway, y los domingos tenía a su cargo la dirección de un importante programa de radio, de modo que desconocía en absoluto la dicha de ser un hombre de la casa y de sentarse a leer el periódico tranquilamente después de la cena, mientras la esposa prepara a los niños para la cama.

A pesar de la vida que hacía, sus noviazgos eran lo más parecido que puede imaginarse a un matrimonio feliz. Siempre que lo invitaban a alguna fiesta, aceptaba en plural, diciendo: "iremos con mucho gusto", "encantados", etcétera. Y los regalos que le hacía a sus novias no consistían de piedras preciosas y brazaletes, sino de cosas útiles para la casa o para uso personal: fonógrafos eléctricos, carteras, etcétera, etcétera.

David era un jovencito delicado, bien parecido, y con las manos más elegantes que he visto en ningún hombre. Miraba desde las profundidades de sus expresivos ojos y no había mujer que pudiera resistir aquella mirada. Hablaba con un tono suave, pero rápidamente, y para entender todo lo que decía era menester ponerle mucha atención a sus palabras. Cultivaba la lógica romántica, ese estilo especial de conversación que usan las personas soñadoras, que acaban por convencer a cualquiera de las cosas más absurdas. En efecto, cuando le explicó sus planes musicales a su amigo Benny, se expresó poco más o menos en los siguientes términos:

—Primero, haremos una gira por las

ciudades y aldeas de la región carbonera; luego, nos presentamos en Nueva York. En Nueva York nos quedamos solamente diez días, grabando discos fonográficos, nada más. Entonces salimos para el extranjero. A nuestro regreso de Europa, conseguimos un lucrativo programa de radio y nos estamos al otro lado. ¿Para qué ir al extranjero? Porque en Francia, por ejemplo, nos reciben con trompetas y ovaciones, y nos llevan en hombros hasta el café cantante donde hemos de trabajar. Los periódicos publican estas fotografías, y el público nos acepta como si fuéramos grandes músicos.

A Benny no le sonaba cuerdo lo que decía David, pero convino de todos modos y jamás tuvo necesidad de arrepentirse de ello. Precisamente estaban haciendo una tournée artística por París, La Haya, Oslo y otras capitales europeas, cuando se supo la noticia de su matrimonio con la rubicunda bailarina del Music Hall.

LOS COMPAÑEROS de oficio que estábamos reunidos esa noche en el restaurante de Lindy, en Broadway, acordamos mandar un cable, concebido así: "¿Te ha noqueado esa muchacha? Felicitaciones. La murga del Lindy".

No puedo explicarme por qué dirigí a mí la respuesta al cable, excepto que posiblemente creyó que yo era quien mejor lo comprendía entre sus amigos.

Pasó el tiempo, y un día del mes de mayo como a las tres de la madrugada nos topamos en la calle 52. Me pareció muy curioso verlo caminar por Broadway a esas horas, sólo y con una docena de gardenias en la mano. Las multitudes de trasnochadores empezaban a salir de los cabarets de la Via Blanca, formando una algazara fenomenal.

—¡Hola!, le grité, y seguí por mi camino.

—¡Hola!, me contestó, y continuó caminando por la avenida.

A la noche siguiente nos encontramos en otro sitio, y entonces me preguntó con cierto aire de curiosidad:

—¿Por qué no me preguntaste qué hacía a aquellas horas, caminando solo por Broadway?

—¡Ah, no lo sé!

Desde esa fecha siempre insistía en pagar él los tragos, sin divulgarle el secreto a los demás compañeros, para evitar el consiguiente aumento de clientela.

Hasta aquí, el relato ha sido hecho con franqueza, pero no sé si debo dar a conocer los datos de la carta, pues en el sobre puso un letrero muy conspicuo que decía: "Estrictamente Personal".

"MI QUERIDO AMIGO, HARRY: Comprendo que te debo una explicación. Soy ciudadano de los Estados Unidos, blanco, y cuento 39 años de edad; pero debo darte una explicación.

"Estamos trabajando en el Ambassadeur, como llaman en Inglaterra a cualquier sitio público que lleve por título El Embajador. Tenemos una pareja de baile que es conocida por el nombre de Marlo y Mariana, y que no son otros que Eddie Heiney y Mary Cavanaugh, cuyo agente fué nuestro amigo Morris hasta que se riñeron y se acabó la sociedad.

"Mary es una excelente bailarina y nos comprendimos desde el primer instante. Ya sabes lo que quiero decir. No me gustan las muchachas de fantasía, sino las que saben profesar un afecto dulce y constante, rodeado de tranquilidad, y esto lo he encontrado en ella.

"Cuando decida retirarme a buen vivir, —ya sabes lo que quiero decir— será otra cosa. Los individuos que vivimos como nosotros, en una mezcla de agua enlodada, algunas veces necesitamos recoger velas, y hacer un alto para que el cielo se asiente un poco.

"Lo malo es que cada vez que uno se

"Aquella pequeña bailarina se me quejaba amargamente de que yo no quería compartir con ella mis pensamientos íntimos y mi sentir.... ¡Tenía razón, la pobrecita!"

retira por un tiempo, al volver, las amigas empiezan a acusarlo de una porción de pecados que no han sido cometidos. Dicen que nos avergonzamos de salir con ellas. Aquella pequeña bailarina — que se llamaba Carmencita — que acostumbraba salir conmigo, se me quejaba amargamente de que yo no quería compartir con ella mis pensamientos íntimos y mi sentir. ¡Tenía razón, la pobrecita!

"Un domingo por la mañana me atacó esta emoción inexplicable. El día está primoroso y resuelvo dar un paseo por ese París que se celebra en las canciones populares de Francia. Cruzo uno de los puentes del Sena y durante largo rato observo a muchos franceses tratando de pescar sin lograr coger un solo pez.

"Luego, paso por una pajarera y me compro un canario que canta sin cesar. Continué con mi canario en su jaula hasta que llego a una cervecería cerca del parque. Allí me tomo una cerveza. Subo a un autobús que me lleva a la Opera. Me bajo y veo a una mujer vendiendo flores. Me le acerco y le regalo el canario. He estado cuatro horas en la calle.

"¿Qué se le puede decir a una novia sobre tan prolongada ausencia? Sería absurdo tratar de explicarle a una mujer. Entro al hotel y encuentro a Carmencita en una butaca. Le pregunto:

—"¡Hola, cómo te va? Hace un día precioso.

—"¡Lo he pasado muy bien, amorcito! —contesta la chica.

"Y continúa leyendo sus revistas, sin ceremonias ni escenas de ninguna clase.

"Entonces le pregunto por qué no se le ha ocurrido indagar lo que hice durante esas cuatro horas.

"Ella entorna los ojos y me contesta con absoluta sinceridad que no se le ocurrió preguntarme porque supuso que estaba divirtiéndome y pasándola muy bien.

"¡Chico, no no casamos inmediatamente porque era domingo! Pero el lunes temprano se arregló el asunto. ¡Con una muchacha que piensa de esta manera hay que casarse sin pérdida de tiempo...!"





Diversidad de creaciones para Olivia de Havilland: derecha, arriba, falda de entalle alto con chaquetilla de paje; centro, vestido formal; izquierda arriba, cinturón de piel de caimán.

El modelo de vestido-abrigo ultra-moderno ideado por Kalloch para Katharine Hepburn.

Nuevos TRAJES

Modas de Hollywood, por Sara Diez ★ Bosquejos de Louise

"Por ejemplo, he confeccionado para Olivia un vestido de falda ceñida y entalle alto, de lana verdosa, con chaquetilla de paje color azul marino con borde verdoso. Acompaña este modelo un sombrero de fieltro azul marino levantado al frente de la cara. En contraste con esta prenda, le hice otro modelo de lanilla color crema suave, con falda amplia y recogida en el paño delantero. Miss de Havilland usa este traje con una chaquetilla de tipo bolero sin cuello, confeccionado del mismo material, y un sombrero de fieltro crema, adornado con cinta carmelita oscuro, de copa alta. Los accesorios del conjunto son: una enorme cartera de cuero de caimán carmelita que armoniza con un cinturón ancho y ceñido como para acentuar el delicado talle de la artista.

"Sin embargo, es mi opinión que en la próxima temporada las faldas ceñidas van a predominar para uso de día. Ten-

go dos razones en qué fundar esta creencia: primero, que la figura esbelta y siluetada apareció el año pasado con un gran éxito, y probablemente puede prolongar su popularidad otro año más; segundo, que los materiales gruesos no se prestan mucho para las faldas amplias. Ello no quiere decir que las faldas amplias no sean excelentes para lucir de noche. Yo acabo de confeccionar para Olivia un vestido de crepé blanco que lleva una falda muy ancha. En el centro tiene un efecto de corselaje, de modo que da la impresión de un entalle alto y bajo al mismo tiempo en la línea de la cintura, acentuado por un amplio cinturón de piel de caimán".

KELLY opina que los sombreros alocados que tanto disgustan al elemento masculino serán de estilos mucho más elegantes en la temporada venidera, y se declara a favor de los velos, por

creerlos un factor decididamente chic en la indumentaria. Se aventura a vaticinar que en el invierno que se aproxima no veremos tantos abrigos abultados y fuertes, sino que abundarán más los confeccionados a la orden, de corte individual.

Al informarme de que en los estudios Columbia el diseñador Robert Kalloch estaba dándole los toques finales a unas cuantas creaciones para la temporada que se avecina, decidí averiguar el asunto para beneficio de mis lectoras. Con la amabilidad que le caracteriza me confió que Orry Kelly tenía sobradísima razón, y que este año se podrá usar lo que se desee, sin temor de violar los cánones de la elegancia. Predice Kalloch que para las horas del día continuará en boga la silueta liviana y de líneas esbeltas.

Al igual que Kelly, Kalloch es partidario de acentuar la línea de la cintura por medio de cinturones anchos, como el de piel de antilope azul que incorporó en uno de los recientes modelos confeccionados para la artista Katharine Hepburn. Este vestido tiene hombros tipo de charretera y una falda semi-amplia. Sobre la pieza cae un abrigo de piel de visón de tres cuartos de largo, con hombros estilo charretera.

Kalloch favorece el empleo de peplos y túnicas para fines del verano y principios del otoño, pues cree que acentúan la silueta tubular. Recientemente le ha confeccionado a la Hepburn una túnica de largo entero, abierta al frente, echada sobre un refajo ceñidísimo.

Deris Nolan se anticipa a la temporada con un manguito de piel de zorro plateada.
Hollywood.
HORA que estamos en las últimas etapas de la temporada anual, vale la pena echar un vistazo hacia los escaparates de para enterarnos de lo que consigna la nota de la elegancia en el invierno. La tendencia juvenil se ha apoderado tan pertinazmente desde principios de año, que casi no es posible omitir del cuadro de vestidos, ni aún entre las matronas de edad madura, las faldas amplias y plisadas.
A través de los primeros síntomas que han aparecido, me parece discernir que se va a tener una temporada de faldas anchas y amplias, y de sombreros achatados. Deseosa de confirmar mis ideas, me trasladé a los talleres de Orry Kelly, el maestro diseñador, quien me aseguró que no estaba muy alejada de la realidad.
En este año,—empezó diciendo el momento—están admitidos todos los estilos. Es mucho decir para quien como yo tiene la gran responsabilidad de diseñar las ropas de artistas renombradas como Olivia de Havilland, Kay Francis y Joan Blondell, figura conspicua en el desfile de elegancias de Hollywood. Acabo de terminar las prendas de Miss de Havilland,—continuó—y en el ropero que he preparado encontramos faldas anchas y recogidas, y sombreros de copa y de estilo achatado, según los requisitos del tipo.

HORAS de DIVERSIÓN

FESTEJAR a las amistades en una agradable reunión de familia, y si se desea podemos usar el pintoresco nombre de parranda ya es una de las cosas más difíciles. Se necesita ingenio, un gusto ecléctico, imaginación, y saber escoger a los invitados para que no se mueran de fastidio.

Las artistas de Hollywood que más éxito han tenido como anfitrionas observan una serie de reglas que estimamos convenientes, con ligeras modificaciones, para cualquier ama de casa que desee mantener vivos sus contactos sociales.

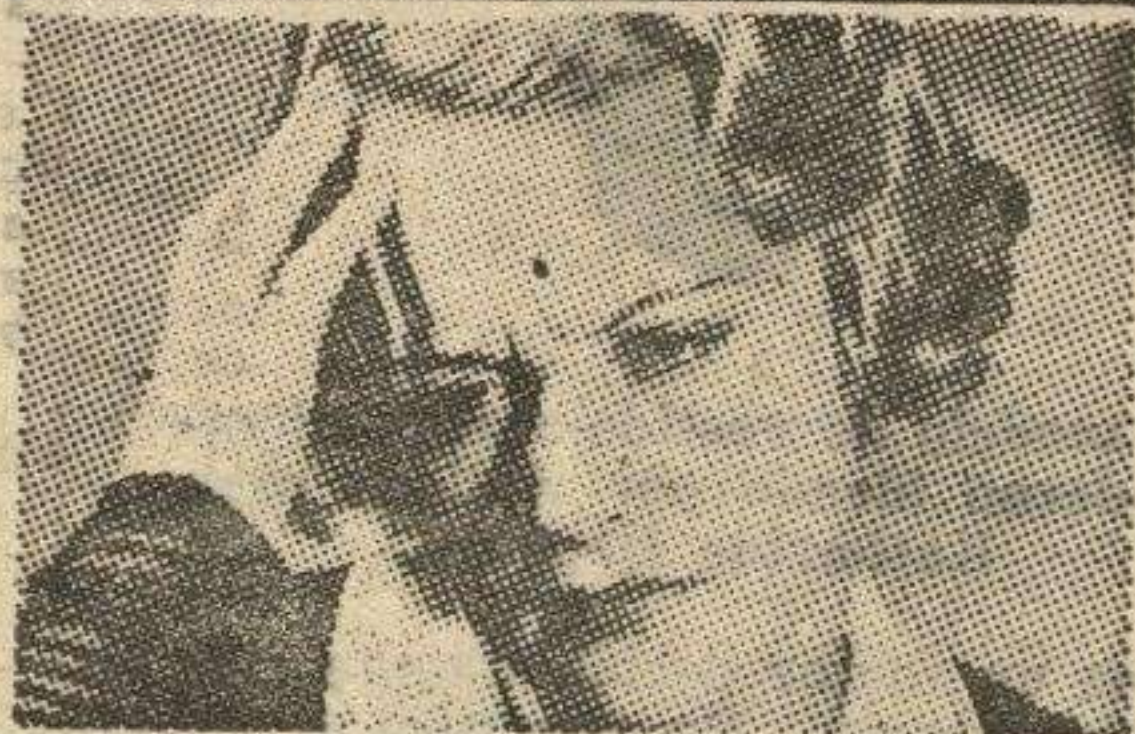
En primer lugar, nunca se deben hacer fiestas que puedan clasificarse como grandes acontecimientos, a menos que se cuente con el espacio, el equipo y el personal profesional necesario para entretener a los invitados. Casi siempre la gente se divierte más en las fiestas amigables con asistencia de diez o doce personas que congenien y tengan afinidades. En estas reuniones queda excluida la ceremoniosidad formal y uno puede divertirse a sus anchas, sin ostentaciones ni hipocrecías. La anfitriona prepara un buffet ligero, lo sirve sin complicarse demasiado, y procura que sus festejados se sientan satisfechos en todo momento.

Si el espíritu de la alegría se afloja, hay que recurrir a los juegos de salón o a los entretenimientos espontáneos. Decimos espontáneos, porque no hay derecho a imponérselos a los presentes si éstos están contentos con sentarse y pasar el rato en amena charla. Veamos algunas de las recientes fiestas dadas por las bellas del cine y tomemos nota del programa de actividades que llevaron a cabo para que los referidos actos fueran éxitos en el más amplio sentido de la palabra.

A raíz de la terminación de su última película, *Vendimia del Norte*, Dorothy Lamour se mudó a una nueva casa en la cañada de Goldwater, y estrenó la residencia ofreciendo un buffet en honor al compositor Rudolph Friml. La cena fué servida a las 9 de la noche, que es una hora apropiada para tales ocasiones, después de que los invitados han empuñado algunas copas preliminares.

La mesa estaba cubierta por un mantel de encaje, regalado de platonos con tajadas frías de pavo, jamón cocido, ensalada de aguacate relleno, papas asadas empanadas, y entremés. Los veinte invitados se sirvieron lo que gustaban y luego se llevaron sus platos a la sala o al solarium.

Acabe con el suplicio de cada mes.



— ¡y pensar que ese sufrimiento es innecesario!

Si es usted de aquellas que en sus días de indisposición natural tienen que sufrir torturantes dolores de cabeza o de cintura; nerviosidad, irritabilidad, abatimiento, siga el ejemplo de las que pasan esos días sin perder su sonrisa habitual porque en lugar de engañarse con calmantes se ayudan con el tónico que es pura y exclusivamente para la mujer, el Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham. Asiste a la naturaleza para que cumpla sus funciones normalmente y a la vez vigoriza el organismo y entona el sistema nervioso.

El Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham es un tónico bueno, seguro, sano, hecho con hierbas y raíces naturales. Millones de mujeres de todo el mundo se han beneficiado con él y lo recomiendan a sus amigas y parientes. Usted también hará lo mismo cuando lo pruebe.

a 98 de cada cien les hace BIEN

Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham

El postre preparado para esta cena resultó una sorpresa. Consistía de sandías partidas y rellenas con trocitos de melón dulce, piña y frambuesa. A esto se añadió azúcar, ron y un poquitín de jugo de limón fresco.

MARTHA RAYE adquirió recientemente una casa y obsequió a sus amistades, ocho personas escogidas, con un raro desayuno a las doce del día. El objeto de la fiesta era inaugurar la piscina de la nueva mansión, pero como no estaba terminada aún, Martha decidió que sus invitados tomaran baños de sol mientras comían un excelente menú de fresas con crema, huevos a la Benedictina y refrigerio de jugo de naranja.

Los huevos a la Benedictina no son otra cosa que huevos con jamón, preparados según la técnica de Hollywood. Se cortan varias tajadas de jamón y se colocan sobre panecillos ingleses tostados; luego se pone sobre el jamón un huevo escarado y se le echa al conjunto la suficiente salsa holandesa.

Veamos ahora cómo festejan los caballeros anfitriones a sus invitados, y las lecciones que el elemento femenino puede derivar de tales acontecimientos gastronómicos. Edward Everett Horton ofreció no hace mucho una comida en honor de los varones que tomaron parte en la cinta *Luna de Miel en París*, en la que él hace el papel de valet de Bing Crosby. La cena fué de carácter informal. Los festejados desfilaron ante una mesa de servicio, en donde estaban apostados los cocineros y mozos, para que éstos les sirvieran sus raciones. Entonces, cada uno cargaba con su plato hasta otra mesa, destinada a la escena final.

De que Edward sabe cultivar el apetito no cabe la menor duda, a juzgar por el menú que obsequió a sus amigos. Costillas de res, papas con perejil, habichuelas cocidas en tres cacerolas de agua y finalmente en leche. En el puesto de cada comensal, en la mesa, había una fuente de ensalada de verduras, queso, jamón y pollo, con salsa francesa. Cada invitado tenía también a su disposición una cajetilla de cigarrillos y un cenicero.

Ginger Rogers, Jack Oakie, Ethel Merman y César Romero en una fiesta amigable



Mary Livingstone se divierte en su cumpleaños, acompañada de Jack Benny, George Burns, Andy Devine y otros. En el óvalo, Stuart Erwin y su esposa en plan de baile.

Por Martha Janes

torbellino de goces, que pasado primer momento, apenas volvió a pensar ni en el marqués, ni lo que es todo más, en su hija, a pesar de haberse separado ésta de ella tan bruscamente. Por otra parte, Delfina procuraba alejar de sí este penoso recuerdo, pero todo el de aquel instante en que se ruborizaba delante de Carlota; de aquel momento, para ella terrible, que se había tenido que humillar ante un anciano ofendido; el de aquel día que había visto a su hija tan hermosa y tan santa abrazar con entusiasmo a ella, alma débil, la había pasado tanto: la indignancia, que tan honra cuando no es hija del extraño. Delfina, repetimos, hacia cuanto estaba de su parte por desechar aquellas cosas, porque aquellas imágenes se borbaban de su imaginación; y cuando se presentaban terribles y amenazadoras medio de alguna brillante fiesta, para que la copa de la amargura tocara sus labios, y que una espina de dolor la atravesaba el corazón. Algunas veces lloraba a solas, y tendía los brazos hacia la hija ausente; pero para borrar de este dolor estaba allí el mundo con todas sus exigencias: era preciso vestirse para ir a una comedia de etiqueta o a una fiesta; era necesario asistir a la recepción privada de la emperatriz; era necesario llevar a Héctor y a Flavia a un baile de máscaras, y aturcidas con el ruido que movían las alas ligeras del placer, las ideas se iban volviendo tristes y los recuerdos saludables, huían muy lejos, y lo peor era que, conforme iban pasando años, los nombres de Dios, de Delfina y de Carlota se iban borrando de la memoria y hasta del corazón de la flamante condesa.

Delfina infeliz, que en aquellos momentos no hubiera cambiado sus delicias terrestres por las eternas de la gloria celestial, fué herida de pronto por uno de aquellos rayos que se formaban con tanta facilidad en el cielo borrascoso del destino: el general Vincent murió en la batalla de Lutzen.

Delfina es capaz de expresar el dolor que le causó en aquella ocasión: la infeliz amaba con delirio a aquel hombre en quien veía el ideal del bien, de la pureza y de la ternura; así es que lloraba amargamente la pérdida de aquel hombre querido, que, por otra parte, no vivía sino para ella: también lloraba Delfina aquella vida tan llena de promesas, que aquel porvenir a dúo, que debía ser tan largo y al llorar de este modo, no podía menos de venirle a la imaginación. M. de Neuville, ni de decir para sí: «¿Qué marqués me quería a mí como yo me quería a Marcelo! ¡A Marcelo, a quien no he podido ver en sus últimos momentos; a quien no volveré a ver jamás!».

Al apuró a grandes tragos aquel caldero de dolor, del que bebían entonces tantas esposas y tantas madres. ¡La muerte de un ser querido que se cumba en el campo de batalla, abre a la imaginación y al corazón una carrera tan libre!

—¿Cómo habrá muerto? ¿Quién me lo dirá? ¿Acaso pisoteado por los cañones, derribado por tierra como un árbol, aplastado quizá por las ruinas de una cureña, pisoteado por sus propios amigos y por sus soldados! ¿Habrá sobrevivido aún largo rato sin que nadie le socorriera, muerto de sed, consumido por la calentura, luchando solo con las agonías de la agonía, clamando por su patria, por su madre, por su madre invocando a Dios? ¡Ay de mí! ¿Habrá encontrado alguna voz amiga que le consolara? ¿Quién me lo dirá?

La felicidad interior había desaparecido para Delfina, pero le quedaba el recuerdo de la fortuna, y poco a poco, y especialmente por sus hijos, volvió a sentir la sociedad y a seguir sus antiguas costumbres. Así transcurrieron algunos años: Delfina no iba ya a las fiestas, porque se divertiera en el trato de Marcelo y objeto de las atenciones de todo el mundo; y la amable y dulce condesa, acompañada de un hijo amante, y que hubieran querido que fuera suyo más de cuatro madres, y al mismo tiempo de una hija encantadora, mirada como uno de los «mejores partidos» de la época, obtuvo triunfos otoñales que hubieran satisfecho a muchas señoras que se hallaban en el mismo caso que Delfina, y que, menos juiciosas que ésta, no hubieran vacilado en dar su mano a alguno de aquellos nuevos adorados.

Delfina, a pesar de lo mal que había pasado, supo detenerse, supo conservar una dignidad de que había prescindido al divorciarse del noble y honorable caballero que tan entrañablemente la quería. ¡Misericordia de nuestra flaca naturaleza! Entretanto, la sociedad de los salones se había renovado; los nombres ilustres de la antigua nobleza francesa habían vuelto a aparecer con el respeto de los descendientes de los anti-

guos reyes, y la condesa experimentó más de una vez sensaciones muy penosas al volverse a encontrar en sociedad con amigos y hasta con parientes de su propia familia, o de la del marqués de Neuville. Aquella mujer extrañada procuraba ser todo lo más amable que le era posible con aquellos deudos y amigos, y hasta se hacía la ilusión de creer que las primeras páginas de su vida se habían borrado de la memoria de los vivos, confundidas con tantas páginas sangrientas escritas por la mano de la Revolución, y esta creencia la hacía sufrir más de un crudísimo desengaño; además, a medida que iba avanzando en edad, la iba disgustando más y más el trato con las gentes y la sociedad, y los placeres no tenían ya para ella ningún atractivo. La tristeza de la edad madura venía a justarse al luto que vestía su corazón desde que estaba viuda, y aunque aquel luto era secreto, no era por esto menos espantoso. Delfina echaba al mismo tiempo muy de menos aquellos días del Imperio, días para ella de culpable

aquella alma melancólica y desengañada de todo, trató de buscar un poco de tranquilidad, después de tantas borrascas.

XVI

La misión.

Los primeros meses se pasaron con bastante velocidad; el castillo de la Faisanderie, nueva morada de la condesa, no había sido habitado hacía mucho tiempo, por lo cual era preciso hacer en él muchas obras, no sólo en el edificio, sino también en el jardín, en la huerta y en todas las demás dependencias de la casa. Todas estas cosas distrajeran a Delfina y la hicieron pasar el tiempo sin sentir, como vulgarmente se dice; pero cuando se hubo reedificado el castillo, por decirlo así; cuando se le hubo embellecido y amueblado con exquisita elegancia; en una palabra cuando todo hubo mudado allí de aspecto Delfina echó de ver que seguía aburriéndose lo mismo que antes, y que el tener una hermosa



felicidad, y aquella confusión de adventizos de la espada, de la toga y del talento, que, exento de curiosidad y poco escrupulosos en la materia, a nadie preguntaban cuáles habían sido sus antecedentes, así como se cuidaban muy poco de averiguar el de las personas con quienes estaban en más continuo roce. Bajo la presión de este sentimiento de hastío y de malestar, acogió gozosa y hasta con afán la solicitud del primer joven que se presentó a pedir la mano de su hija, y Flavia fué bien pronto esposa de un Secretario de Embajada, que se la llevó a Stoccolmo. Por aquella misma época, Héctor, hastiado ya de diversiones y queriendo huir de una sociedad en medio de la cual no hacía sino aburrirse, manifestó deseos de hacer un viaje largo a Oriente. La madre accedió a este deseo y tranquila con respecto a la suerte de sus hijos, se decidió a marcharse de París, que se le había hecho insostenible. Delfina poseía una magnífica tierra en la Turana, a orillas del Indre, y allí fué a donde

casa y unos jardines deliciosos no era un remedio bastante eficaz para desechar el fastidio; ni para dejar de concebir ideas a cual más negras unas que otras.

Aún en el concepto de las personas más insensibles, su tristeza no carecía de fundamento; había perdido un marido valiente y tierno; sus hijos estaban lejos de ella, y estas penas ostensibles, conocidas en todo el mundo, explicaban perfectamente el disgusto interior que se leía en su semblante. Pero en la soledad y en el silencio, y no teniendo ya a su lado aquella voz amiga que adormecía los remordimientos de su conciencia, apartada de los esplendores del mundo, que sofocaba el grito de su alma, los recuerdos, los pesares y los temores se habían sublevado, y la hablaba muy alto. Por un efecto singular de la memoria y de la imaginación, al encontrarse de nuevo bajo bóveda sombrías de follaje, en medio de la tranquilidad de la campiña, no pensaba en otra cosa que en aquellos días de su primera juventud en que el marqués la había llevado, siendo

huérfana y dependiendo de sus parientes a la antigua, morada de sus nobles abuelos, y la había dicho:

—Esto es tuyo; tú eres la reina de estos sitios; todo te pertenece; la casa y el que hasta hoy ha sido dueño de ella.

Delfina se acordaba del amor tierno y solícito que la tenía M. de Neuville amor que era, a la vez, el de esposo y el de padre; veía, cual si la tuviera delante, a su hija Carlota, tan dulce y tan bonita, y cuyos primeros movimientos, cuyas primeras miradas, habían sido el encanto de su corazón. ¿Quién la había desterrado de la memoria de su madre? Flavia no era más amable que Carlota; su primera sonrisa no había alegrado más a Delfina que la primera sonrisa de su hermana. Flavia no prometía tener más virtud de la que Carlota había mostrado en los días de prueba; en donde se hallaba entonces aquella hija, ora querida, ora olvidada, y que, sin que Delfina lo quisiese, ni aún lo supiese, volvía a tomar posesión de aquel corazón maternal?

La viuda de Vincent no tenía la menor noticia de la suerte de la señorita de Neuville. Cuando murió el marqués, que fué casi el mismo día en que sucumbió Marcelo, la madre de Carlota recibió una carta del párroco de Neuville, cuyo contenido era el siguiente.

«Señora:

El marqués de Neuville ha muerto esta noche en los brazos de su hija; antes me ha encargado que os dijera que os había perdonado, y que rogara por vos al Señor. Ha muerto del mismo modo que ha vivido: como un buen cristiano.

La señorita de Neuville ha encontrado un asilo honroso y pacífico, donde yo espero que disfrute una felicidad de que es digna por sus virtudes: me está prohibido daros más detalles.

Servios, señora, excusar mi laconismo, y disponed de vuestro servidor en Jesucristo.

J. B. LECOMTOIS, sacerdote.

Neuville, Febrero de 1813».

A esto se reducía todo: aún en su última hora, aún en la hora del perdón, el marqués no había querido devolverle su hija a la extraviada Delfina; ésta ahora que tal vez se veía separada de ella para siempre, experimentaba un deseo ardentísimo de volverla a ver, de estrecharla en sus brazos, de arrimar al suyo su corazón. Su hija primogénita había sido compañero de sus padecimientos, el más dulce consuelo de sus días de cárcel, de sus días de pobreza; era hasta orgullo de su madre en tiempos mejores, era mucho más dulce, tan elevada en sus ideas y en sus sentimientos, ¡cuán fuerte y amable apoyo podía ser para Delfina en la edad madura, en que ésta acababa de entrar! Muchos eran los pasos que había dado la opulenta condesa para saber el paradero de Carlota; pero todos habían sido igualmente infructuosos: M. Lecomtois había muerto y en Neuville no había nadie que supiera lo que se había hecho de la hija del marqués. El pensamiento y el deseo de volver a ver a su hija anduvieron mucho camino, en poco tiempo, en el alma de Delfina. El recuerdo de Carlota, y el deseo ardentísimo de reunirse con ella, no volvieron a abandonar a aquella mujer desdichada, a pesar de la brillante posición en que se encontraba; seguíanla a todas partes, y pensaba, tal vez, menos en sus dos hijos menores, siempre contentos y colmados de bienes de fortuna, que en aquel semblante melancólico, que la última vez que lo había visto se le había presentado embellecido con la aureola de un gran sacrificio.

Delfina veía a pocas gentes; el párroco era el que únicamente la visitaba de vez en cuando; la condesa le recibía siempre con esa finura, con esa amabilidad y dulzura propias de las señoras de la alta sociedad, y en ciertas épocas del año no dejaba nunca de entregarle una cantidad decente para socorrer a los pobres; pero la intimidad entre ambos no pasaba de aquí, y el respetable sacerdote no había penetrado aún ni los motivos de la preocupación continua de su ilustre feligresa, ni mucho menos la causa de que no se presentase jamás en la iglesia ni tampoco, como es fácil comprender, en el tribunal de la penitencia. Sin embargo aquel celoso ministro del Señor continuó visitándola, y aún se atrevió alguna vez, a hacerla tomar parte en distintas buenas obras, lo cual hacía ella con tanta liberalidad y de tan bonísima gana, que el cura no podía menos de decir para sí: «Si la condesa Vincent se convierte, llegará a Dios por el camino real de la limosna».

Seis meses hacía que Delfina había fijado su residencia en la Faisanderie, cuando una mañana el pueblo de donde dependía su palacio se puso en movimiento, o mejor dicho, se advirtió en el pueblo y en todas las inmediaciones una animación que revelaba algún acontecimiento extraordinario; desde poco después de rayar el alba, empezó el toque alegre de vuelo de las campanas, cual se oye en las grandes festividades

de la iglesia y a ésta se dirigían por todos los senderos inmediatos los aldeanos de la feligresía; por la tarde volvían las campanas a llamar al pueblo fiel, que se apresuraba a obedecer a aquel llamamiento; al mismo tiempo se reemplazaba con otra nueva la cruz del cementerio, derribada hacía más de treinta años; se consagraban a la Virgen los niños pequeños, vestidos de blanco y coronados de rosas; se iban en procesion a venerar en su antigua capilla a San Martín, Apóstol de las Galias y protector particular de la Turena; trajes que habían estado arriconados por espacio de un cuarto de siglo volvían a aparecer a la luz del sol, y el pueblo, que los había visto desaparecer con mucho disgusto, salía con alegría a su vuelta, en una palabra, se celebraba la «misión».

¿Quién hay entre las personas que no sean jóvenes que no recuerde aquellas misiones que renovaban el espíritu de la fe en las campiñas, que introducían una nueva sangre católica en las venas de los pobres campesinos, misiones que los periódicos volterianos de la época trataban como a porfía de sofocar con sus insulsas chanzonetas y hasta con crueles ultrajes? Los jesuitas, siempre calumnados y siempre victoriosos y vencedores de la calumnia; los misioneros de Francia, y para citar nombres propios, los Razan, los Pellier, los Bussy y los Cunsans eran los ardientes operarios dedicados a recoger aquella inmensa cosecha. ¿Cuánto fruto hicieron! Cuántas preciosas gavillas llevaron a los trojes del padre de familia! ¿Cuántas alegrías obtuvieron! ¿Cuántos dolores experimentaron! La mayor parte de ellos han muerto extenuados por las fatigas de los combates apostólicos; han sido olvidados, y sin embargo, esos progresos en la fe que ha visto nuestro siglo, ese impulso generoso hacia las buenas obras, esa renovación del espíritu cristiano, ¿a quién sino a ellos se deben?

Tres de estos valientes misioneros llamaban entonces y hacían correr exhaladas a las muchedumbres al pie de sus púlpitos; los jardineros y los criados de casa de la viuda de Vincent asistían a la misión, y una noche que la condesa estaba casi sola en su palacio devorada por el aburrimiento de verse tan aislada, curiosa por ver lo que atraía a los demás, llamada ella misma por la voz armoniosa de la campana, cuyo sonido era más fuerte que en las ciudades en medio del silencio de los campos, se resolvió a ir a la iglesia.

Cuando llegó, era ya casi completamente de noche; la voz del misionero resonaba en silencioso recinto, a pesar de estar lleno de público; hablaba de las postrimerías del hombre, asunto terrible hasta para los mismos justos; hablaba el misionero con una convicción en la que se sentía vibrar un alma bajo los acentos floreados de la elocuencia, un alma que iba derecha a las de sus oyentes para conmovérlas y convertirlas. Delfina escuchó al predicador con mucha atención, y vióse sobreogida de terror al oír el cuadro que presentaba aquél a la multitud allí reunida, de la muerte, del juicio, del infierno y de la gloria; de la muerte, que quizá estaba muy inmediata; del juicio, que era inevitable; del infierno, cuyos tormentos no puede comprender el espíritu humano; del cielo tan poco merecido por los miseros mortales. La condesa no quedó convencida; pero, por primera vez en una porción de años, una idea grave con respecto a la vida futura vino a sobresaltar su corazón y a agitarlo.

Sin embargo, resistió a aquel primer llamamiento de la gracia, y por espacio de algunos días permaneció sorda a la voz amiga de la campana; se empeñó en hacerse fuerte contra la impresión interior, y, no obstante, un acontecimiento sumamente sencillo y natural vino a triunfar de su obstinación.

Delfina, en una palabra, no quería ir a la iglesia, y tampoco quería que fuesen los demás; siempre nos gusta encontrar cómplices en nuestros extravíos, y esto consiste, a no dudarlo en que, teniéndolos, se nos figuran menores; con todo, no se atrevía a prohibir a sus criados que fuesen a la misión, pero se lo impedía en cuanto estaba en su mano hacerlo, encargándoles trabajos extraordinarios que les imposibilitaban para salir de casa a la hora en que hubieran podido acudir a la iglesia. Con el intento que acabamos de decir, dió una tarde una porción de órdenes seguidas a su doncella, y aún la hubiera dado algunas más si la muchacha no la hubiese interrumpido, diciéndola en tono de súplica:

—¿Señora, yo velaré si queréis, y no me acostaré hasta haber hecho todo lo que acabáis de mandarme; pero os pido por Dios que no me hagáis faltar a la misión.

—¿Tanto empeño tienes en ello, Sofía?

—¿Ah, señora! ¿Cómo no he de tener empeño en procurar mi salvación y en oír hablar de Nuestro Señor?

Estas pocas palabras dichas por una

chica ignorante y de una inteligencia muy limitada, dejaron confundida y aterrorizada a la condesa; la chispa de fe que estaba ya casi apagada en su seno, se avivó de repente.

—Ve a la iglesia, Sofía —la dijo con dulzura—; ve a la iglesia, y acuéstate esta noche a la misma hora de siempre; ya harás otro día lo que te acabo de encargar.

Sofía salió muy contenta del cuarto de su ama, y ésta se quedó muy conmovida, diciendo para sí:

—¡La salvación! ¡El alma! ¡Nuestro Señor!... ¿He pensado yo acaso jamás en ninguna de estas tres cosas?

Al día siguiente se levantó a la primera campanada del toque de oraciones, y se fué en derecha a la iglesia; el encanto de una hermosa mañana de julio, fresca, perfumada, tranquila y al mismo tiempo risueña, había obrado sobre su corazón y la había dispuesto favorablemente para oír la divina palabra. El predicador habló de los Sacramentos, manantiales de vida y de salvación, fuentes, secretas, salidas de las llagas del Salvador, para lavar, fortificar y santificar a los hombres.

Delfina oyó con respeto aquellas cortas y conmovedoras reflexiones sobre unos misterios tan dulces y al mismo tiempo tan terribles; pero cuando llegó el misionero a tratar del sacramento del matrimonio, cuando expuso la indisolubilidad santa, sus nobles deberes, sus solemnes compromisos, la desdichada condesa dobló la cabeza y palideció; el arquero celestial la había atravesado el corazón de parte a parte con una de sus flechas.

«Bueno es, Señor, que me hayáis humillado —exclama el Salmista— para que yo aprenda vuestra leyes». Estas palabras son eternamente ciertas: únicamente la humillación es la que prepara al espíritu humano, tan orgulloso y tan rebelde, para que doble la cerviz ante el yugo que viene de lo alto, para acatar y adorar la divina ley. Delfina había tenido hasta entonces con ella misma ciertas condescendencias, buscadas en las apariencias exteriores; sus costumbres eran puras, su carácter dulce; no conocía ni el odio ni la avaricia; una sola falta había empañado su vida: había pedido a la ley humana que rompiera un lazo consagrado por el mismo Dios, primera transgresión que la había desterrado de las filas del pueblo fiel, y arrastrado a otras violaciones de los santos Mandamientos. Esta falta, disfrazada, excusada y olvidada, se alzaba ahora delante de ella; Delfina pesaba su gravedad, y, confusa y abatida, cayó de rodillas al fin del sermón, y se tapó con ambas manos el rostro bañado en lágrimas. El rocío del llanto penitente caía sobre su alma y la enternecía; una voz la hablaba en el fondo del corazón, y la decía: «¿Qué voy a hacer ahora?» Otro aviso del cielo vino a indicárselo.

En el altar se cantaba el Evangelio del hijo pródigo, y Delfina comprendió el sentido de las palabras sagradas que la habían enseñado en otros tiempos, cuando era niña: «Yo me levantaré e iré a mi padre, y le diré: ¡He pecado!».

La madre de Carlota maduró en el silencio de la noche esta resolución, y en la presencia de Dios examinó su vida y lloró amargamente. A los dos días se dirigió una tarde a aquel tribunal en

donde los que se acusan quedan justificados, y cuando salió de allí volvió a llorar; pero sus lágrimas no tenían la amargura de las primeras; eran lágrimas de celestial consuelo.

La misión concluyó, pero dejando en pos de sí una estela de luz que iluminó todo el país.

El párroco quiso aprovechar aquella impresión favorable que los Padres Jesuitas habían sabido excitar en los ánimos, para llevar a cabo una buena obra que le preocupaba hacía mucho tiempo, y fué a hablar de este asunto a la condesa de Vincent, que si antes se había prestado gustosa a cuanto se le había

propuesto, ahora debía prestarse más.

Delfina recibió al señor cura con amabilidad de siempre, y adivinando aquella visita no era de mero cumplido le dijo sonriéndose:

—Me parece, señor cura, que vale pedirme algo.

—Así es, en efecto, señora; he renovado el país, merced a la santa misión, merced también a vuestra liberalidad y a las limosnas de otros feligreses; la iglesia no carece de nada, y los pobres están socorridos generosamente; pero los niños... ¡ah! ¡Los pobres niños!...



—¿Bien, señor cura; ¿qué es lo que hace falta? ¿Una escuela? ¿Un

—Un asilo!... No, señora; las madres necesitan a sus hijos; lo indispensable es una escuela de niñas: éstas en la casa del maestro mezcladas con los niños, y esto no es bueno ni conveniente; yo quisiera una escuela particular, dirigida por religiosas de la Enseñanza; pero me falta lo que es el ner. de la guerra y de las buenas obras: falta dinero.

—¿Quizá se encuentre el dinero que necesito? —contestó Delfina sonriendo. —Por lo pronto ¿os acomodaría para establecer la escuela aquel edificio que está al extremo de mi parque, la que ocupaban en otro tiempo los cuartos del señor del castillo?... ¿Qué os parece bien la idea?

—Me parece excelente, señora —contestó el cura muy gozoso—; es un edificio soberbio, y que parece estar hecho a propósito para el caso: las monjas que tocando al pueblo, y las niñas tienen que andar muy pocos pasos para ir a la escuela.

—Pues bien; yo os la doy, y me encargo de todos los gastos que es necesario para que se declare de propiedad del pueblo; además, costearé la manutención de una de las religiosas que vayan a venir.

—¡Ah, señora! Dios os bendecirá a vos y a vuestros hijos.

—Entonces pedid al Señor que me conceda lo que le pido —replicó Delfina con firmeza—; deseo ardientemente una escuela, una casa, que se la estoy pidiendo a Dios continuamente; pero el Señor no me la concede.

—Pero que os la concederá, señora; si no fuese, siempre será un gran consuelo para vos en vuestra última hora el recuerdo del bien que habéis hecho a los pobres. El párroco os lo agradecerá, y pedirá al Señor que os consuele.

XVII

Una fundación.

El párroco no dejó que se enfriara la buena voluntad de sus feligreses, y en el espacio de tres meses pudo anunciarles desde el púlpito que tres buenas religiosas de la Enseñanza vendrían al pueblo para dirigir la escuela de las niñas y visitar a los pobres enfermos. Estas religiosas tenían ya preparada, según las reglas de la pobreza, la casa que habían de ocupar, y que ya sabía el regalo de Delfina. Esta había arreglado, presenciándolo ella toda, las salas que habían de servir para las niñas, y también colgar en las paredes cuadros e imágenes de santos. Por todas partes, todo estaba arreglado según las reglas; la cocina, el modesto refectorio, las celdas, tan limpias como sencillas, amuebladas, el oratorio etc. una pequeña biblioteca, de obras piadosas y edificativas; en los cajones de las mesas de la escuela había papel y libros, y en los armarios de la clase de labor, aguja y agujas. La condesa había hecho con su misma estos arreglos con indecisa satisfacción y contento, viendo en aquello una especie de deuda que ella misma había contraído con Dios, y que ya a amar, y se complacía trabajar para Él, para los pobres tan que él mismo se han ofrecido para siempre en sus altares.

Las religiosas llegaron como habían prometido al párroco. Fueron recibidas por el pueblo con grandes demostraciones de alegría; al día siguiente el párroco fué a presentárselas a Del-



lina. Esta, que estaba de pie delante de una ventana, las vió entrar por el patio, y sintió una impresión triste y dulce a la vez al contemplar a aquellas tres mujeres vestidas, o, mejor dicho, cubiertas completamente con un manto negro, semejante a un sudario, atravesar tranquilas y graves aquel patio enarenado y cubierto de flores otoñales. Cuando entraron en el cuarto de Delfina, el párroco hizo la presentación, y la condesa, con esa finura que no se adquiere sino tratando desde niños con las gentes de la alta sociedad, y perteneciendo uno mismo a ella, las dirigió algunas palabras amables, y las hizo que tomaran asiento.

Las tres obedecieron y se echaron hacia atrás los mantos que hasta entonces habían ocultado sus talles y sus rostros. Después aparecieron con ese lindo traje de las aldeanas de Poitou, que el espíritu religioso ha sabido hacer imponente y severo: saya de lana parda, con pliegues muy anchos; pañuelo blanco en los hombros, cuyas puntas llegan hasta la cintura, a la que va sujeto un delantal; toca ancha y blanca como la

nieve que cortando el rostro de un modo particular, dulcifica su expresión y lo hace hermosa; rosario colgado de la cintura, y sobre el pecho, y como tapando el corazón, un crucifijo grande.

Delfina las estuvo contemplando un rato con cierta curiosidad; aquel hábito, aquel recogimiento y aquellos modales tan sencillos como tranquilos la sorprendían. La superiora de aquellas tres religiosas era una mujer entrada ya en años, y en su pálida fatigada frente se descubría como una huella de sus trabajos y de su grande austeridad; la segunda, que estaba a su lado, apenas tendría veinte años; ésta ofrecía el tipo y la hermosura de las jóvenes bretonas, y la vista se reposaba complacida en aquel hermoso rostro, fresco, inocente, vivo y dulce a la vez; la tercera estaba a la sombra y un poco apartada de sus dos hermanas; tenía cogido el rosario con una mano y aquella mano temblaba. Delfina la miró con mucha atención y descubrió en ella unas facciones nobles, unos hermosísimos ojos negros, fijos en el suelo, y un talle tan delicado como notable por su modesta

dignidad; Delfina, al reparar en todas estas cosas, se puso también a temblar sin saber por qué, y se quedó silenciosa un rato, mirando a aquella hermana, que no levantaba los ojos del suelo.

—¿Cómo se llaman vuestras dos compañeras? —le preguntó el párroco a la superiora para romper aquel silencio, que le hacía padecer.

—Esta se llama María Ana y aquella María Carlota; yo las recomiendo a ambas a las bondades de la señora condesa.

—Perdonad, hermana —dijo entonces Delfina rompiendo el silencio—; estoy algo turbada y no puedo recibirlos como yo quisiera; dentro de un rato iré a volverlos la visita, porque somos vecinas. ¿Me permitís guardar unos instantes a vuestra compañera, que, si no me equivoco, no me es persona desconocida?

—¿A cuál, a mi hermana sor María Carlota? Sí, señora: con mucho gusto; puede y debe quedarse.

La superiora se sonrió al decir estas palabras; sor Carlota se puso pálida, y el buen párroco no comprendió de todo esto sino que la condesa Vincent deseaba estar sola; así es que se retiró acompañado de la superiora y de la religiosa joven. Sor María Carlota, en cuanto todos se hubieron marchado, se levantó de pronto y fué a arrojarse a los pies de Delfina diciendo con una voz ahogada por las lágrimas:

—¡Me habéis conocido, mamá!

Delfina no contestó; buscaba su voz, y no encontraba sino lágrimas; abrazaba a su hija, la estrechaba contra su corazón, la apartaba de allí en seguida; volvía a mirarla y parecía como que se estaba bañando en quella dulcísima contemplación. Carlota estaba un poco más tranquila, y una dicha inefable brillaba en su hermosísimo rostro.

—Ya sabía yo —dijo al fin— que os encontraría aquí; me han dicho vuestro nombre cuando se me ha propuesto para esta fundación, y este nombre que rido ha hecho latir mi corazón, cual si quisiera escaparse del pecho; entonces se lo he contado todo a la superiora, que ha tomado parte en mi dicha y se ha regocijado de ser el instrumento de que se ha valido el Señor para volvernos la una a la otra.

—¡Hace veinte años que no te he visto! —fueron las primeras palabras que pudo pronunciar Delfina.

—¡Y, sin embargo, me habéis conocido, mamá! Esto prueba que no me habéis olvidado.

—¡Jamás, hija mía, jamás! ¡Le he pedido a Dios tan de veras que me concediera la gracia de volverte a ver alguna día!

Y el Señor os ha oído; también yo os he encomendado a Dios todos los días.

—¿Me amabas, según eso?

—¿Podíais dudarle ni un momento? ¡Ah, mamá! Si no os he revelado el sitio a donde me había retirado, ha sido por obedecer a lo que mi querido papá me había mandado en sus últimos momentos; pero la divina Providencia vuelve a unirnos hoy, y yo confío que no nos separará nunca.

—Démosla gracias, hija mía —contestó Delfina poniéndose de rodillas—; vámonos juntas. Hasta este momento yo no había visto de Dios sino su justicia; ahora adoro su bondad paternal. Ora conmigo y por mí, Carlota; en los días que me restan de vida tú me enseñarás a amarle.

FIN

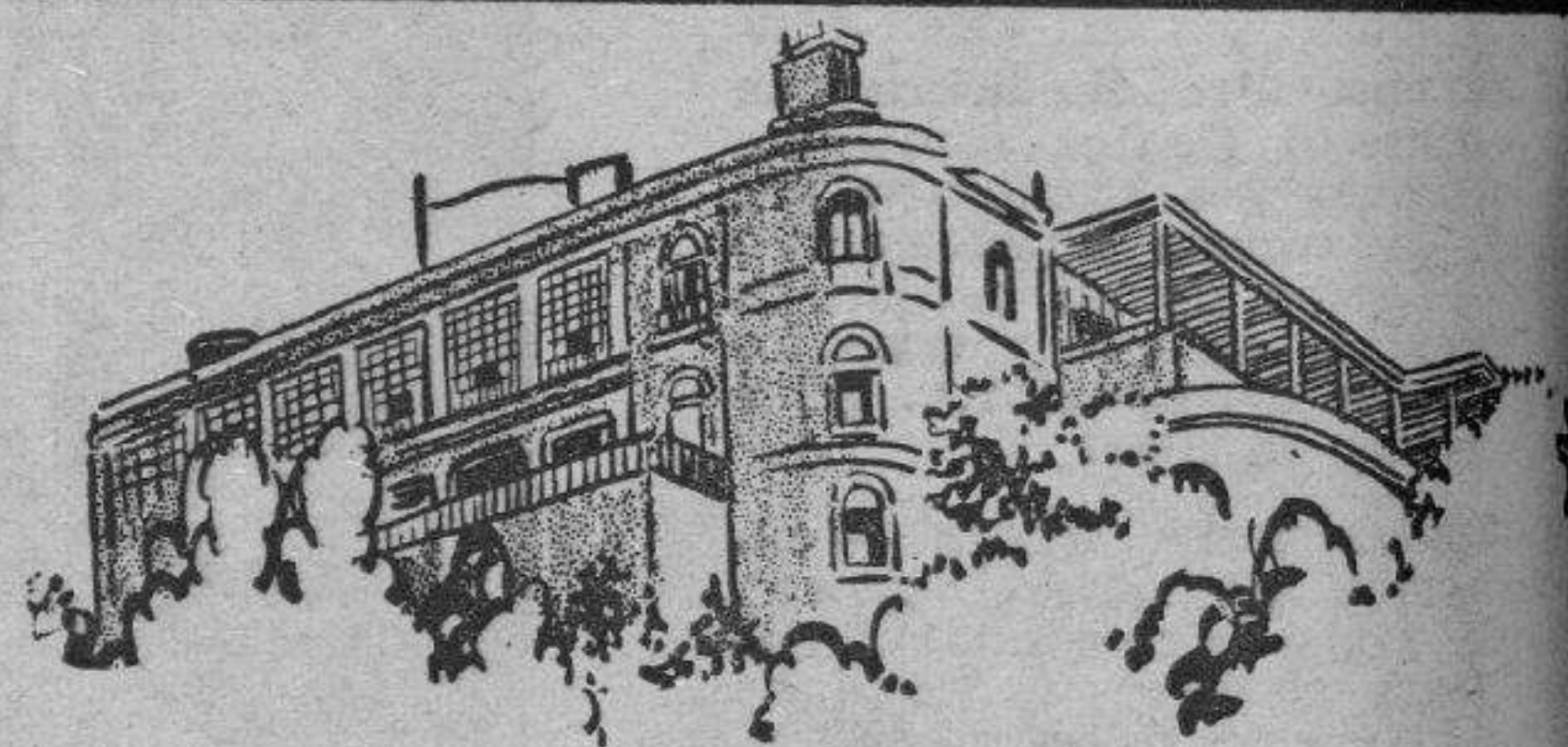
AUNQUE PAREZCA INCREIBLE

POR
JOHN HIX

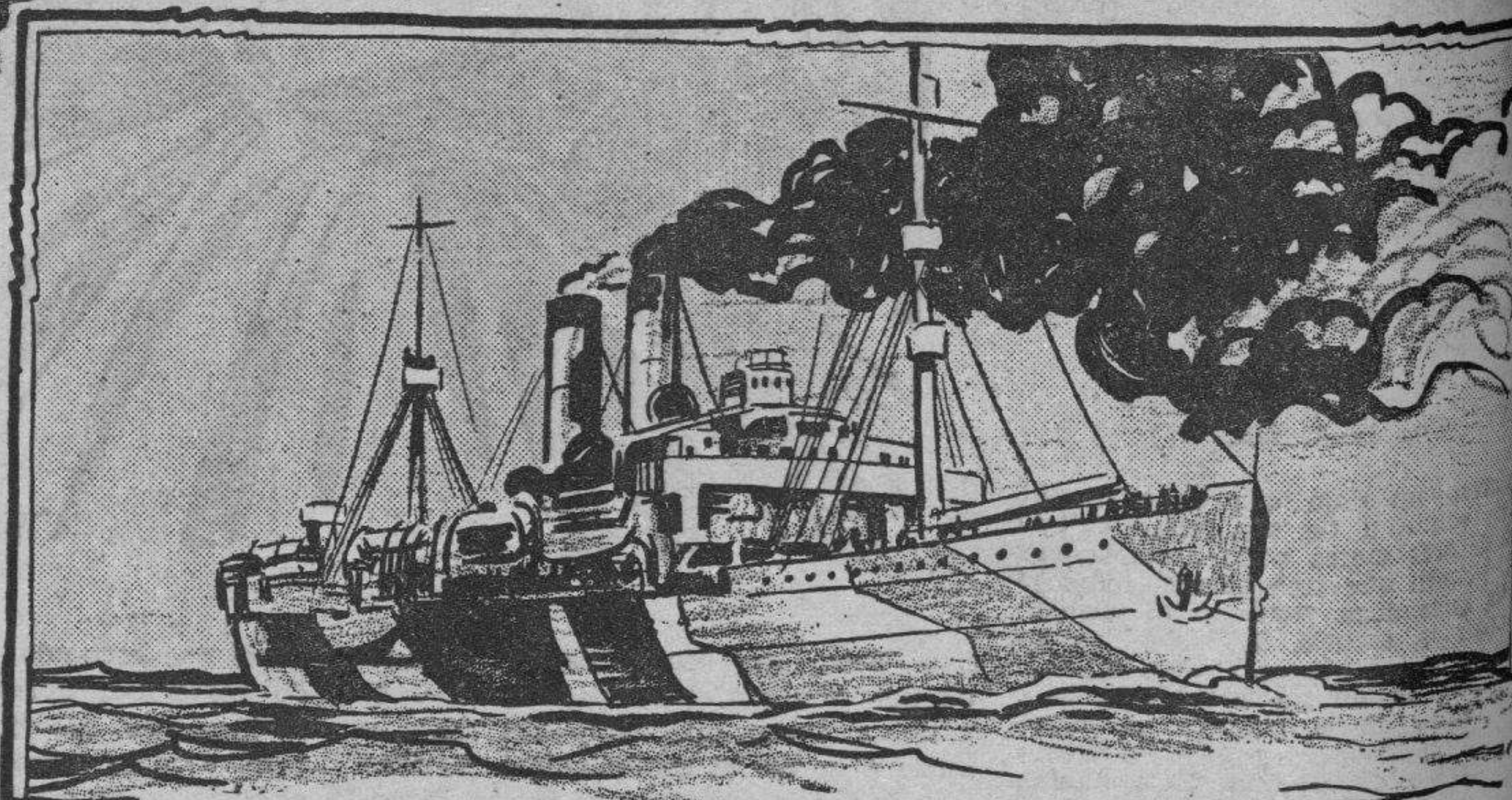


COLÓN ERA UN PIRATA!

LA PRIMERA VEZ QUE SE HIZO A LA MAR FUÉ CON UNA BANDA DE PIRATAS QUE IBAN A CAPTURAR EL REINO DE NÁPOLES.
(1459-61)



EL NOMBRE DE **CHAPULTEPEC**, DADO A LA RESIDENCIA DEL PRESIDENTE DE MÉJICO, TIENE SU ORIGEN EN UN SALTAMONTES, LLAMADO **CHAPULÍN** EN MÉJICO!



EL VAPOR NORTEAMERICANO **DE KALB**, TRANSPORTE DE TROPAS EN LA GUERRA MUNDIAL, HIZO 11 VIAJES A FRANCIA DESPUÉS DE HABER LOS ESPÍAS ALEMANES **AVERIADO 4/5 PARTES DEL PROPULSOR DE SU HÉLICE!**

EL "BOOMERANG" AUSTRALIANO ESTÁ CONSTRUÍDO DE TAL MODO QUE NO SE DEVUELVE HACIA ATRÁS, COMO SE CREE GENERALMENTE.



El
**CABALLO
de
HIERRO**



GILDER GANÓ 4 CARRERAS EN UN DÍA, EL 14 DE AGOSTO DE 1901, EN EL HIPÓDROMO DE NURWILLUMBATH, AUSTRALIA. NINGÚN OTRO CABALLO HA IGUALADO ESTE RECORD.



LOS PÁJAROS RESPIRAN MEJOR CUANDO ESTÁN VOLANDO.

LOS PIRATAS DEL BUQUE "MOST HOLY TRINITY," LANZARON AL MAR **\$ 750,000**, EN LINGOTES DE PLATA POR CREER QUE ERA HOJALATA

JULIO 1685

John Hix

LO INCREIBLE EN LA CIENCIA



PINOS RESINOSOS
 LOS PINOS «AZUCARADOS» DE CALIFORNIA, IMPORTANTES POR LA MADERA QUE PRODUCEN - ESTÁN AMENAZADOS POR LA ENFERMEDAD QUE SE MANIFIESTA EN UNA GRAN SEGREGACIÓN RESINOSA.

EL DIAMANTE ES MÁS FUERTE.
 A PESAR DE LOS AVANCES QUÍMICOS, EL DIAMANTE SIGUE SIENDO LA MÁS DURA DE TODAS LAS SUSTANCIAS.

BUHOS Y MURCIÉLAGOS
 LOS BUHOS SON ENEMIGOS NATURALES DE LOS MURCIÉLAGOS, A LOS QUE PERSIGUEN Y DEVORAN.

Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York

DEL BUEN HUMOR AJENO

PENSAMIENTOS

Por **DIÓGENES**

El amor de un hombre o mujer por sí mismo es el único afecto que siempre crece.

Lo mejor que podrían hacer muchos de los jóvenes que salen ahora de la Universidad es ingresar en la escuela.

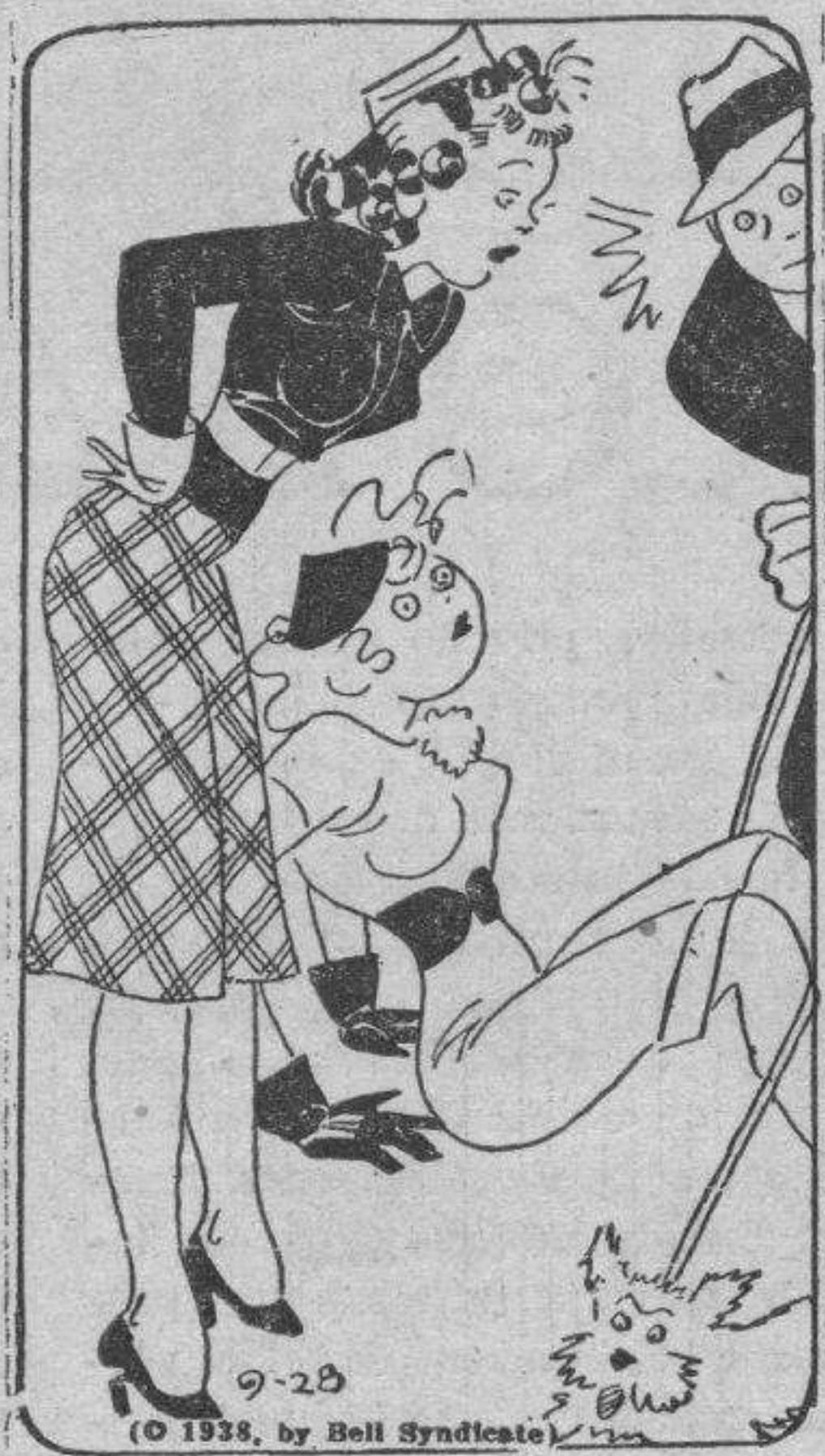
Los hombres están en lados muy opuestos cuando se discuten cuestiones de finanzas y dinero. Pero la mayoría está al lado afuera.

Los cobardes que se callan han causado más ruina de pueblos que los calumniadores que vociferan.

Por lo general, la gente no se arrepiente de haber obrado mal, sino de haber obrado mal infructuosamente.

No juzgues al sacerdote por lo largo del sermón que predica.

El hombre que siempre está pensando en hacer grandes cosas, por lo general termina haciendo una gran cantidad de cosas insignificantes.



En el matrimonio moderno muchas veces el faldero suplanta al bebé.



La vida no comienza a los 40 sino cuando cesamos de pensar que es un fandango.



No son siempre las curvas del camino las más peligrosas para el «driver» que padece de vértigo.

¿SE SIENTE UD. DEBIL, FATIGADA, DESGANADA?

Recupere las energías perdidas TOMANDO

QUINIUM LABARRAQUE



El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrifugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)

A. ROGER

EL NEGOCIO DE JOYAS ROBADAS

UN detective privado que se gana la vida recuperando joyas u objetos robados está expuesto frecuentemente a situaciones delicadas. Toda vez que lo que le interesa al detective es recobrar las joyas y no dar su merecido a los ladrones; éstos, por regla general, calen de la aventura sin castigo alguno, y, como el detective está dispuesto a dárles toda o parte de la recompensa ofrecida por el rescate de las joyas, los ladrones, en la mayoría de los casos, prefieren tratar directamente con él a vérselas con el «reducidor» común, esa figura tan frecuente en el hampa.

Es debido a todo esto que, en muchos casos, la policía no puede definir con exactitud la posición real del detective, ignorando si se encuentra del lado de la ley o si tienen que catalogarlo como haciendo causa común con la delincuencia.

¿Trabaja el detective honradamente, en beneficio de los intereses de sus clientes, o, por el contrario, está de acuerdo con los ladrones, ofreciéndoles un medio seguro de deshacerse de los productos de sus robos y cooperando con ellos en todo momento?

Tales fueron las preguntas que surgieron cuando Noel Charles Scaffa, probablemente el detective privado más famoso de Estados Unidos, fué procesado no hace mucho, acusado de haber violado leyes federales, al transportar joyas robadas desde Nueva York a Florida.

Scaffa se ha especializado en la devolución de joyas robadas desde hace años. Los libros de su oficina muestran que hasta ahora ha conseguido devolver a sus legítimos dueños seis millones de dólares

en joyas que les habían sido robadas. En este campo de sus actividades, Scaffa ha conquistado una gran reputación y tiene alrededor de veinte empleados que trabajan a sus órdenes exclusivas en el esclaramiento de múltiples robos.

El caso que le produjo el entredicho con el gobierno ocurrió en Miami, Florida, en enero último. Dos enmascarados se llevaron joyas por valor de 180.000 dólares, pertenecientes a la señora Margaret Hawkesworth Bell, ex bailarina del Follies.

La señora Bell se hallaba en su habitación del hotel cuando entraron los ladrones, enmascarados, quienes, amenazándola con una pistola, se apoderaron de sus joyas, entre ellas dos collares de perlas, dos anillos con brillantes y dos brazaletes también con brillantes. Después de maniatarla y amordazarla, los ladrones pasaron a la habitación de al lado, donde despojaron a un amigo de ella, Harry Content, de cuanto tenía de valor.

—Si dice usted una sola palabra—amenazaron a la despojada señora—, volveremos dentro de unos días para matarla.

Al principio parecía que aquel caso terminaría, como tantos otros, con la desaparición de las joyas y la inmunidad de los ladrones. Unos días después del robo, el jefe de investigaciones de Miami, Eugene E. Bryant, devolvió las joyas a la señora Bell, diciendo que alguien las había dejado en su auto. Dos hombres fueron detenidos. Uno de ellos fué enviado a prisión por unos meses, el otro fué puesto en libertad porque las pruebas que contra él existían no eran suficientes como para condenarlo.

Pero ocurrió que el Congreso, hace un año, legisló declarando que el transporte de propiedades robadas de un estado a otro es un delito contra la ley. El Departamento de Justicia se ocupó activamente del asunto, enterándose que el detective privado Scaffa había entregado a Bryant la llave de una valija depositada en la estación de Miami y que las joyas habían sido encontradas dentro de aquella valija. Bryant, que renunció a su cargo, declaró ante el representante del Departamento de Justicia, según se dice, que él y Scaffa habían convenido repartirse los 15.000 dólares ofrecidos en recompensa por la devolución de las joyas.

Los agentes federales declararon que Bryant confesó haber recibido 3.500 dólares de aquel dinero, pagándose 2.000 al abogado que defendió a los dos hombres detenidos, 1.000 dólares a un agente de Scaffa y el resto entre varios funcionarios que trabajaron en el caso. Además, Scaffa cobró 2.500 dólares de recompensa ofrecida por la compañía de seguros que tenía la póliza de las joyas.

Scaffa fué detenido en Nueva York, acusado de violación de la flamante ley, y poco después tuvo que presentarse ante otra corte, acusado de haber prestado falso juramento ante el Jurado Federal.

Este caso trajo a la memoria otro en el cual Scaffa, al devolver las joyas robadas a su legítimo dueño, se vió en difi-



La señora Bell estaba en su habitación del hotel cuando entraron los ladrones. Amenazándola con una pistola, se llevaron las joyas.

cultades con la justicia. Ocurrió dicho caso en 1925, cuando la señora Jessie Woolworth Donahue se vió despojada de 600 mil dólares en joyas. Scaffa fué comisionado para obtener la devolución y dos semanas después llegó tranquilamente a una comisaría, entregando un paquete que contenía todas las alhajas robadas.

La acusación no pasó del juzgado, y aunque se produjo una apelación, al fin el detective salió en libertad. Hablando de aquel caso recientemente, Scaffa dijo: «Nunca había visto a Layton antes de aquella noche. Me preguntaron por qué no lo detuve, pero la verdad es que yo carezco de autoridad para detener a nadie. Mi negocio es recuperar joyas roba-

das, no detener a los que las robaron. Scaffa trabajó hace muchos años, como «botones», en la gran agencia de detectives privados de Pinkerton, porque necesitaba bajar para ayudar a su madre. Poco a poco fué demostrando condiciones, hasta que se le designó agente, pero, más adelante, advirtiendo las posibilidades que ofrecía aquella profesión, montó su agencia propia.

El caso que lo hizo famoso ocurrió en septiembre de 1924, cuando el millonario Jashua S. Cosden fué despojada de 200.000 dólares en joyas. Aquel robo llamó mucho la atención porque produjo precisamente la noche en que el matrimonio Cosden daba una fiesta en honor del príncipe de Gales en Long Island.

Scaffa fué llamado para efectuar la pesquisa tendiente a obtener la devolución de las joyas y no tardó mucho tiempo en conseguir recuperar un collar de perlas valuado en 40.000 dólares, recibiendo una recompensa de 8.000.

Otro de los famosos casos en que ha intervenido Scaffa fué en 1928. El matrimonio Talbott fué víctima de un robo de 23.000 dólares en alhajas. En lugar de notificar a la policía, Talbott llamó a Scaffa y una semana después ocurrió a la Jefatura de Policía para notificar el robo y simultáneamente inter-



La señora Margaret Hawkesworth Bell, ex-bailarina del Follies, cuyas joyas, robadas en Miami, llevaron a Scaffa uno de sus entredichos con las autoridades policíacas



Los esposos Harold E. Talbott, en un baile de disfraces en Nueva York. Despojada de 23.000 dólares en joyas, la señora Talbott encargó a Scaffa de la pesquisa, y una semana después tenía las joyas en su poder.

(Continúa en la Página 29)

ESDE la ejecución de un asesino estonio del siglo XX, hasta el asesinato «legal» de uno de los más grandes filósofos de la antigua Grecia, hay, indudablemente, una gran distancia. Sin embargo, ambos incidentes están relacionados de la más extraña manera, porque, en cada caso, el condenado a muerte fué obligado a beber su propia vida.

En Estonia, al aprobar el nuevo código penal, en el que se estableció que los condenados a muerte tienen derecho a beber con veneno, si prefieren esa pena a la horca, revivió, impensadamente, una vieja práctica original hace veinte siglos en uno de los estados más civilizados que hayan existido.

La diferencia está en que, si bien la tradición ateniense es recordada porque salvó la vida a Sócrates, uno de los pensadores más grandes que ha conocido el mundo, los estonios, hasta ahora, sólo han aplicado el sistema a criminales comunes, condenados a morir en el patíbulo.

En Estonia, han adoptado el uso de ese veneno con el propósito de humanizar, en lo posible, el siempre repugnante proceso de dar muerte a un ser humano.

De acuerdo con las nuevas leyes penales de dicho país, un hombre convicto de un crimen y condenado a la pena capital, puede evitar el caldoso, si así lo desea, bebiendo el vaso de veneno que la ley le proporciona. Y, según parece, este método forzoso resulta preferible para los condenados a muerte, pues tres de los cuatro reos a quienes se les ha concedido el derecho de elegir, no vacilaron en ingerir el veneno.

El primero de ellos, fué Johannes Nestra, condenado a muerte por el asesinato de su madre. Nestra rechazó el ofrecimiento y, en consecuencia, fué ahorcado. Después se produjeron otros tres casos, y en todos el criminal aceptó el método.

El primero de ellos, fué Johannes Nestra, condenado a muerte por el asesinato de su madre. Nestra rechazó el ofrecimiento y, en consecuencia, fué ahorcado. Después se produjeron otros tres casos, y en todos el criminal aceptó el método.

El primero de ellos, fué Johannes Nestra, condenado a muerte por el asesinato de su madre. Nestra rechazó el ofrecimiento y, en consecuencia, fué ahorcado. Después se produjeron otros tres casos, y en todos el criminal aceptó el método.

El primero de ellos, fué Johannes Nestra, condenado a muerte por el asesinato de su madre. Nestra rechazó el ofrecimiento y, en consecuencia, fué ahorcado. Después se produjeron otros tres casos, y en todos el criminal aceptó el método.

El primero de ellos, fué Johannes Nestra, condenado a muerte por el asesinato de su madre. Nestra rechazó el ofrecimiento y, en consecuencia, fué ahorcado. Después se produjeron otros tres casos, y en todos el criminal aceptó el método.

El primero de ellos, fué Johannes Nestra, condenado a muerte por el asesinato de su madre. Nestra rechazó el ofrecimiento y, en consecuencia, fué ahorcado. Después se produjeron otros tres casos, y en todos el criminal aceptó el método.



Al avisársele que el emperador había colocado su nombre en la lista de los condenados a morir por sus propias manos, Petronio organizó una gran fiesta en su casa, y en plena orgía se hizo abrir las venas en presencia de sus convidados.

LA LEY INVITA NUEVAMENTE A LOS HOMBRES AL SUICIDIO

POR BRUCE CATTON

a cabo la sentencia de muerte, tenía que traer a la memoria el famoso caso de Sócrates, que, como se sabe, murió en forma idéntica.

Sócrates vivió en Atenas unos 400 años antes de Cristo. Era un hombre feo, de aspecto miserable, que jamás se preocupó de escribir su filosofía, y que ni siquiera fundó con ella una escuela. Pasó su vida, en una incansable búsqueda de la verdad, y creó un método, a base de preguntas y repuestas, para investigar todos los aspectos de un tema en discusión, que le conquistó la admiración de hombres tan famosos como Platón y Xenofonte.

Muy poco se sabe sobre la niñez y

juventud de Sócrates. Se ha podido establecer que su padre era escultor, y que Sócrates se casó con una mujer llamada Xantipa, que, al parecer, tenía un carácter agrío, y con la cual el filósofo llevó una «vida de perro», como generalmente se dice.

Profundo pensador, que no aceptaba jamás una sola verdad que no pudiera pasar con éxito la dura prueba de su torturante análisis. Sócrates, no tardó en conquistar fama de ecéptico, y toda vez que la generalidad de los atenienses de su época, eran devotos creyentes de la mitología griega, las ideas de Sócrates suscitaron un pronunciado antagonismo.

Sócrates, no era un ateo, y no aconsejaba a sus discípulos que no creyeran en Zeus, Afrodita, y demás dioses de la mitología griega, pero sí les enseñaba que no debían aceptar nada que no hubieran investigado y probado previamente. Los jefes de la comunidad consideraban aquella actitud como una demostración de ateísmo, y a Sócrates como una influencia subversiva en la Atenas de aquellos días, todo lo cual explica que se le procesara como «corruptor de la juventud ateniense».

La corte de Atenas, no se parecía en nada a un juzgado de nuestros días. No había allí ni un juez ni un jurado, pues se componían de 501 «dicastas», o sea, hombres encargados de sopesar todas las pruebas presentadas en cada proceso y decidir la sentencia absolutoria o condenatoria.

Primeramente fueron llamados a declarar los acusadores de Sócrates. Entre ellos se destacaba un hombre llamado Anytus, rico comerciante en cueros, y líder político, toda una columna de la comunidad ateniense. Anytus, acusaba a Sócrates de haber atacado sus más caras creencias.

Anytus, y demás acusadores, pronunciaron sus discursos. A continuación se permitió a Sócrates que los interrogara, y los relatos que se conocen sobre aquel sensacional proceso, dicen que el sabio lo hizo con amarga e hiriente habilidad, llenando a los acusadores de confusión. Después, Sócrates, pronunció su discurso.

En parte, el filósofo dijo así:

(Continúa en la Pág. 28)

COMO sosteníamos en nuestro artículo, «Hamlet y Montesinos», es indudable que, tanto la obra cumbre de Shakespeare al decir de varios literatos, y la obra cumbre del inmenso «Manco de Lepanto», «Don Quijote», son dos «productos de la imaginación», pero sosteníamos en dicho artículo, publicado en este Suplemento Dominical del DIARIO, que la admirable armonización que se advierte en «Don Quijote», no la encontramos en el drama shakespeariano; de ahí sosteníamos que «Cervantes era más grande intelectualmente hablando, que Shakespeare», contrariando en ello la tesis de Víctor Hugo, que pensaba lo contrario; pues la dualidad que quiere advertir en el «Hamlet», creemos haber demostrado que no es ni con mucho la «armonización» que se advierte en el Quijote. El problema «moral y vengativo» que se da en «Hamlet» y «Lotario», no puede considerarse más que un solo hecho: la muerte del padre de Hamlet y el padre de Lotario. Eso no puede considerarse como la «admirable armonización del Quijote», completando su «idealismo», con el «realismo» de Sancho Panza, personalidad estudiada ampliamente en el trabajo que recientemente publicamos en «Selecta» de esta ciudad.

Y ahora vamos a tratar de seguir demostrando nuestra tesis en la admirable aventura de D. Quijote, con los «ejércitos» que él consideraba como tales, a pesar de la opinión contraria de Sancho, y sus resultados, que fueron «dos manadas de ovejas»...

Acababan de salir, «Caballero y Escudero», de lo que D. Quijote creía el Castillo Encanto. De él solamente vemos nosotros una «ventana», y Sancho con el correspondiente molimiento, del aparatoso «manteamiento» que le dieran el dueño de la venta y otros que allí estaban, como precio de la «soldada» que debían, y que, como D. Quijote no pagó por entender que no podía contravenir la orden de los caballeros andantes de los cuales, es cierto (sin que hasta ahora hayamos leído cosa en contrario), que jamás pagaron posada ni otra cosa en ventas donde estuviesen. Luego parece evidente que D. Quijote no quería prevalerse de esa condición, que él creía tener para no pagar. No; él quería, por sobre todas las condiciones y advertencias que le hacía el ventero, él creía firmemente que se trataba de un castillo (más o menos encantado), como manda el exacto cumplimiento de las Leyes de la Caballería Andante. Por eso dice que hasta ese momento no había leído nada en contrario a sus opiniones; en cambio Sancho, que no era Caballero Andante, sino escudero de uno de ellos, sabiendo que determinadas prerrogativas no surten efecto más que en los Caballeros Andantes (como le sucedió con el Bálamo de Fierabrás), tuvo que «agarrarse» a la máxima de «no pagar», y no pagó, a costa del manteamiento, y de sus «alfojas, en las que había muchas cosas de D. Quijote. De donde resulta que indirectamente «pagó» y contravino las leyes de Caballería; pero en fin, Sancho «no pagó», y de contra, Maritornes le llevó un vaso de vino y por ello, cuando el ventero iba a cobrarle él le decía que por la Ley de Caballería que su amo había recibido, no pagaría un solo «sornado» (moneda de ínfimo valor, menos que el «maravedís», que existía en tiempo de Cervantes. Dice Juan de Avila, en la Carta XI de su «Epistolario Espiritual» que «monge que tiene un cornado, no vale un cornado». Todas estas explicaciones, y las que más adelante haremos, son tomadas y adaptadas a un lenguaje llano, de la magnífica «Edición Crítica del Quijote», de Rodríguez Marín.

Después de haber salido de la venta, y lamentándose Sancho de los sinsabores «corporales» que el ejercicio de la caballería le ocasionaba, vieron que por el camino que ellos tomaron venía una gran polvareda, y en el acto surgió en D. Quijote el aspecto imaginativo; y así dijo a Sancho:

—Este es el día en que se ha de demostrar tanto como en otro alguno (equivalente a tanto como el que más), el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la Fama.

Pero inmediatamente pensó que eran dos



Llegáronse a él los pastores y creyeron que le habían muerto.

DON QUIJOTE Y LA AVENTURA DE LOS DOS EJERCITOS

Por el Dr. CARLOS MONTORO

ejército que iban a acometerse, pues como advirtiera Sancho que eran dos «polvaredas», surgió la otra personalidad de D. Quijote, la que tenía por fundamento ese altísimo concepto de hidalguía y el de lo justo que tenía, como lo puso de manifiesto cuando inspirado por un puñado de bellotas con que le obsequiaran unos obreros con quienes comió. Así, cuando Sancho le instaba «para ver los toros desde la barrera», como dicen, y le preguntó qué iban a hacer, D. Quijote contestó en seguida como extrañado de que le preguntaran algo relacionado con el cumplimiento de su «deber»: «Favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos».

En esta frase se condensan, a mi ver, la admirable armonización del personaje creado por Cervantes, pues está indican-

do que las obras que ha de ejecutar lo colocaran en el Libro de la Fama, como así ha sido, pero no como guerrero, sino como «campeón de lo justo, del derecho de los que él creía más menesterosos y desvalidos, de vencedor de la fe y del amor».

Como veremos inmediatamente, una y otra cosa fuera lo que lo determinara a tomar partido por un ejército, frente a otro, creyendo, muy sinceramente «que eran ejércitos», como demostró cuando le «suplicó a Sancho que comprobara que eran ejércitos y los siguiera un trecho para que viera tan pronto como se alejaran un poco». El haber convertido esos ejércitos en «manadas de ovejas y carneros», había sido obra de los encantadores que lo perseguían, «envidiosos de la gloria que había de alcanzar». Vuel-

tos esos ejércitos en manadas de ros y ovejas, después empieza a bir los dos ejércitos. Uno lo mandaba el Emperador Alifanfarón de las Grandes Islas de la Trapa. Alifanfarón, es una alusión satírica se hace a Ali, que en época de Constantino era el ídolo de los turcos, pero aun mucho después ese nombre se obligó para todos los turcos, y Fanfarón, no es sino una alusión a la cantina al carácter de los turcos entonces. Recuérdese la batalla de Lepanto y se comprenderá el por qué de la palabra; y las Islas Trapobana, conocidas antiguamente por «la Isla de la Trapa», cuya principal industria era la seda, y a ello hacía referencia, en el gran poeta portugués Luis de Camões en el Canto X de «Os Lusíadas», el Rey de los garamantas, Panfilo del Arremangado Brazo. Este nombre está formado sin duda por la palabra pentápolis, que era el nombre genérico que se daba en la antigüedad a las Cinco Ciudades Nefandas, o sean, Sodoma, morra, Adama; Seboin y Zoar o Pentápolis de los Filisteos, o Pentápolis propiamente dicha, situada al Sur de Tierra Santa o Jerusalén, aunque Rodríguez Marín entiende que la referencia cervantina a las Cinco Ciudades Nefandas que hemos citado ampliando las de Rodríguez Marín, no se debe afirmar categóricamente, pues es cierto que las «Islas Trapobana» están en la verdadera Pentápolis, pero al S. O. del Asia Menor, donde encontramos la Pentápolis italiana, conquistada a los lombardos por Pepino el Breve», comprendiendo en la costa Adriática las «cinco ciudades» de Pesaro, Fano, Sinigaglia y Ancona, además tenemos la Libia Pentápolis, Pentápolis líbica; pero no obstante que no se puede definitivamente afirmar que al nombrar D. Quijote a Pentápolis etc., como una alusión a la Pentápolis que formaban las cinco ciudades nefandas, parece que debemos inclinarnos a ese parecer, dado que D. Quijote designa el jefe del segundo ejército que habla del «Rey de los garamantas» sin duda es ello lo que ha querido decirse Fitzmaurice Kelly, al recomponer la composición del Marqués de Termonde se inserta en «Las Flores de Poeta» tres», coleccionadas por Pedro Espinosa después comienza la más maravillosa «fuerza de imaginación» que ha sido unido a una inmensa erudición, que Cervantes en boca del Quijote, la descripción completa de los guerreros, blemas de los mismos, que integran e integran ambos ejércitos. Pero se advierte en D. Quijote lo que hemos dicho sobre su condición porosa y así cuando Sancho que, junto con Quijote, se habían subido a un cerro que estaba cerca de allí, donde medían ver esos «dos ejércitos», le preguntaba por qué se querían tan mal esos señores «Alifanfarón y Pentápolis» Arremangado Brazo», le contestó:

—Porque este Alifanfarón es un bundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es muy hermosa y además muy agraciada cristiana. De manera que D. Quijote era naturalmente un gran defensor de la cristiana; en innumerables pasajes Quijote se advierte eso mismo, y en otros muchos pasajes critica a los sacerdotes, como lo hace cuando que estaba en casa de los Duques de Cisamonte porque en ellos no se observaba, en cierto modo, las mismas de «fe cristiana que él», más que se observaba. La plática que Quijote con los sacerdotes que se fiaron al «Cura de D. Quijote» «encantado» en la carreta de donde lo llevaban a su aldea, pero resulta inadecuada, la crítica que quiere hacer de este pasaje cuando advierte que se contradice la verdadera lógica literaria, cuando opinión contraria a Mahoma, cuando ce que la razón que tiene el Rey de «Garamantas» para negar su fe cristiana, al señor de las Islas Trapobana es que abjura de su mehomética, haga cristiano. Porque no es posible diga eso un autor árabe y filósofo mehomético, como Cide Hamete Benecid. A esto contesta Urdeneta en su

(Continúa en la Pág. 27)

Grandeza y miseria de Rembrandt

trasladó a Amsterdam e ingresó al estudio de Pedro Lastman, entonces pintor de moda y al lado de éste permaneció durante tres años, al cabo de los cuales regresó, instalándose en la casa paterna, en unión de uno de sus discípulos de la escuela de Lastman, llamado Liévens.

Ambos jóvenes tuvieron como aprendiz a Gerardo Dou, y con tal de vender sus obras, se asociaron al grabador Juan Jorge Van Vliet. Una vez constituida aquella sociedad, se esforzaron por hacerse de dinero y por perfeccionarse en su oficio. Rembrandt trabajó infatigablemente, evitando los placeres propios de los jóvenes de su edad y se consagraba a la delicia de pintar, ora asuntos de familia, ora pasajes bíblicos, o bien su propia efigie o los retratos de sus padres, hasta que, por fin, llegó a llamar la atención de Federico Enrique de Nassau, quien se interesó por sus obras y procuró persuadir a los dos compañeros artistas para que fuesen a terminar sus estudios a Italia; pero ro ambos amigos rehusaron y continuaron dedicados a su cotidiana tarea.

En 1631, a la edad de veinticuatro años, Rembrandt se radicó en Amsterdam, donde conoció a la que fué después su esposa, Saskia, sobrina de Hendrick Van Uilenburch, uno de los personajes más célebres en el mercado de curiosidades de esa ciudad, en la cual el tráfico con cuadros y antigüedades se ensanchaba cada vez más. Este asunto interesó a Rembrandt, que era un experto en la materia. Comenzó por prestar a Hendrick mil florines de la cantidad que le había legado su padre, el viejo molinero que había muerto el año anterior, dejando una fortuna, y acabó por instalarse en la casa de su deudor.

En 1634 tuvo lugar su matrimonio, y a la joven pareja le sonrieron el amor, la fortuna, el éxito. Rembrandt era ya un retratista de fama y se hallaba rodeado de discípulos. Trabajaba feliz, y de esta época datan retratos admirables y grupos también, como el célebre cuadro conocido por la leyenda de «La lección de anatomía del Dr. Tulp».

Junto con esas obras hechas por encargo, Rembrandt pintaba, y por darse gusto, asuntos religiosos como «El Cristo ante Pilatos», «El juramento de San Juan Bautista», asimismo, reproducía su propia efigie ataviada magníficamente y, de preferencia, pintaba a Saskia, su esposa, a la que representaba de Susana, de Flora o de Danae; unas veces al desnudo;

otras, luciendo suntuosos atavíos y recubierta de joyas.

Los considerables ingresos que obtenía mediante su paleta, los gastaba con buen gusto, haciendo adquisiciones en las tiendas de los anticuarios. La pintura y la agradable tarea de coleccionar cosas bellas, constituían para Rembrandt sus principales ocupaciones, y a la vez su mayor goce. Para conservar sus colecciones, en 1639, compró en la suma de trece mil florines, una magnífica casa de ladrillo de dos pisos, la cual llenó de obras de arte, muebles, armaduras y joyas, convirtiéndola en verdadero museo, que no cesó de acrecentar y renovar, pues Rembrandt no desdenaba la oportunidad de ejercitarse como aficionado a las transacciones mercantiles.

Continuó Rembrandt enriqueciendo su obra con cuadros magníficos, entre otros «La ronda nocturna», y alcanzó entonces el apogeo de su gloria, al mismo tiempo que era rico, dichoso, y que veía abrirse ante él radiante el porvenir; más a la sombra de tanta felicidad, el destino preparaba su desquite.

En 1642 falleció Saskia; y la muerte de ésta señaló el término de la dicha de que venía disfrutando Rembrandt, quien cumplía a la sazón treinta y seis años de edad. Los que entonces le restaban de vida, no parece sino que fueron el rescate de aquellos que vivió dichoso, en su juventud.

Saskia, le dió un hijo, llamado Titus, que contaba un año de edad cuando ella murió. La madre legó sus bienes al niño, y el usufructo correspondió a Rembrandt, exento de gravamen, por cuenta de la tutela, con la condición que no se volviera a casar. Esta condición tuvo para el artista, fatales consecuencias, pues ¿cómo era posible que continuase habitando solitario aquella vasta residencia? ¿Quién se encargaría del niño? El cuidado de éste, lo confió a Geertghe Dierx, viuda de un trompeta. Aun cuando aquella mujer que vestía sayas de campesina, de pómulos salientes, ojos redondos y aire recalcitrante, ningún atractivo ofrecía, Rembrandt, sin embargo, vió en ella algo más que una sirvienta... Durante siete años permaneció la viuda en aquella casa, al cabo de los cuales la abandonó, ocasionando un escándalo, pues había creído que el pintor la haría su esposa. Reemplazó a Geertghe una joven frisona, llamada Hendrikje Stoffel, que no es bien conocida, en virtud de los respectivos estudios que trazó en ella, en la «Betsabé». Y sucedió que Hendrikje dió a luz un niño.

Un nuevo escándalo se produjo. El Tribunal del Consistorio de la Iglesia Reformada la ex-comulgó y Rembrandt se abstuvo de presentarse ante dicho tribunal.

El pintor reconoció al niño; pero no obstante, sus disputas con las autoridades eclesiásticas, tuvieron para él fatales consecuencias, pues por ello perdió el derecho a los honores que le correspondían entre los Notables de la ciudad.

La difícil situación por la que atravesaba el artista, empeoró considerablemente, debido a la terrible crisis que sufría Holanda, ocasionada por la guerra y por la peste. El dinero, naturalmente escaseaba, y disminuía la venta de cuadros a la vez que Rembrandt pasaba de moda.

Acosado por sus acreedores, viéndose obligado a buscar dinero a todo trance, lanzóse a la especulación, aventuras por las cuales contrajo nuevas deudas, que al fin hicieron necesario, por mandato judicial, poner a remate su casa con cuanto ésta contenía. Tal subasta, llevada a cabo en pleno período de crisis, fué desastrosa; pues no alcanzó a cubrir el pasivo, que con mucho, excedía al activo.

Aun cuando Rembrandt se deshizo de todo, quedó siempre como un deudor insolvente, que se vió forzado a vivir en un modesto hotel, el cual ostentaba el título de «Las coronas imperiales».

No obstante esas calamidades, su espíritu no se abatió; por el contrario, continuó pintando obras maestras admirables, las más notables quizás, que datan de esa época, las cuales sin embargo, nunca veía la posibilidad de vender.

Durante su esfuerzo retraining, parece que su genio llegó al apogeo, pues jamás al artista había sido más vigoroso; sin embargo, jamás también, se había encontrado en un estado tan miserable.

Probó todas las humillaciones de que es víctima el artista que sobrevive a su gloria, y entre otras la de ver que sus obras eran rechazadas, por preferirse las de sus discípulos.

El 8 de octubre de 1669, murió Rembrandt.

Sus despojos mortales fueron acompañados al cementerio, por contadas personas, y fué necesario que transcurriera un siglo, para que la fama recordase al mundo que Rembrandt había sido un pintor genial.



Autoretrato de Rembrandt, una de las personalidades más grandes del arte pictórico de su época.

REMBRANDT es una de las personalidades más poderosas: una de aquellas que, si no predominaron en su época, porque vivieron retraídas y al margen de su tiempo para legar a la posteridad de hacerles justicia Rembrandt pintor de moda; menos cuando Holanda y toda Europa apreciaban cuanto provenía de Italia y a la antigüedad, recién puesta al descubierto por obra de su tiempo.

Rembrandt sintió atraído por la Italia italiana y hasta rehusó hacer un viaje a Roma; razón por la cual, Rembrandt, fué desconocido por sus contemporáneos, entre los que figuraban los pintores que constituían una aristocracia: Rubens que era el más famoso; Miguel Angel, pariente del más famoso; también lo eran, de grandes principios Rafael y Van Dyck, quienes se dedicaban a la vida de grandes señores, muy diferente de la Rembrandt, que vivió como un burgués, hasta el momento de su caída moral y material, que abre la historia de su existencia.

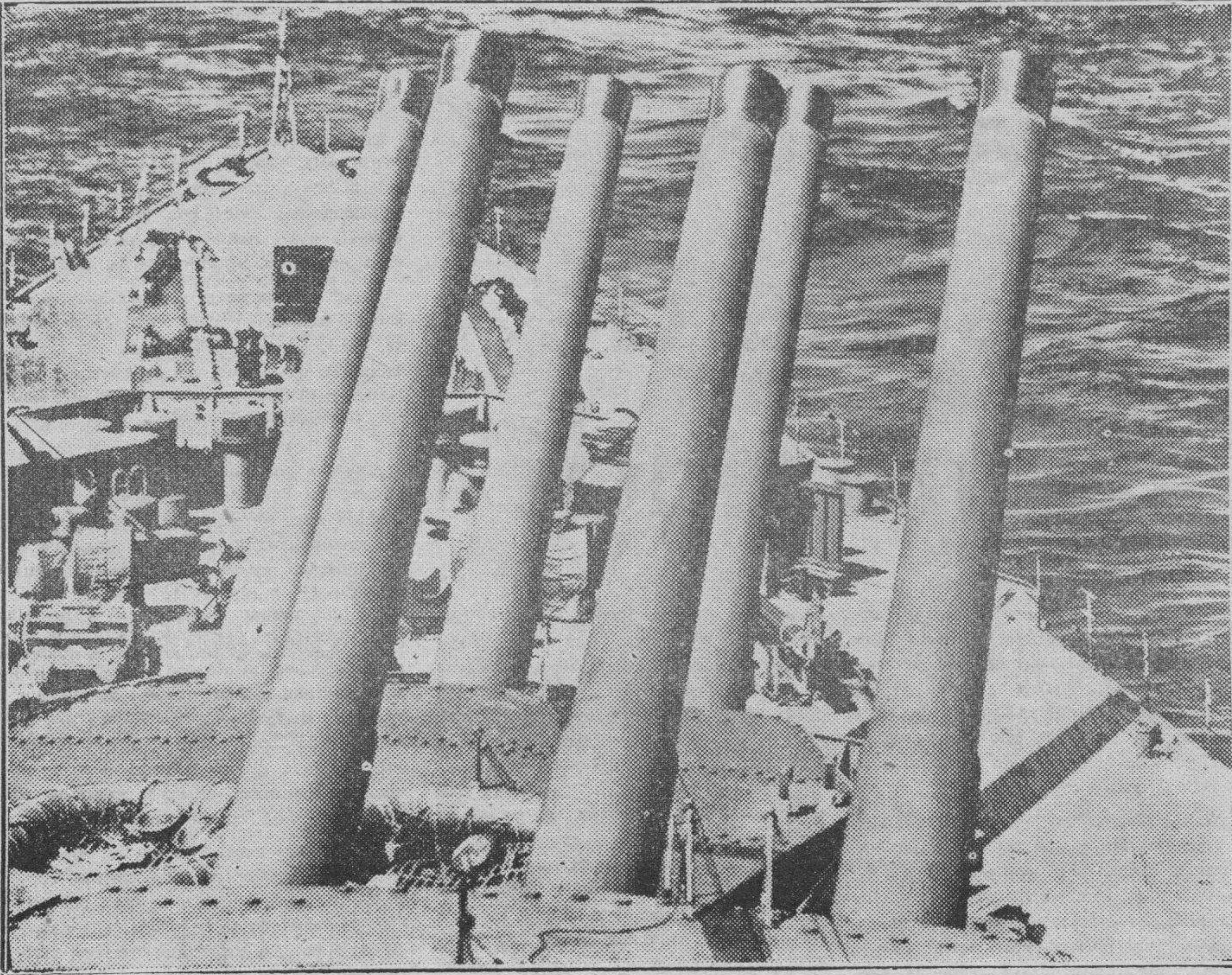
El último biógrafo, M. André de Hérelle, proporciona datos verdaderamente interesantes acerca de la vida del gran artista. Ningún indicio hacía suponer que Rembrandt hubiese nacido predestinado a ser pintor. Fué el quinto hijo de un comerciante de Leyde, Hermann Gerrits Van der Cornelia Willensdochter, hija de un banquero. Sus hermanos mayores aprendieron el oficio del padre; otro, el de arquitecto, y Rembrandt, que parecía el más inteligente de los hermanos, fué enviado a la Escuela Latina del lugar, en donde se esperaba hacer de él un jurista o un predicador.

Los datos para establecer por qué Rembrandt abandonó el estudio de las bellas letras para dedicarse a su vocación por la pintura, son de esta quizá sea el trato frecuente con un pariente suyo, lejano, Van der Weych, pintor que habitaba también en Leyde.

Isaacs Van Swanenburch —asi como aquel pariente— fué, pues, el maestro de Rembrandt. Aquel pintor se especializó en asuntos italianos, y tenía sus telas en una barraca que él mismo había construido, próximo a la iglesia. En esa barraca aprendió Rembrandt, además de los rudimentarios menesteres del comercio, a conocer Italia por sus paisajes, sus monumentos, sus estatuas. En 1624 se



Caricatura de Rembrandt, realizada por un dibujante contemporáneo del gran pintor.



Los cañones de 16 pulgadas del «Rodney», crucero de batalla inglés.

Sobre los mares en 1940

Más de cinco millones y medio de toneladas de material de combate, reúnen las grandes potencias marítimas del mundo.

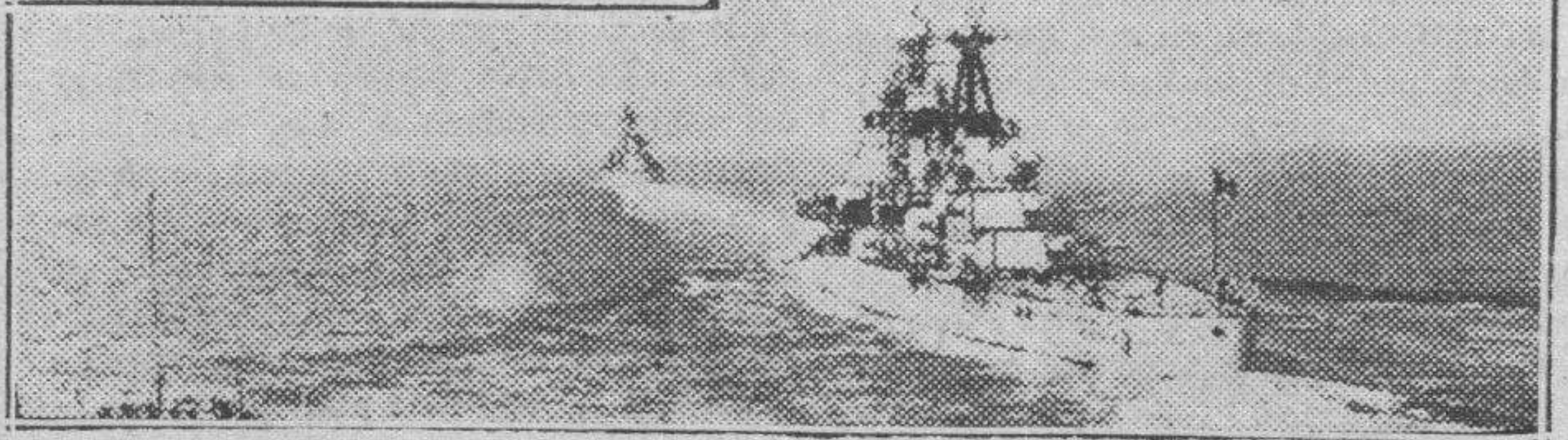
Por PALUEL MARMONT

EL Caballero de Razilly, escribía en 1626, en el encabezamiento del programa naval presentado a Richelieu: «Quiconque est maistre de la mer a ung grand pouvoyr sur la terre» (Quien sea dueño del mar, tiene sobre la tierra un gran poder).

Muchos lugares y circunstancias han brindado a la historia ocasión de subrayar la exactitud profunda de esta máxima. Cada una de las grandes naciones la ha hecho suya por lo menos una vez, la ha erigido en regla estricta. Hoy en día, está colocada en exergo, por así decirlo, en el frontón de la política naval contemporánea y las naciones más continentales han entrado a su vez en el juego del mar.

La brusca decisión italiana de iniciar la construcción, en el plazo más breve posible, de dos acorazados de 35.000 toneladas, ha provocado reacciones inmediatas por parte de los Estados Unidos, cuyo Congreso va a votar la construcción de tres acorazados de 50.000 toneladas, y de Gran Bretaña, que ya ha anuncia-

VERSION ESPECIAL
para EL DIARIO



El «Dunkerque», crucero de batalla de 26,500 toneladas (francés).

Gran Bretaña, que hasta hace poco fuera reina y señora indiscutible de todos los mares, ha sentido recientemente temblar su cetro, vacilar su supremacía.

Como el acuerdo naval anglo-alemán, vino a agravar esta situación, se dió cuenta del peligro, midió su amplitud, y

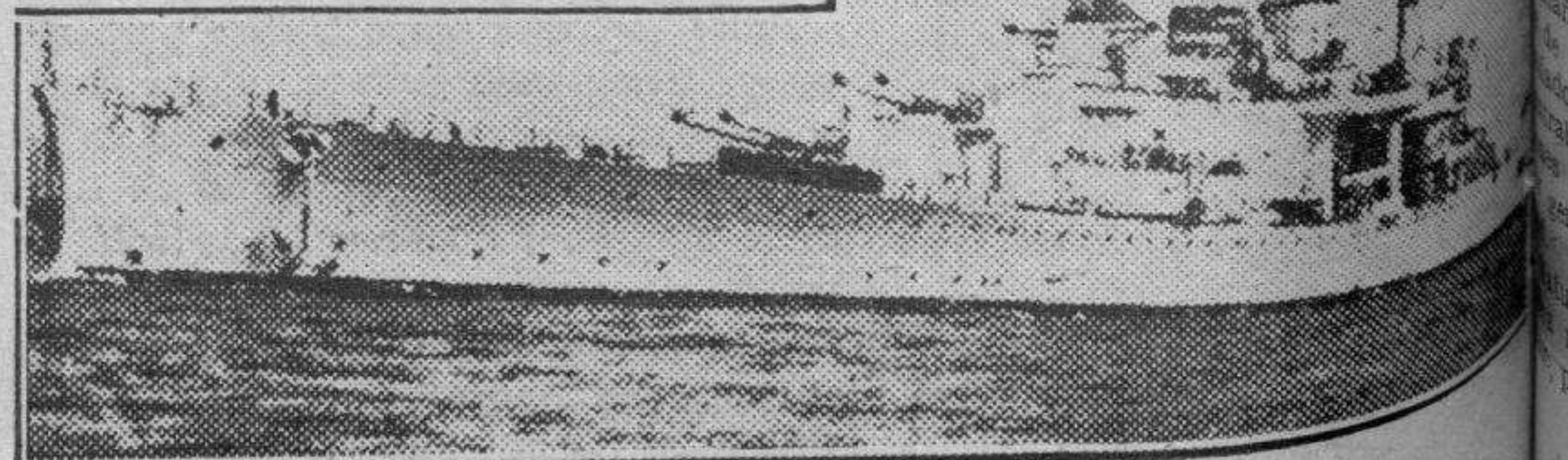
ningún tratado. Pero, a partir de esa fecha, ha ordenado la construcción de barcos de línea, particularmente el «Vittorio Veneto» de 35.000 toneladas, el «Sittorio», cada una de las cuales llevará piezas de 280 mms., y desarrollará una velocidad de 30 nudos.

La iniciación en los astilleros de Turín y Génova, de dos nuevos acorazados de 35.000 toneladas ya bautizados:

(Continúa en la Pág. 25.)

El crucero italiano «Zara», según el «Trenton», durante una revista naval.

El alemán de bolsillo (10.000 toneladas) «Deutschland».



En Londres, cualquiera puede ser un «cobrador de deudas». La ciudad está llena de pequeñas oficinas, oficinas de hombres y mujeres que se titulan así. Muchos consiguen que comerciantes y otras personas les entreguen sus cuentas, esperando que tendrán más éxitos en el cobro de sus deudas.

Después de haber comprado una deuda, el cobrador comienza a perseguir al deudor, y, finalmente, puede demandarlo. No importa que las dos personas nunca hayan conocido antes sus nombres. La deuda está comprada... y se inicia la persecución. La arma más poderosa con que cuenta el cobrador, es la vergüenza de la gente y el temor a que los demás se enteren de sus deudas. Pero no hay que preocuparse por estas dificultades económicas. Y por eso el cobrador no solamente visita muy a menudo la casa del deudor, sino que lo llama en alta voz que se le pague, envía cartas por correo, se informa en el vecindario sobre los medios de vida y costumbres de la víctima. Hasta en ciertos casos se le da a entender a los vecinos que un detective quien pide las informaciones.

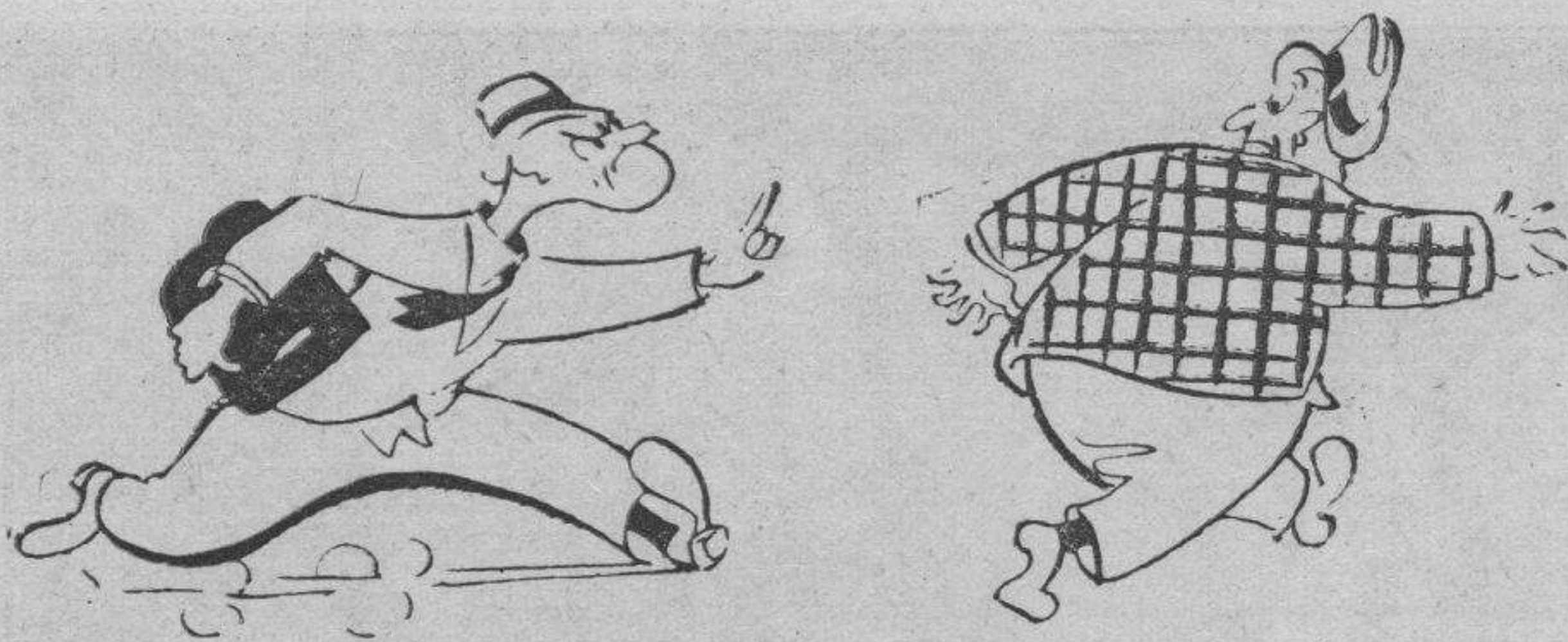
Si falla este método, el cobrador amenaza con visitar al patrón de la víctima. Envía cartas, llama por teléfono. ¡Hasta conocen casos en que escribieron al dueño de la casa de comercio, diciéndole que usara de su influencia para hacer pagar la deuda!

Algunas veces, después de esta persecución, el deudor pierde su empleo. A veces el propietario sabe la causa de su despidido y está enterado de que la ley lo prohíbe tener el dinero suficiente para hacer una gestión de esa clase. Una vez el dueño de un comercio rescribió a la carta de quien le pedía que cobrara a cobrar, diciéndole que era el propietario de una firma, y no un cobrador de deudas...

Un caso triste fué el de un hombre honrado que había contraído una deuda a causa de la enfermedad de una persona de su familia. Una mañana llegó a su escritorio y se encontró a un hombre desconocido en su mesa. «¿Quién es usted?»—preguntó sorprendido que el portero hubiera dejado pasar a un desconocido, y que éste tuviera la audacia de colocarse en su lugar de la oficina «tal y tal»—le respondió el desconocido, sacando una tarjeta que lucía su título: «cobrador de deudas», y si usted no me paga dentro de una semana, iré a hablar con su patrón.

El deudor averiguó luego que aquel hombre había conseguido que el portero pasara, diciendo que era miembro del directorio de la firma. Avisó entonces que no dejara pasar más al cobrador.

Los deudores temen perder sus empleos. Una semana siguiente, cuando llegó por mañana a su oficina, el hombre estaba allí... pero esta vez acompañado por otro. Ambos hombres se encontraron cómodamente instalados en la sala de espera del directorio con un aire lleno de seguridad. Normalmente, el director no los hubiera recibido apenas se le enterara del cobro, pero el deudor aterrorizado, no atre-



Chantage y deudas

EXISTEN EN LONDRES ORGANIZACIONES PARA «CONVENCER» A LOS DEUDORES REBELDES

Por HUGH FELLYN

no a hablar con su jefe. Delante de aquel pobre hombre se presentó todo un cuadro de desolación: la vergüenza de que la casa entera lo considerara un estafador, las murmuraciones entre sus compañeros, la mala fama que le adjudicarían en todas partes al esparcirse rápidamente la noticia, la pérdida de su empleo, la imposibilidad de conseguir otro en cuanto pidieran informes de él, el rostro desesperado de su esposa, al enterarse de la terrible noticia, las privaciones que tendría que pasar los suyos... El infortunado perdió la cabeza, y sin detenerse a reflexionar y buscar la mejor solución, corrió en busca del cajero de la casa, le dirigió una súplica desesperada, y el otro, pensando en una grave eventualidad, y sin animarse a preguntar qué ocurría, le entregó dos meses de sueldo adelantados.

El deudor corrió hacia donde estaban los cobradores, tranquilos, y con mirada burlona, muy seguros de llevarse su dinero, y les pagó pidiéndoles que se marcharan inmediatamente. Los hombres salieron, sin apurar el paso, mientras el deudor permanecía como idiotizado, secándose el sudor de la frente.

Aquel hombre, tenía esposa e hijos, y durante dos meses, su familia tuvo que soportar las peores privaciones. Oficialmente podían conseguir que les fiaran sus proveedores, pues el cobrador había hecho preguntas en el vecindario, y enterado a todos de la situación, no tenían dinero ni podían pedirlo a sus parientes o amigos, por no saber qué responder a sus preguntas. Aquellos dos meses, quedarán siempre en el recuerdo de la infortunada familia, que se vio obligada

UN AGRICULTOR QUE DABA ORDENES A HITLER



Albert Patrich, agricultor de Little Falls, Minnesota, Estados Unidos, fué durante la guerra mundial sargento en el ejército alemán, que daba órdenes a Adolfo Hitler, actual jefe supremo de Alemania que entonces era cabo. (Foto Acme-Editors Press).

a contraer una deuda para gastos de una enfermedad, sin tener idea de lo que es la persecución de un «cobrador de deudas...»

Pero hay otro medio que resulta aun más poderoso que las visitas a los patrones de los deudores. Si quien debe pagar es un hombre casado, el cobrador no visita su casa, sino que envía una muchacha bonita que llama a la puerta de su casa, y dice que desea verlo, a las horas que sabe que no puede estar allí.

Generalmente sale la esposa y pregunta:

—¿Para qué desea ver a mi esposo? Si quiere puedo decirle algo de su parte...

Pero la muchacha bonita responde con visible turbación:

—¡Oh, no, no! Se trata de un asunto enteramente particular.

La esposa sorprendida insiste:

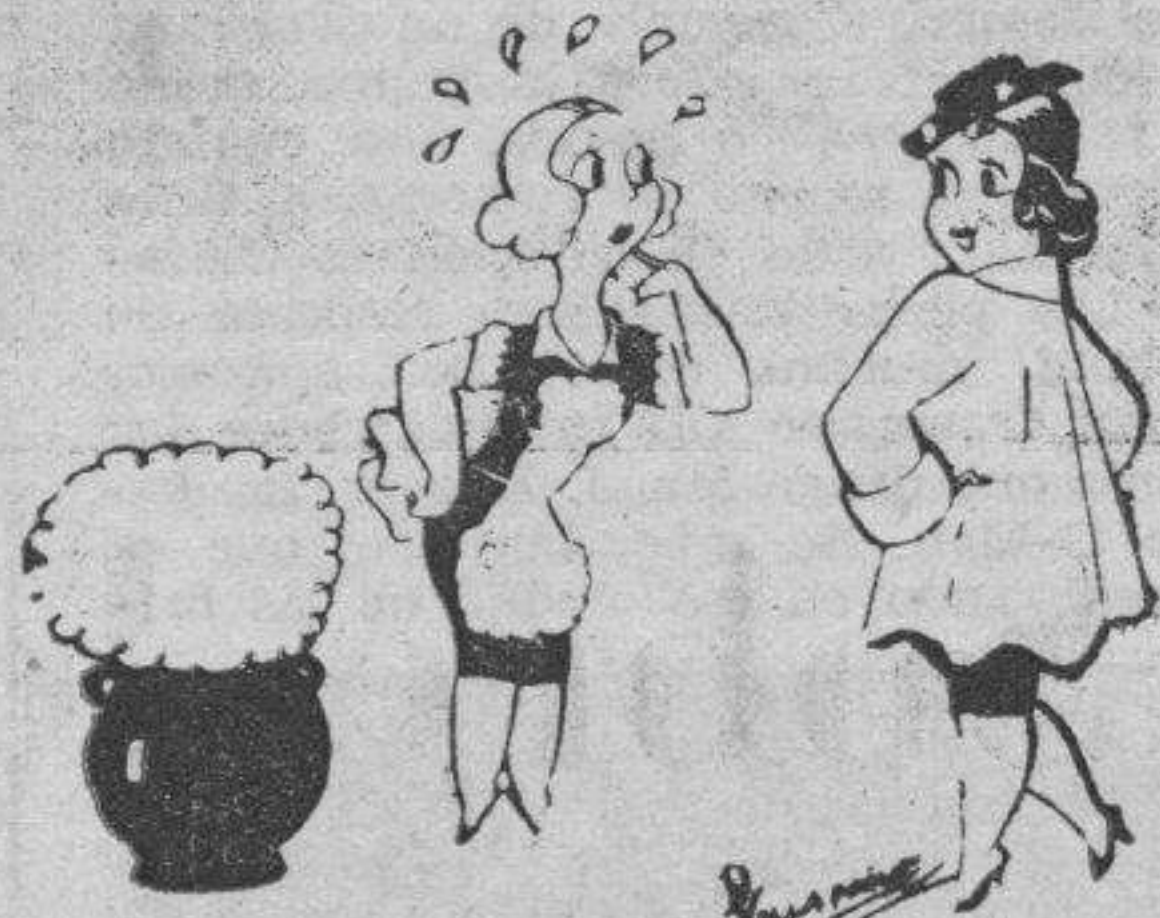
—Puede decirme de qué se trata. ¡Nosotros no tenemos secretos!

Y la joven responde con firmeza:

—Lo siento mucho señora, pero no puedo decirle el motivo de mi visita. Se trata de algo que solamente puedo decirselo a él; así es que volveré.

Este método, compromete a la felicidad conyugal del deudor, porque la esposa comienza a pensar en la misteriosa visita y a atormentarse. Es inútil que el marido le diga que no sabe de qué se trata ni quién puede ser la extraña visitante, que, además de ser joven y bonita, tiene cierto aire de equívoco...

La muchacha vuelve varias veces, hasta que encuentra al deudor, y le habla



del dinero que debe entregarle. Cuando él le dice que no puede pagarle en el momento, pero que tratará de conseguir el dinero, y que ella debe explicarle a su esposa el motivo de su visita, porque ésta ha quedado mal impresionada, la joven responde friamente:

—Yo no tengo nada que ver con eso, pero si me paga la deuda, entonces hablaré con ella y le explicaré lo que ocurre. Esto es sencillamente un chantaje sin disimulos.

Es increíble la cantidad de recursos que poseen los «cobradores de deudas» y su imaginación para crear toda clase de tormentos que los conduzcan al cobro de la cantidad deseada.

No importa que el deudor sea la persona más respetable y honesta, que jamás haya debido dinero a nadie. Los cobradores de deudas, no tienen consideración de ninguna clase: son los lobos persiguiendo a la presa.

Hasta hace poco, en Londres era el centro más importante de estas actividades. Pero actualmente, en otras muchas capitales están extendiéndose esta práctica; apareció el nuevo oficio, y por todas partes se instalan oficinas minúsculas donde alguien se titula «cobrador de deudas...» Es una nueva plaga que ha caído sobre las ciudades modernas.

Este estado de cosas tiene que ser energicamente reprimido. La justicia inglesa no puede seguir con los ojos cerrados ante semejante chantaje organizado, y lo que es peor, bien defendido contra la ley. La compra de deudas que tiene que terminar, lo mismo que la persecución y el pago del doble de las deudas contraídas. Hay que hacer una investigación en todas las agencias y oficinas misteriosas y sus dueños, personas oscuras, cuyas actividades anteriores sería interesante conocer. Los cobradores sólo deben actuar bajo una licencia especial, que puede ser retirada inmediatamente, cuando quien la posee olvida el verdadero motivo de su misión y entra a ejercer el chantaje.

ESTADOS UNIDOS TIENE OTRO ASESINO NUMERO UNO

DESDE hace bastante tiempo, en los pasillos del Departamento de Justicia Federal sólo en voz baja se pronuncia el nombre de una ciudad del noroeste del país. El nombre de esa ciudad es, al mismo tiempo, el nombre de un problema que viene preocupando a la policía desde hace un año más o menos, aun cuando el origen del mismo se remonta a fines de 1935. La ciudad en cuestión es Cleveland. Los periodistas saben, respecto de Cleveland, muchas cosas; por ejemplo, que han fracasado allí rotundamente los hombres que dirige Mr. J. Hoover, los famosos G-Men. Se sabe, también, que se está realizando en esa ciudad de las ori-



El nombre trágico de Jack The Ripper aparece evocado por esta serie de crímenes misteriosos. La foto muestra al famoso criminal inglés, según un grabado de la época y según la reconstrucción que de su fisonomía se hizo, pues nunca se le pudo descubrir, a pesar de la intensa búsqueda.

llas del Erie una de las investigaciones más dilatadas que se registran en los anales de la criminología yanqui. Una investigación sólo comparable a la que demandó el «caso Lindbergh», aunque, felizmente para las autoridades, esta vez el problema policial no ha tenido una presentación tan estrepitosa y sensacional como la que motivó la desaparición y la muerte del hijo del célebre aviador.

Sin embargo, en estos últimos días se habla como nunca del «misterio de Cleveland», a raíz de las novedades que se han producido en la larga historia que se encierra en él, ya que, después del capítulo décimo, registrado en el pasado mes de mayo, ha ocurrido, hace una semana, el undécimo asesinato que se agrega a la sangrienta lista iniciada en octubre de 1935.

Este último crimen ha causado una terrible impresión. El «Asesino número 1» —cómo se ha dado en llamar al misterioso criminal de Cleveland—ha hecho nuevamente alarde de ferocidad sanguinaria e impresionante, que, a lo largo de once asesinatos, ha permitido establecer concretamente su condición de autor único y principal.



Los investigadores de la División de G-Men intentando descifrar numerosos indicios relacionados con este asunto.

DESDE HACE TRES AÑOS, EN CLEVELAND, OHIO, SE VIENEN REGISTRANDO UNA SERIE DE CRIMENES QUE ALCANZAN A ONCE YA, SIN QUE SE PUEDA DESCUBRIR AL AUTOR

por FREDDIE ALLER

Para complicar las cosas más todavía, se han producido, también en estos días en Cleveland, otros dos crímenes que aparecen brutales y misteriosos y que significan un interrogante complejo, pues no se está muy seguro de que ellos no sean también obra del «Asesino número 1».

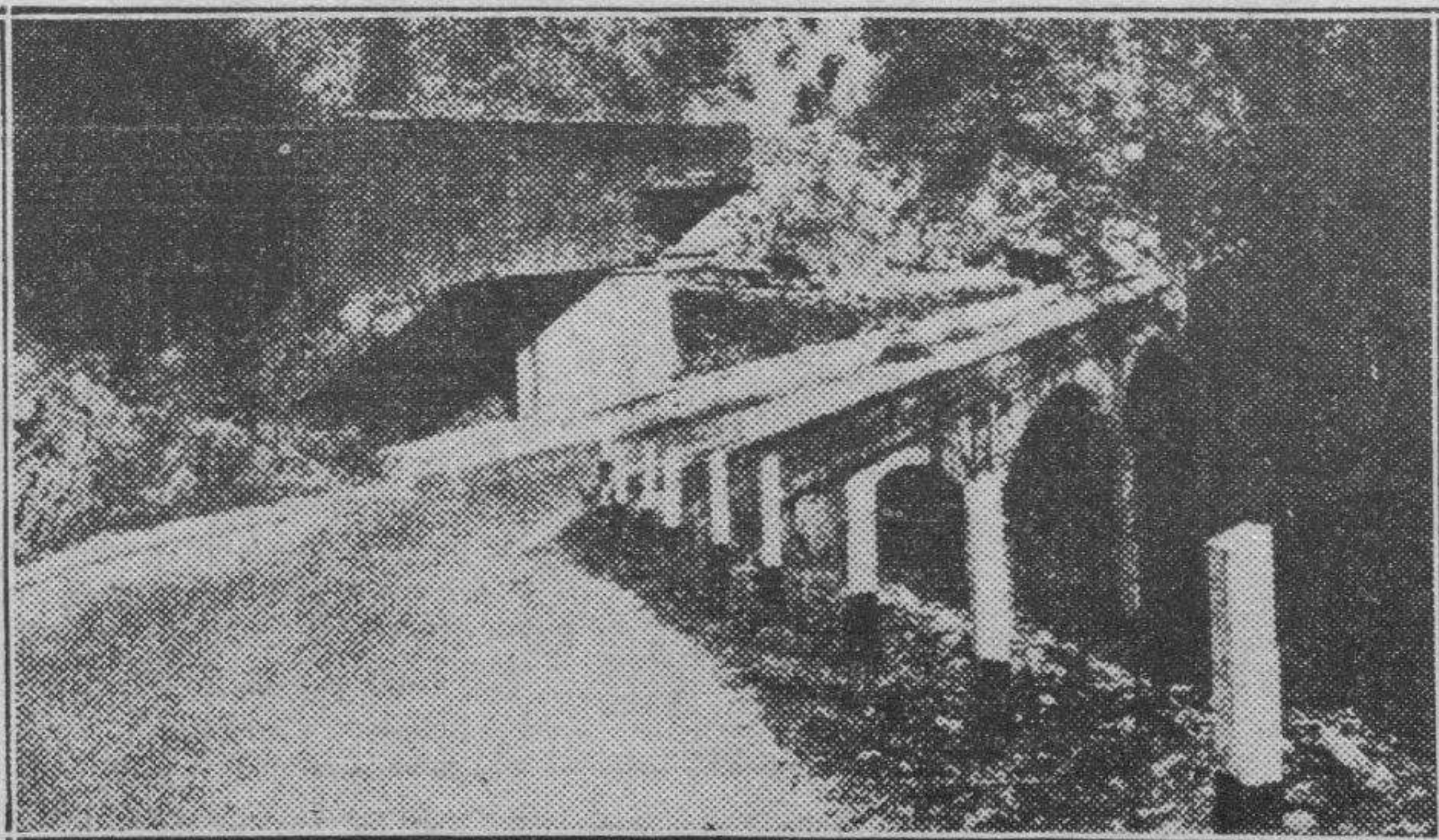
Una evocación

Alguien ha hecho una acertada evocación con respecto al misterio de Cleveland y su siniestro personaje. Se trata del sargento Sal Corsi, del Departamento Policial de Chicago, un policía que tiene

acreditada amplísima eficacia a través de una larga y brillante labor.

—A mí me parece—decía al conocerse el undécimo crimen—que este caso de Cleveland tiene mucha semejanza con aquel famoso del siglo pasado, que horrorizó al mundo entero... Me refiero a Jack «El Destripador»...

Es exacto. Mr. Sal Corsi ha hecho una acertadísima evocación. Existen, claro es, muchas diferencias entre los crímenes del famoso Jack The Ripper y este nuevo enemigo público que es el «Asesino nú-



Un detalle del parque Clifton, de Cleveland, donde fué hallada la undécima víctima del misterioso criminal.

mero 1», pero existen también similitudes que pocas veces se registran en sucesos criminales. La principal de ellas es que el criminal, en ambos casos resulta un individuo misterioso, que la impunidad más absoluta desafía, durante años y años, a la policía, cometiendo crimen tras crimen...

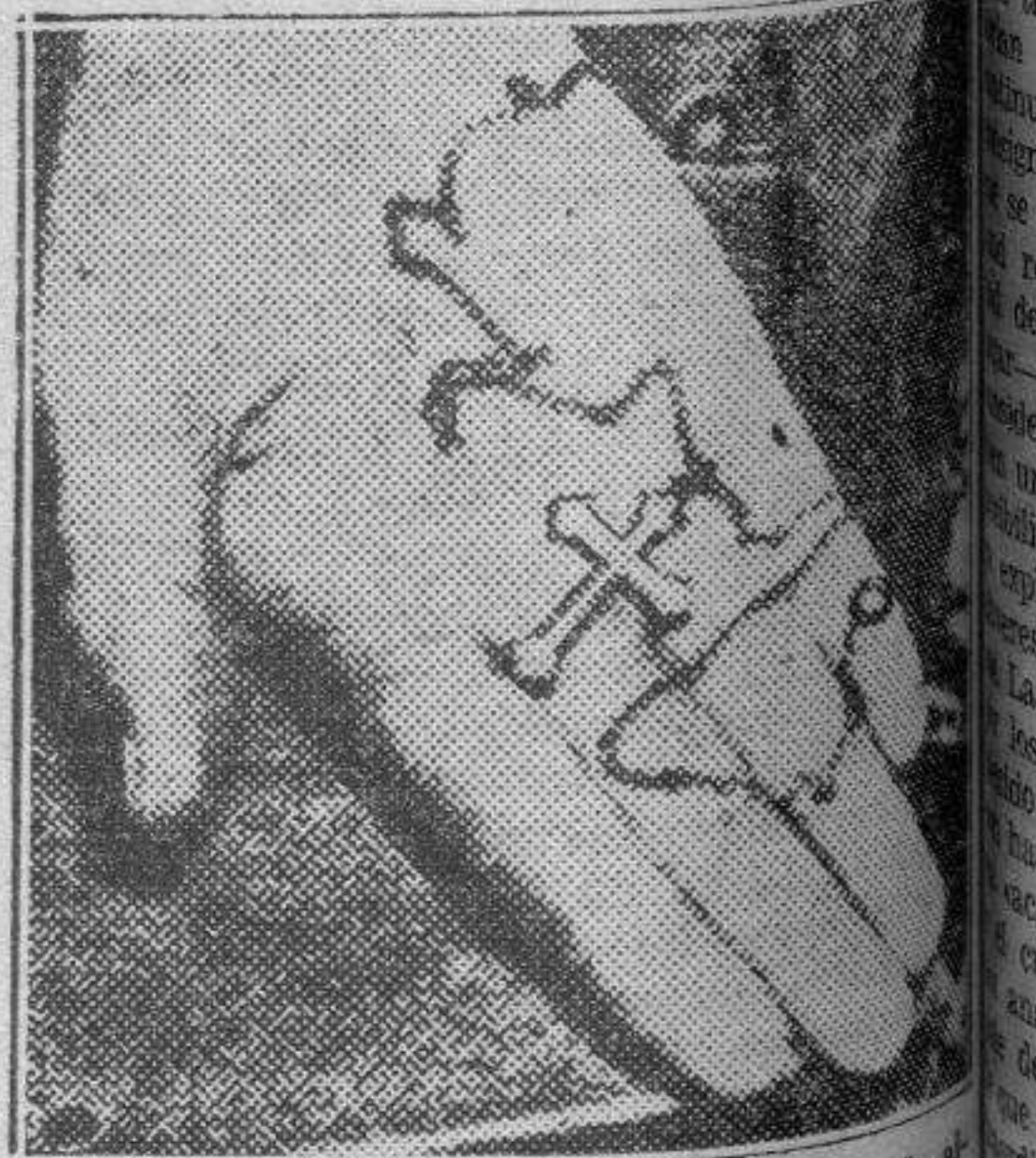
De las diferencias que surgen entre ambos casos se obtiene una importancia mayor y considerable a favor del «Asesino número 1». Jack The Ripper actuó en una época en que los medios de lucha contra los delincuentes eran muy inferiores a los de la actualidad, y actuó, también, en un escenario mucho más amplio, pues sus crímenes se repartieron por muchas ciudades de Inglaterra y de Europa.

En cambio, el «Asesino número 1» desafía desde hace tres años a una de las mejores policías del mundo, sin salirse de la ciudad de Cleveland, con un número de habitantes que oscila entre los 900,000 habitantes. Como antiguo Jack, este nuevo criminal ferocísimo impreso a todos sus crímenes un sello característico, que, si bien en los primeros tiempos se consideró como simple coincidencia, es ahora ya como la trágica firma que va acreditando la obra bárbara de un asesino que está más cerca de ser un monstruo que un ser humano.

Hace tres años

Actualmente se puede establecer en forma concreta la iniciación de los crímenes de Cleveland. El primero fué descubierto el 18 de octubre de 1935, y la víctima era una mujer. Recién al año siguiente ocurrió el crimen, que pareció cometido con la misma ferocidad, estableció entre ambos una casual relación, que se fortificaba por el hecho de ser también una mujer la víctima del segundo caso. Sin embargo, fue en 1936 cuando se estableció ya la existencia de un terrible criminal, puesto que siguieron tres los crímenes registrados durante esos doce meses.

Durante el año 1937, aquella siniestra historia de crímenes aumentó en número considerablemente, pues a los cuatro crímenes se agregaron otros cinco. En el momento de los casos, el más breve intervalo registrado entre la aparición de sus víctimas alcanzó a un mes y medio, aproximadamente. La semejanza con los crímenes de Jack The Ripper aumentó entonces, pues de aquellas nueve víctimas, ocho en-



En el último crimen han aparecido algunos rastros, entre ellos un pequeño crucifijo, en el cual deposita la policía grandes esperanzas para orientar la pesquisa.

mujeres, y, como es sabido, el sanguinario asesino inglés sólo atentaba contra mujeres.

Dos casos en 1938

En lo que va cumplido del presente año se han producido dos nuevos crímenes que hacen ascender el total a once. También han sido mujeres las víctimas, la primera fué hallada el 3 de abril pasado, mientras la segunda apareció hoy, unos días en un paraje solitario del municipio de Clifton, de aquella ciudad. El mismo sargento Sal Corsi señalaba, al hacer comentario de este último caso, una circunstancia que muy bien puede ser de vital interés para el desarrollo futuro de las investigaciones. Era ésta algo así como la modificación de un detalle en la técnica del «Asesino número 1».

—Hay que observar—decía—que si bien las víctimas han aparecido enteramente desfiguradas por las manos del criminal. No obstante, se logró identificar, también, obtener la exacta identidad de ellas, aunque esa circunstancia no sirviera mucho para las pesquisas en este caso la víctima no sólo ha sido horriblemente mutilada, sino que la cabeza ha sido separada del cuerpo... Al «Asesino número 1» no le convenía esta...

su víctima fuera identificada, y, por tanto, si la policía de Cleveland logra la identificación tendrá al fin una buena pista para el esclarecimiento del crimen.

Hay que reparar, también—observó el informante luego—, que por primera vez aparecen junto a la víctima algunos rastros que podíamos calificar como rastros...

Exactamente. En los diez crímenes anteriores la policía jamás pudo obtener nada que mereciera el nombre de rastro indicio orientador. Los cuerpos aparecieron enterrados o escondidos en lugares oscuros, llevando por lo general ropas deshechas. En este undécimo caso, lo observa el sargento Sal Corsi, las cosas cambian un tanto. No como parecerse ilusiones, como se verá.

Son unos rastros bien pobres—contando diciendo—, algo que parece mentira que pueda orientar a una pesquisa, pero, sin embargo, en ello fincan ahora todas las esperanzas los hombres del Departamento Judicial... Se trata de un viejo abrigo, una manta apolillada que envuelve el cadáver, una lata de galletitas, un crucifijo y un zapato manchado con sangre... El cuerpo de la mujer asesinada—también ha sido una mujer en ese caso—estaba completamente desnudo, envuelto en la manta que cita el sargento. Es otro punto, éste, de diferencia con los anteriores crímenes, y ha merecido también él una seria consideración de parte de los policías.

Con todos estos descubrimientos se hicieron el día 15 en el parque antes citado, desde entonces hasta el momento en que escribo, a pesar de la actividad desplegada por las brigadas de pesquisas que trabajan en el caso, sólo se ha obtenido un confuso y contradictorio resultado. Ha sido éste el hallazgo de mantas similares a las que envolvían el cadáver y poder de dos personas que habitan en barrios obreros de Cleveland. Las dos personas se encuentran detenidas, pero trascendido ya que de los interrogatorios curpiados nada ha resultado que permita abrigar esperanzas en un esclarecimiento más o menos inmediato.

«El Asesino Número 1»

Entretanto que el misterio continúa tres años de impunidad que se hispan ya permiten suponer que há de ganar más todavía—, es interesante designar algunas de las observaciones que han hecho en la policía de Cleveland respecto a la misteriosa personalidad del «Asesino número 1». En primer lugar—y esto se observó ya en 1935—se considera que el criminal puede ser o un carnicero o un médico. Estas dos posibilidades serían la única solución para explicar la habilidad con que los cadáveres fueron mutilados en todos los casos. Las secciones y los cortes examinados por los médicos de la justicia han estado terminantemente que sólo pudo haber sido efectuados por una persona acostumbrada al manejo del bisturí y al cuchillo, y de expertos conocimientos anatómicos. Al mismo tiempo la influencia de esas heridas establece igualmente que el criminal es un individuo de extraordinaria fuerza física, planteo éste en primer lugar se apoya la hipótesis del carnicero.

Sobre estas dos posibilidades, existe una que, en términos generales, tiende a señalar al autor de los crímenes como un individuo con las facultades mentales alteradas. Un loco peligrosísimo, que comete los crímenes quién sabe qué motivos extrínsecos psíquicos, para volver después a una aparente normalidad que puede haberle evitado todas las sospechas, que de otra manera hubieran recaído en semejante individuo.

Es, a grandes rasgos, el caso que se atribuye a la policía de Estados Unidos del «Asesino número 1», que desde hace tres años mantiene en un horror contínuo a la población de Cleveland. Recién ante el undécimo crimen, un débil rayo de esperanza parece abrir la posibilidad de una problemática de orientación para las pesquisas que se venían realizando.

Entretanto los investigadores luchan por encontrar la huella definitiva, día a día vive el temor de que el misterioso personaje siga aumentando la trágica lista de sus crímenes.



ENRIQUE III, CALUMNIADO

Por Felipe Erlanger

Margarita de Francia, Duquesa de Valois, Reina de Francia y de Navarra.



María de Condé.

SUCEDEN a veces que ciertos personajes, cuyo recuerdo parece casi borrado por el tiempo, despiertan súbitamente en la memoria de sus nietos. Enrique III se beneficia hoy con esa resurrección inesperada, puesto que varios historiadores tratan simultáneamente de devolverle su verdadera fisonomía.

Enrique III... Este nombre evoca la imagen de un príncipe afeminado, inquietante, excesivamente ataviado, extremando el libertinaje hasta las más culpables aberraciones. Algunos recuerdan también que este excomulgado, asesinado por un monje, acompañaba las procesiones vestido de una cogulla de penitente y pasaba largas horas prosternado ante los altares. En cuanto a los historiadores imparciales, podemos advertir que descubren en Enrique III a un monarca laborioso, reorganizador, apasionadamente consagrado a su patria, siempre lúcido, siempre heroico, fiel hasta el martirio a la idea esencial de la unidad francesa.

Estos retratos tan disímiles son igualmente verídicos. Hombre de guerra y sibarita, místico y disoluto, frívolo y profundamente preocupado por el bien público, el último de los Valois reunió todas las contradicciones en su alma atormentada.

Unas hadas seductoras, pero temibles, se inclinaron sobre su cuna. Educado por una madre idólatra, tratado como semidiós, coronado desde sus primeras armas con el laurel de los Imperatores, tuvo la desgracia de ser colmado tan tempranamente por la fortuna, que a los dieciocho años había disfrutado ya todos los privilegios. En cuanto al amor, sus éxitos numerosos y demasiado fáciles le hicieron aborrecer pronto a las mujeres. Sin embargo, dos mujeres lograron despertar en su corazón sentimientos duraderos. Una de ellas, María de Condé, le inspiró una

pasión tan grande, que después de su muerte Enrique III abandonó la religión de Venus. La otra fué su hermana, la célebre Margarita de Valois, musa de tantos poetas, de autores dramáticos y de cronistas escandalosos.

Ignoramos si la loca reina de Navarra tuvo verdaderas razones al afirmar que su hermano la inició en los secretos del amor durante el brevísimo período que vivieron en buena inteligencia. Pero, indudablemente, el cariño de ambos no tuvo nada de fraternal, ni el odio implacable con el cual se persiguieron durante veinte años. Riñas escandalosas seguidas de reconciliaciones emotivas, injurias, violencias, traiciones, el mejor amigo del hermano degollado por la hermana, el amante de la hermana torturado por orden del hermano, todo eso parece denunciar una vindicta amorosa más bien que una querrela familiar.

No podríamos explicarnos la existencia de seres tan sorprendentes sin tener en cuenta el clima voluptuoso, extravagante y feroz de la corte de los Valois. Enrique III no pudo escapar de la corrupción de aquella fastuosa corte donde Italia había introducido sus perfumes, sus espejos, sus orbes, sus polvos, su brujería, sus estiletos, sus vicios refinados. El caos general, lo precario de la existencia duplicaba el valor de cada minuto de placer arrancado al destino. Se amaban, se traicionaban, se envenenaban. Frenéticamente, saboreaban los goces de la vida jugueteando con la muerte. Los caprichos más extraños de los sentidos no asombraban a nadie, y la morbosa emoción del asesinato exaltaba cotidianamente las locuras amorosas.

Hasta los veinticinco años, Enrique siguió siendo pálido, mujeriego, aficionado a los ejercicios violentos porque se había criado y formado en ese ambiente. Pero después, la muerte de su amada y su viaje a Venecia y su salud declinante

desencadenaron su verdadera naturaleza, y surgieron los favoritos...

A pesar de las costumbres escandalosas a pesar de sus prodigalidades, a pesar de las rarezas de su carácter, Enrique III no dejó de ser un gran soberano sin el cual ni Enrique IV ni Richelieu hubieran podido realizar su obra. Si la posteridad quisiera darle un sobrenombre, debería sobrenombrarlo el Calumniado. Nadie, en efecto, ha sufrido como él los rigores de una fama exageradamente desacreditadora. Encarnizados en desacreditar a un rey demasiado liberal, todos los partidos divulgaron con respecto a él infames leyendas cuyo eco ha recogido dócilmente el porvenir. Después de tres siglos y medio, esas fábulas continúan siendo tan vivaces que encuentran todavía a muchos defensores obstinados.

No escuchamos esas fábulas sin recordar que el último de los Valois fué un Príncipe Encantado y al mismo tiempo un estadista incomparable, que protegió a Ronsard, a Montaigne y a Enrique Estienne, y que el Renacimiento no terminó con él.

PENSAMIENTOS

Hay un remedio para todo en este mundo; excepto un remedio para los remedios.

La mayor, aunque secreta ambición de todo hombre, es derribar a otro.

Por cierto, que fué una mujer la que dijo: «Un hombre honrado es la más rara y adorable creación de Dios».

Berna, septiembre, 1938.

Donde la democracia no tiene políticos

SUIZA, CELOSA DE SU INDEPENDENCIA, OCULTA CON CUIDADO A LOS OJOS INQUISIDORES DEL MUNDO SUS GRAVES PROBLEMAS INTERNOS

POR RONALD H. HUXLEY

DARTIMOS de la estación de Rors, pueblecito alpino enclavado en una ladera descolorida y melancólica, semidescaída en medio de la espesa niebla matutina. El tren jadea penosamente, ascendiendo por una ruta sinuosa. De tanto en tanto amengua la locomotora su lento resollar y surge una parada solitaria y miserable, de la que el convoy parte de nuevo tomando por una empalme inesperado, al conjuro de un campanilleo alegre y cerril. A lo lejos se contemplan cumbres azules; y cerca de nosotros, hasta causarnos vértigo, un paisaje pleno de desfiladeros, grietas y anfractuosidades, anochecido a veces por un túnel, tras del cual renace entre los abetos el cielo hondo y celeste surcado por nubes colmadas y apacibles como rebaños.

Esta imagen idílica y placentera es la que ofrece al turista despreocupado Suiza, la democracia más antigua de Europa y el «país de más vida interior», tal como lo define mi compañero de viaje, Henry Verner, redactor del «Diario de Lausana».

El tren disminuye de nuevo su marcha, se detiene frente a un andén solitario, retrocede, parece desandar lo andado, y cuando vuelvo mi mirada interrogativa hacia mi compañero de viaje, éste me dice:

—Acaba usted de tropezar, sin advertirla, con la realidad de Suiza. Este andén en el que el tren se detiene para retroceder de nuevo; este avanzar desandando lo andado; esta contradicción aparente y constante entre la dirección y la meta, es Suiza, y nada más que Suiza.

«Pocos países—continúa—son menos conocidos en su realidad íntima. Suele Europa volver sus ojos hacia ella para señalarla como ejemplo y llamar a la cordura a las naciones que se aprestan a dirimir por la violencia sus viejas querellas; se la señala como ejemplo, olvidando, quizá, que la unión de las veintidós repúblicas que la constituyen es el fruto de una lucha enconada, que se continúa en nuestro tiempo con sordina, tal como ocurre con esas familias que ventilan sus discrepancias en voz baja para que no se enteren sus vecinos.

La ley del contraste

La montaña estéril y el valle fértil. Lo que en topografía halla sustento en la ley del contraste, tiene también su equivalencia en el orden espiritual. Podríamos decir que si el mundo físico se halla en estrecha correspondencia con el de las ideas, es entonces la paradoja el símil abstracto de un paisaje convulsionado. Quizá por ello, Suiza ofrece a los ojos del observador imparcial tantas contradicciones. Diríase que la paradoja, verdad espantadiza que se alberga donde menos se piensa, acecha en todas partes, para mostrarse inopinadamente con un salto de volatinero.

Comencemos por una: Suiza, país pacifista, el único que mantiene un ejército, sin lugar a dudas, consagrado a la salvaguardia de la armonía, no cree, sin embargo, en la Liga de las Naciones. La mantiene en su territorio, alberga en él, transitoria pero inevitablemente, a los campeones más esforzados de la armonía europea, pero no está persuadida de la eficacia de ese complicado organismo internacional. ¿Y qué mejor prueba que el resultado del referéndum del 16 de mayo de 1920, por el cual el pueblo de las repúblicas helvéticas fué llamado a decidir si su país integraría o no la Liga de las Naciones? Si bien la moción afirmativa fué aprobada, estuvo muy lejos de la unanimidad. 476,870 votos contra 323,179, demostraron palmariamente el escepticismo de casi la mitad del pueblo suizo.

Otro dato que certifica la indiscutible singularidad de la confederación helvética. Rodeada por grandes potencias regidas por ideologías abiertamente contradictorias, está condenada a sufrir la influencia irresistible de los acontecimientos que se cumplen tras de sus fronteras. Pues bien, para Suiza, la influencia no es inmediata, por cercanía a contagio. Cuando los alemanes ocuparon Austria se produjo un recrudescimiento de las ideologías totalitarias, pero en los cantones que limitan con Francia. Por el contrario, en los lindantes con Alemania y la recientemente asimilada Austria, se originó una abierta y entusiasta reacción en contra de los países fascistas. Doblemente paradójica resulta esta última circunstancia, si se tiene en cuenta que de cada cien suizos, setenta tienen como idioma el alemán.



Suiza posee un ejército, pero realmente consagrado a la conservación de la paz. Es a él a quien corresponde defender los pasos de las montañas y preservar así los puntos vulnerables de sus países limítrofes.

Pocos ejércitos menos belicosos que el de Suiza. En las horas de descanso, después de las arduas maniobras, un bardo canta a los soldados las hazas de los que lograron la independencia de sus queridas y bellas montañas.

Este país minúsculo, considerado por muchos como la democracia más perfecta de Europa, carece de una clase de individuos que lógicamente proliferan en las democracias: los políticos. De cada doce de sus diputados, diez viven de una profesión independiente y no de los emolumentos debidos a su cargo.

El gobierno, provisto de poderes especiales desde el año 1931, ha ido desposeyendo paulatinamente a los diputados de sus derechos. La mayoría de las resoluciones, en su casi totalidad gravámenes, fueron impuestos por decretos leyes, pero esto, en vez de influenciar en menoscabo del régimen parlamentario, lo ha estimulado por contraste. Hasta el punto de que el vicepresidente del consejo, alarmado ante la frecuencia creciente de las reuniones del parlamento, declaró: «...las sesiones se multiplican, se prolongan, y si esto debe continuar así, bien pronto los políticos que viven gracias a sus tareas particulares no podrán aceptar un mandato de diputado...»

Es decir, que la única clase que Suiza no tiene, la de los políticos, amenaza crearse, precisamente porque no se los necesita.

Hasta hace pocos días, en las veintidós repúblicas confederadas existían más códigos penales que en toda Europa reunida. Obediente siempre a la ley del contraste, compensaba su superabundancia en códigos con dos cantones, Uri y Nidwald, que no los tenían de ninguna especie. Además, en ciertas partes, el régimen carcelario, ambivalente, dividía el mismo edificio en cárcel y en hospital. Un asilo para enfermos del cuerpo y del alma.

Pero la unificación del código penal ha tenido una repercusión inesperada que

traspasa en mucho los límites de lo previsto. Tras del debate en torno de si se debía o no modificar el código, habíase entrevisto un fantasma aún más inquietante que la más variada, compleja y contradictoria interpretación del delito. Suiza, celosa de su federalismo, ve en la unificación de la ley penal la vanguardia de una serie de reformas tendientes a menoscabar su régimen federal, y la absoluta libertad de sus cantones. «Quiérase o no—sostuvo recientemente un vocero de la oposición al proyecto de unificación penal que acaba de sancionarse—, este código será el instrumento eficaz de una política que repudiamos. Se sabe cómo comienza una centralización, pero no cómo termina...»

Y muchos suizos, libres ciudadanos del país políticamente más educado del mundo, prefieren veinte interpretaciones diferentes de un mismo delito, y protestan con acritud contra la ley que les brinda un idioma único para entenderse en lo que era una verdadera Babel jurídica.

La paradoja suprema

Este libre país, de montañeses que supieron transformar a regiones incultas en comarcas ricas y florecientes, padece los mismos graves problemas de las naciones que lo circundan, y algunos otros por añadidura. Replegado sobre sí mismo, oponiendo a toda influencia inmediata un gesto hosco; permitiendo a su vez que junto a los mojones limítrofes con otra nación, de ideología diferente se sustentase precisamente la opinión que en la otra frontera se rechaza, el pueblo suizo defiende su integridad a toda costa. Bien se sabe que Suiza sólo se halla unida en lo que se refiere a la defensa nacional, pues en lo que resta vive en pacífico,

amistoso y perfecto desacuerdo. Y graves razones tiene para ello. En su exiguo territorio se hablan cuatro idiomas: alemán, francés, italiano y romanche, este último un dialecto derivado del latín; y por si esto no bastara, el 57 por ciento de su población es protestante y el 41 por ciento católico.

¿Qué milagro permite entonces que pueda subsistir sin desmembrarse una confederación de repúblicas a las que no unen los vínculos de la raza, de la religión y del idioma? Un verdadero milagro, un lazo fragilísimo, que sólo por prodigio no ha sido deshecho, puesto que otros muchos más fuertes se disolvieron al primer soplo en Europa. Hasta tal punto domina la paradoja al mundo institucional y político de Suiza, que es un tratado, un mero tratado, el que la ha librado de amenazadoras contingencias.

Suiza mantuvo su neutralidad durante la Guerra de los Treinta Años, que enfrentó en Europa a católicos y protestantes. Como premio por su no intervención, y por medio del tratado de Westphalia, se le concedió la independencia y se proclamó su neutralidad perpetua.

Transcurrieron los años; convenios internacionales más recientes fueron denunciados. Escéptico, el mundo no cree en los convenios, y sólo Suiza, llena de contrastes, de luces y de sombras, de abismos y de cimas, se repliega celosamente en torno de la insigne reliquia de un antiquísimo tratado, quizá el único que perdura en Europa.

SOBRE LOS MARES

(Continuación de la página 20)

ma» e «Imperio»; elevará a cuatro en 1940, el número de barcos de ese tonelaje.

Con sus cruceros pesados, y sus destructores, Italia poseerá un instrumento de combate, tanto más serio, considerando la situación geográfica de la península y la posibilidad que de la misma se desprende, para la flota y cooperará estrechamente con las fuerzas aéreas y terrestres.

En Alemania

Una voluntad tenaz, una rapidez que a veces desconcierta, caracteriza en Alemania la reconstrucción de su flota. Esta en 1921, no existía, reposando en las profundidades de Scapa-Flow. Pero ya sabemos con cuánto ingenio sacó el Reich el mayor partido de las condiciones de su rango naval fijado por el tratado de Versalles, y qué emoción suscitó en los medios marítimos, la aparición de su primer barco de línea, el «Deutschland», verdadero «acorazado de bolsillo», fuertemente defendido, poderosamente armado, de una velocidad de 26 nudos por hora, y de un radio de acción considerable, puesto que puede alcanzar diez mil millas.

En 1925, el gobierno del Reich, se decidió a romper abiertamente las trabas del tratado de Versalles, y aborda en un aparte con Inglaterra, que hizo gran ruido, la cuestión de su rearme marítimo, y establece sus exigencias al 35 por ciento de la flota inglesa. Inglaterra—ingenuidad o imprudencia—dió su acuerdo. El primero de enero de 1937, Alemania poseía seis barcos de línea, 27 navas ligeras y dos porta-aviones. En el corriente año, se ha iniciado la construcción de 14 submarinos, y así como un nuevo acorazado de 35,000 toneladas. En los primeros meses de 1938, un acorazado de 26,000 toneladas estaría pronto a comenzar sus pruebas. Un tercer acorazado de 35,000 toneladas armado con 8 piezas de 380 mms., y de 12 piezas de 150 mms., será sin duda puesto en construcción este año.

No teniendo Alemania que defender sus costas, más que sobre un solo mar, sus 420,000 toneladas, estarán concentradas en el mar del Norte y en el Báltico, prontas al ataque.

Estados Unidos

Por su parte, los Estados Unidos, que luego de la conclusión del tratado de Washington se habían dejado adelantar por otros países, llevando su lealtad, hasta dismantelar cuatro acorazados de 43,000 toneladas entonces en construcción, vendiéndolos como hierro viejo, han resuelto volver sobre sus pasos, y rearmarse energicamente, en vista de la amenaza que significa el aumento de la flota japonesa. El programa de construcciones navales, es realmente gigantesco. Actualmente hay en los astilleros más de 300,000 toneladas de nuevas unidades, y mientras que el presupuesto de Marina, ha alcanzado este año, la respetable cifra de 528 millones de dólares, se preparan febrilmente otros programas. De igual modo se prosiguen los trabajos de arreglo de las esclusas del canal de Panamá, a fin de poder librar fácilmente el pasaje a los superacorazados del mañana.

El Japón

En cuanto al Japón, el secreto total que ha observado hasta estos últimos días en lo que concierne a sus armamentos navales, hasta para puntualizar, pensamos nosotros, su voluntad de no ahorrar nada para llevar sus fuerzas de mar al punto más

alto posible.

El Almirantazgo de Tokio, se ha negado a dar a conocer si construía o no acorazados que pasaran del límite de 35,000 toneladas. Sabemos hoy en día, que el Japón construye naves de 46,000 tone-

ladas por lo menos.

Por otra parte, se han iniciado en Formosa, trabajos de gran envergadura que convertirían a esa isla en una «réplica a Singapor».

De modo, pues, que, tanto por la can-

tividad de las unidades cuya construcción se ha iniciado, como por la importancia inesperada de su tonelaje y la rapidez de su construcción, los armamentos navales han tomado casi súbitamente en el mundo, un desarrollo sin precedentes.



ASI COMO EL BUEN DIRECTOR DE ORQUESTA CONOCE CON LOS OJOS CERRADOS, CUANDO ALGUIEN HA DADO UNA NOTA FALSA,

Así también, quién conoce lo bueno a ciegas usa

Dentol

Fabricado según los trabajos de Pasteur, el DENTOL destruye todos los microbios nocivos de la boca y en pocos días dá a los dientes una blancura resplandeciente.

AHORA:

Tubo medio no \$0.20
Tubo grande \$0.40



Representantes Exclusivos

Apartado 2143

Habana.

El disco de gramófono celebra su 50 aniversario. Lo sorprendente de este aniversario es que el «jubilar» no se ha cambiado, absolutamente en nada en el curso de estos cincuenta años, y que el sonido se impresiona en el disco, hoy día aún, según el mismo procedimiento y con la misma «escritura» que se empleaba hace cincuenta años. También en lo referente a la reproducción del sonido todo sigue como antes. Sólo un invento de alto valor puede mantenerse contra el asalto diario de novedades y adelantos. La llamada «escritura de Berliner», con la que se conservan los sonidos en el disco gramofónico es el tan admirable invento.

La «escritura de Berliner» fué inventada por el mecánico Emile Berliner, natural de Hannover en Alemania, que emigró en 1875 a Washington en los Estados Unidos. El 8 de noviembre de 1887 se le concedió al invento la patente berlina de su «procedimiento y aparato para la registración y reproducción de sonidos».

En aquellos tiempos, el arte de impresionar y reproducir a gusto palabras habladas y música llevaba ya diez años de existencia. El gran ingeniero americano Thomas A. Edison había inventado ya en el mes de diciembre de 1877, el fonógrafo, aquella curiosa «máquina parlante dorada de cilindro de cera, de membrana de mica y de una bocina de hojalata enorme», que, al hacer girar una manivela de mano, reproducía los sonidos impresionados en el cilindro. Huelga decir que la reproducción no era muy agradable ni natural, así que la gente fina y de buen oído siguió hablando durante varios decenios despectivamente de la «música en conserva» de la máquina parlante, pero, de todos modos, la reproducción era comprensible. Aquella tarde memorable en que Edison, el «mago del parque de Menlo» habló las primeras palabras de una canción infantil en su máquina recién inventada, con gran sorpresa de sus colaboradores, constituye el comienzo de la era de la reproducción de la palabra y de la música, es decir, la era del gramófono, de la radio y de la película sonora.

Bien pensado se llega a la conclusión que quizá lo más sorprendente de esta reproducción de música no es el procedimiento de impresionar el sonido en el disco, sino la «resurrección» de tal sonido en toda su belleza y nitidez sólo por medio de altavoces modernos, de un pequeño cono hecho de papel o de otra materia cualquiera. Pero este milagro de la «resurrección» de un sonido por el sólo hecho de que un cono de cartón vibra rítmicamente poniendo, a su vez, en vibraciones rítmicas al aire circundante, este milagro, decimos, sólo se hace posible después de haber sido impresionado en el disco el sonido con todas sus matices, sus altos y bajos. En los cilindros del fonógrafo de Edison se impresionaban sonidos haciendo que la aguja martilleara sobre el cilindro en rotación. Emile Berliner reconoció, al punto, con la agudeza certera de inventor, que procediendo de tal forma, nunca se podría obtener una reproducción verdaderamente perfecta, y así inventó la escritura ondulada, la «escritura de Berliner», con la que el sonido se impresiona de igual forma que las vibraciones finas de un puntero sujetado a un diapason sobre un plano



EL CINCUENTENARIO DEL DISCO DE GRAMOFONO

BODAS DE ORO DE UN GRAN INVENTO

cubierto de hollín. Emile Berliner sustituyó también el cilindro de difícil manejo por un disco plano, que es mucho más manejable y apropiado, y la escritura y la forma de este disco gramofónico han sobrevivido cincuenta años, sirviendo de base en muchos países a una gran industria. El disco gramofónico en esta forma tiene la misma importancia para cultivar la «música del hogar» que para el archivo acústico que colecciona el habla de los distintos pueblos o para las emisiones de la Estación de Ondas Cortas que se impresionan en discos antes de la trasmisión y que de noche, cuando al otro lado del mundo es todavía de día, se lanzan por todo el Orbe mediante las atenciones de ondas dirigidas. También la película sonora trabajó, al principio, con discos hasta que el procedimiento foto-acústico dió la posibilidad de impresionar el sonido y la imagen en una sola cinta.

De paso observemos que la cabida de un disco gramofónico es enorme. El camino que recorre la aguja en un disco de 25 cm. en cuatro minutos tiene unos 250 m. de largo, esto quiere decir que

el camino es tan largo como altos los más imponentes rascacielos. Una escalera que pudiera llegar a tal altura, habría de tener más de mil escalones. Y sin embargo, fué uno de los últimos inventos de Edison el disco gramofónico de cuarenta minutos de duración en donde podía caber diez veces más música o palabra habladas que antes.

Ya en el curso de los siguientes diez años después de solicitarse la mencionada patente de Berliner, en la mayor parte de los países cultos surgieron un gran número de grandes fábricas que se ocuparon de la producción y de la venta de la música «escrita» a base de esta patente. La industria de discos gramofónicos se había hecho un ramo importantísimo de la economía. A fines del siglo pasado se fundó en Europa la «Grammophon-Gesellschaft», cuya primera fábrica en Alemania fué erigida en Hannover, la ciudad natal del inventor Emile Berliner. Desde esta ciudad salen, todavía hoy, para todo el Orbe, los discos gramofónicos fabricados según el mismo principio, los cuales llevan la designación «Grammophon» en Alemania o la de

«Polydor» en el resto del mundo. Hasta la designación «Grammophon», al principio una marca de fábrica particular, que quería poner de manifiesto la novedad, es decir el disco gramofónico plano con la «escritura berlina», en contraposición al cilindro del fonógrafo, ha llegado a ser un término general para designar los aparatos parlantes de todas las casas constructoras de éstos. El primer disco que fué fabricado por la Sociedad alemana a base de la patente de Berliner, fué un diminuto disco con unas pocas palabras impresionadas que se podía meter en una «muñeca que habla». Al dar vueltas a una manivela la muñeca comenzaba a hablar las palabras impresionadas en el disco. Pero poco después, aún antes de llegar a su fin el siglo pasado, los primeros discos gramofónicos con el sello imprimido «Printed in Hannover» comenzaron a conquistar, desde Europa, todo el Orbe. Y hoy día se producen en muchos países millones y millones de discos gramofónicos al año. Por medio del canje internacional de discos gramofónicos, la música de los diversos pueblos está al alcance de todas las personas. Se propagan no sólo las obras maestras de la música clásica de los dos países principales de la música europea, es decir, de Alemania e Italia, sino que también la moderna música de baile inglesa y americana conservada en discos gramofónicos hace hoy día su entrada en el mundo entero. En los países más remotos y separados del mundo se impresiona y difunde la música folklórica en talleres propios, como por ejemplo, lo hace Telekunken en el Japón, y el archipiélago indio, todo lo cual se hace con un simple disco de color negro.

Aunque el disco no ha sufrido cambios, la evolución de la técnica ha traído consigo novedades. Al principio se tenía que dar vueltas a una manivela para poner en movimiento el disco y oír la música; un poco más de prisa o un poco más despacio—no importaba. Sólo muchos años más tarde se inventó el gramófono con cuerda y por fin, desde hace un decenio aproximadamente, tenemos gramófonos con motor eléctrico.

A medida que se mejora la cuerda de los aparatos gramofónicos, iba perfeccionándose la reproducción del sonido. La «música en conserva» de la bocina de hojalata que el gramófono había adoptado del fonógrafo de Edison, se convirtió, después de la Gran Guerra, en el gramófono-maleta de fácil manejo, luego en el gramófono-armario, y, al fin, en los dispositivos eléctricos especiales para gramófonos de los que hoy disponen casi todos los aparatos receptores y con los que sólo es posible sacar de una buena impresión hecha según el método de la «escritura de Berliner», todos los matices de los sonidos, reproduciéndoles en toda su nitidez y perfección. La Radio amenazó terminar con el disco gramofónico, y en rigor, éste ha perdido mucho de su importancia en América, mientras que en Europa se ha llegado a comprender que la reproducción eléctrica y natural del disco gramofónico por medio del aparato receptor, ofrece ducción artística. El disco gramofónico, ya desde hace largo tiempo, ha celebrado su «resurrección». Pero durante todos los años de cambios y adelantos, una cosa ha quedado, siempre la misma: el método de impresionar el sonido, la llamada «escritura» inventada por Berliner, la que ahora lleva medio siglo de existencia.

DON QUIJOTE...

Cervantes y la Crítica», que no es posible encontrar en dicho pasaje semejante «inconsecuencia», porque el que habla no es Cide Hamete, sino que es Cervantes por boca de D. Quijote, «tan cristiano como el primero, y el historiador debe pintar los hechos como son» y no desfigurándose, como convengan a sus propósitos o ideologías. Nosotros creemos que el verdadero alcance de este pasaje, en cuanto al motivo de la querrela de los dos ejércitos, estriba, fundamentalmente, en lo que hemos dicho, como se advierte en casi todas las aventuras de D. Quijote. Recuérdese la explicación profundamente cristiana que da D. Quijote cuando le llaman la atención de por qué al entrar en «batalla», se encontraba primero a su Dama, diciendo que en ello cumple con las leyes de la caballería, pero que antes, «mentalmente» se encomienda a Dios, como buen cristiano que es, frase que, en cuanto al Cristianismo, pone también en boca de Sancho.

Quando vista la explicación que da D. Quijote para ayudar a Pentapolín, se muestra conforme con ello, y exclama: «Para mis barbas, sino hace muy bien Pentapolín y que le tengo que ayudar en cuanto pudiere»; (la alusión que hace Sancho de sus «barbas» es una exclamación muy antigua y se refería a lo que más en aprecio se tenía, pues sabemos que antiguamente tanto los hombres, sus bigotes y barbas, las mujeres, la mayor largura de sus cabellos, era lo que más apreciaban). Así, pues, «iluminado» por esa poderosa fuerza de imaginación, comenzó a describir ante los «ómnipotentes» ojos de Sancho, que nada veía, todos los individuos que formaban en ambos ejércitos, los emblemas de los mismos, las distintas razas y pueblos que los formaban, por eso, cuando Sancho trata de convencer a D. Quijote, que únicamente escucha los «balidos de las ovejas y carneros», y no el relinchar de los caballos y ruido de los «atambores»—expresión antigua, a mi ver de cierto sabor morisco—con que se producía el ruido, de lo que hoy llamamos «tambores», se hace una descripción admirable de lo que sea el «miedo», diciendo a Sancho:

«El miedo que tienes, hace que ni veas ni oigas, (hoy decimos oigas; en Andalucía, como la pronunciación de la *ll* se confunde con la *y*, se decía, por burlesca reconvencción, «quien tiene orejas oyas») a derechos; porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son.»

Y en efecto, hemos visto en la vida real muchos casos de miedo que producen necesariamente «la perturbación de los sentidos», hacéndonos ver cosas que no son, sobre todo en determinados «trazos teatrales». D. Quijote entendía que las «que venían» eran los dos ejércitos; al contradecirlo Sancho lo achacaba al miedo que él tenía. Así lo dejó y bajó de la costezuela, que era el atillo en que antes se había colocado; y poseído de ese ardor bélico que nos produce el pensar que estamos cumpliendo con nuestro deber, nuestro valiente Caballero, decía:

«Es, caballeros, los que seguí y mil veces debajo de la bandera del valeroso emperador Pentapolín del Arremangado brazo; seguidme todos...»

Y en medio de su «fajazón» con las ovejas, y creído de la bondad de sus propositos, sin oír ninguna advertencia en contrario, que tanto Sancho, como los «pastores» que cuidaban las manadas de ovejas, lanceados por D. Quijote o por el furor bélico, así como tampoco de las piedras que con ondas le enviaban los cuales le «sepultaron dos costillas», pero Fierabrás, y decía:

«¿A dónde estás, soberbio Alifanfano? Vente a mí; que un caballero sólo que desea de solo a solo, probar sus fuerzas y quitarle la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta. (Según Clemencin, esta nueva variación en cuanto al nombre que da a Pentapolín, sin duda nace de haber leído la poesía de Juan de Mena, poeta de la época cervantina, en cuya

copla número 50 se habla de Garamanta).

Como hemos dicho antes, los pastores que cuidaban sus manadas, tan «cruel y bizarramente» lanceadas por D. Quijote, le lanzaron con las ondas. Esto le da una fuerza tal, que, cuenta la Historia Sagrada que con una onda de esas «David logró derribar a Goliat, gigante de una altura doble a la de cualquier persona de buena estatura». Una andanada de peladillas de arroyo (que también se llamaban «almendras» guijarras, o sopa de arroyo, y lágrimas de Moysén, nombres populares corrientes que se dan a determinadas piedras), semejantes a lo que vulgarmente se llama «chinas pelonas», que se adaptan a las ondas, para arrojarlas con mucha más fuerza; y en medio de todo D. Quijote tuvo suerte, porque cuando esa peladilla de arroyo le undió las «costillas», le echó mano a la alcuza del Bálsamo de Fierabrás, de funesta recordación, untando una buena cantidad de dicho licor en el estómago. Llegó otra «almendra», y dándole en la mano destruyó la alcuza y con ello dos o tres dientes del «valeroso Caballeroso». Esos golpes dieron con él al suelo, y los pastores que creían, al verlo caído, que lo habian matado, recogieron las reses vivas y «muertas» y se fueron. Entonces bajó Sancho del «atillo» donde estaba a socorrer a D. Quijote; después de algunas lamentaciones de Sancho, D. Quijote, siempre con su «idea» de que los encantadores, que tanto lo perseguían y que según él le habian destruido «el aposento» que en su aldea tenía para guardar sus libros. (Recuérdese el escrutinio que hicieron el Cura y el Barbero. ¡Oh maravillosa irona cervantina: poner a hacer un escrutinio serio al Cura y al Barbero de la aldea de D. Quijote). Los mismos que le volvieron a Dulcinea en una «labradora» cuyo desencanto había de hacerse a costa de los azotes que tenía que darse Sancho, cosa rigurosamente justa, porque si Sancho «se había industriado para encantar a Dulcinea» y de ese modo aprovecharse de «la fuerza de las creencias caballerescas de D. Quijote», justo es, repetimos, que los Duques primero y D. Quijote después, se aprovecharan de la «interesada credulidad de Sancho» para obtener el desencanto de Dulcinea, y decimos lo de interesada, porque recordamos «el saldo de los azotes que a costa de unos árboles» se diera Sancho, cuando regresaba a la aldea de D. Quijote, para cumplir lo convenido con el de La Blanca Luna (o Sansón Carrasco), de retirarse a su aldea durante un año.

Pero aunque era «grandísimo» el deseo que tenía D. Quijote, de que Sancho pudiera «comprobar» lo que él le decía sobre los «encantadores, y que para quitarle la gloria de su vencimiento lo había convertido en manadas de ovejas», le dijo:

«Pero no vayas ahora (equivalente a ahora, adverbio de tiempo), que menester tu favor y ayuda...»

He aquí la admirable armonización que sosteníamos en mi anterior artículo y en las líneas precedentes, véase cómo las exigencias de la vida material, determinadas por el dolor físico, ceden por el momento el «terreno» a la comprobación de «una idealidad». Eso nos hace recordar el maravilloso pasaje del Quijote, cuando comenzó a limpiar las armas de su «bisabuelo» con el propósito de hacerse Caballero andante, y la contrariedad que tuvo cuando vio que no tenía más que celada simple, o morrión simple y no de encaje, como debían tener los Caballeros andantes; pero ese defecto no lo amilanó, sino al contrario, suplíola con su «industria perseverante», e hizo con cartones una media celada que uniéndola con el morrión daba la apariencia de una celada entera. Cuando la hubo terminado «sacó la espada, pues quiso probar su fortaleza», y con dos golpes que le dió, deshizo en un momento lo que le había llevado una semana. Pero lejos de apesadumbrarse era tal «su convicción», que no le pareció mal la facilidad con que la había destruido; pero para «mejor estar» le puso unas barras de hierro interior y sin querer hacer nuevas experiencias de ella, la disputó y tuvo por celada finísima de encaje».

Pasaje que sirviera al novelista español Pedro Mata, que une en sí el romanticismo de Lamartine (léase «Corazones sin rumbo») con el realismo de un Zola (léanse los «Cigarrillos del Duque», «La catorce» o «Muñecos»), para hacer una de las más agradables novelas de ese fecundo autor, titulada «La celada de Alonso Quijano», desarrollando el pensamiento cervantino, que muchas veces es preferible, cuando se llega al convencimiento de un hecho determinado, no hacer una nueva «experiencia» que puede con sus resultados «contrariar nuestros íntimos propósitos».

Y es lo que determinó a D. Quijote a no hacer ninguna nueva experiencia sobre la «celada» que había destruido, antes al contrario, «quiso» alegrarse de la facilidad con que lo había hecho. Por eso la Zorra del cuento, viendo que las cecezas estaban muy altas, dijo «no me gustan».

De ahí que, como dijera Mata en la «Celada de Alonso Quijano», «de modo que todas aquellas dudas (las dudas si-guen, pero ¿qué voy a hacer?); yo la quiero». Nada chico, que seas feliz. Gracias. Ya te avisaré. Bueno... Ah, que tengas cuidado con la Celada de Alonso Quijano».

Por eso, D. Quijote, «a pesar de todo» quiso retener allí a Sancho, después de las «vomiteras» de amo y escudero; D. Quijote se levantó sujetándose con una mano la boca, con la otra tomó las riendas de Rocinante, y fué hasta donde estaba Sancho, al cual se encontró apoyado en su jumento, «con las manos en la mejilla en guisa de hombre pensativo, además» (equivale a tener la actitud propia de persona triste y meditabunda, y la expresión «demás», equivale, a extremada o demasadamente, o con exceso, adjetivos que todos, e indistintamente, se aplican a la condición de tristeza que mostraba Sancho). Pero no era como creía el ilustre Manchego, por lo que a él le había pasado. No; era simplemente porque, como hemos visto, en la venta le quitaron las alforjas, donde traía lo más grato para Sancho, la «comida». Por eso, cuando D. Quijote, después de la aventura de los ejércitos le pidió comida, le contestó: «Eso fuera cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce». Entonces D. Quijote, como comprobando una vez más la admirable armonización que se advierte en todo el libro de Cervantes, o sea: la concatenación de los dones espirituales con las necesidades físicas del estómago, le contestó que no era cierto.

—Con todo eso tomara yo ahora más aína (palabra bárbara, muy usada, con que damos prisa a que se haga alguna cosa; vale lo mismo que presto), un cuartal de pan (según B. Bowle, cuartal es una medida determinada del pan; según Clemencin, cuartal es la cuarta parte del pan; pero ni uno ni otro determinan lo que quiso decir D. Quijote con la palabra cuartal pero podemos decir que un cuartal de pan, es exactamente dos libras de pan, pues en 3 de agosto de 1579, los alcaldes de Casa y Corte de Madrid d'ataron un decreto que decía: «Mandan los alcaldes de Casa y Corte de su Majestad que desde mañana domingo cuatro de este presente mes de agosto, ningún panadero de esta corte, sea osado de vender el cuartal de pan de dos libras, más de diez maravedís». Pues hay antecedentes que por las regiones zamoranas, o en el lugar donde naciera J. Benavente—Madrid—y en esa época, las medidas del pan eran: un pan grande, hogazas de ocho libras; hogazas más pequeñas, que eran a las que sin duda se refería D. Quijote, de cuatro libras; cuartales, los que pasan de dos libretas; de una libra; y media libreta es la que tienen media libra, por lo que se puede afirmar que en el último tercio del siglo XVI el cuartal de pan era un pan de dos libras), o una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques». Pero como dice el refrán «a falta de pan, cabe», don Quijote, haciendo gala de «esa mansedumbre cristiana que nunca lo abandonara» le indicó a Sancho que montara en su jumento y siguiera adelante, porque «Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tan en su servicio como andamos».

Y, en efecto; siguieron andando sin que por dicha de ellos y sobre todo de Sancho, encontraran ninguna venta, pero si se encontraron con los que llevaban «un cuerpo muerto», a enterrar a Segovia, con el correspondiente acompañamiento de «varios clérigos» que llevaban al muerto; pero como sabían lo que eran las ventas en materia de comer, llevaban una acémila repleta de cosas de comer, y por eso cuando D. Quijote llamaba a Sancho para que lo ayudara a sacar de debajo de la mula al bachiller Alonso López, que fué el primero que derribara a D. Quijote, él no venía, pues estaba desalojando la acémila que traían esos señores, bien abastecida de «cosas de comer», que era lo más importante siempre para Sancho, y ahora para D. Quijote.

A uno le habían quitado las alforjas, al otro el molimiento de la aventura de los ejércitos los tenían hambrientos, así es que, cuando D. Quijote quiso ver «quién era el muerto», le contestó: «El jumento está como conviene; la montaña cerca; la hambre carga; no hay que hacer sino retirarnos con gentil compás de pies (que equivale a más de prisa, como explica Calderón de la Barca, en el Canto o Jornada III, de su obra, «Bien vienes mal). D. Quijote siguió el consejo de Sancho, y tendidos sobre las verdes yerbas, con la salsa de su hambre, almorzaron, comieron, merendaron y cenaron, todo a un mismo tiempo. Pero después que satisficieron su «hambre» se encontraron que no tenían agua ni vino «con que templar la sed», Sancho convenció al ilustre Manchego, que siguieran un corto trecho y lo que se encontraron con el agua fué la famosísima aventura de «los batanes», lógica reminiscencia de «los molinos de viento». Allí eran molinos con que molían, por el viento y el agua combinados, el trigo. Aquí seis mazos de batanes hacían lo mismo. Allí, el ilustre Manchego pensaba que las astas de los molinos eran brazos de los «gigantes», los molinos; aquí la casucha en que estaban los mazos de batanes era el castillo en que estaba prisionero un caballero, que él debía suponer, pero allí combatió a los gigantes molinos; aquí no combatió a nadie, sino que la burla aceleró la digestión de Sancho, aunque con detrimento del respeto que debía al Quijote y a su membrana pituitaria. En la edición del viernes 30 de septiembre de 1938, del DIARIO encontramos unos versos cuyo valor épico y literario es bastante bueno y se sale de la manía poética actual, que quiere encubrir con la «licencia poética» los más absolutos atentados a la lógica y a la estética; en esos versos, buenos en verdad, como confirmación de lo que hemos dicho, que firman Perfecto Rodríguez Semper, nos dice en el primer verso:

¡Oh pobre Quijote, Quijote el errante!
¡Oh bravo caudillo de fiera pujanza!
No dejes el yelmo, ni dejes la lanza, no
dejes a Sancho ni al fiel Rocinante.

Y termina:

Qué importa que caigas maltrecho y
herido, qué importan las artes del pífido
mago; tu vida es nobleza, y el único
pago, es siempre el Andante por mérito
ha sido.

Si hubiera un Quijote en cada batalla, un hombre que sepa sentir Ideales, jamás se turbaran las almas leales en tanto silbara la loca metralla. Pues bien; cuando D. Quijote fué vencido «piadosa y condicionalmente» por el de la Blanca Luna (que era Sansón Carrasco), el vencedor le contó a D. Antonio Moreno quién era. Todo el propósito que le llevó con el vencimiento del notable Caballero de la Mancha, y exclamó dicho señor (Antonio Moreno):

¡Oh señor, Dios os perdone el agravio que habéis hecho a todo el mundo, en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él!

Y el Visorrey de Barcelona decía a D. Antonio Moreno, cuando éste le contó lo que hemos dicho antes:

—En el recogimiento de D. Quijote se perdía el que podían tener todos aquellos que de él tuviesen noticias.

Y eso es lo mismo que la invocación que se hace en los versos que hemos copiado.

La Habana, octubre de 1938.

LA LEY...

(Continuación de la Página 17)

«Hombres de Atenas: yo os amo y os honro, pero siempre obedeceré a Dios antes que a vosotros, y mientras me quede un soplo de vida, jamás cesaré de practicar y enseñar la filosofía, exhortando a cuantos se acerquen a mí, a mi manera. No importa lo que hagáis: debéis saber que yo jamás cambiaré el rumbo de mi vida, aun cuando tuviera que morir muchas veces».

Sócrates fué condenado por 281 contra 220. Se le sentenció a beber una copa de cicuta, un veneno de acción lenta y narcótica.

Cuando se le comunicó oficialmente la sentencia, Sócrates pronunció breves palabras:

«Si hubiérais esperado un poco más—dijo—, vuestro deseo se hubiera visto cumplido igualmente, y en forma natural, pues me encuentro en una edad avanzada. Pero no importa. ¡Oh, jueces!: no temáis a la muerte, y sabed esta verdad: ningún mal puede acontecer a un hombre bueno, ni en la vida ni en la muerte».

Después de estas palabras, Sócrates fué llevado a la prisión para esperar la hora de su muerte.

Pudo haber huido de la cárcel. Uno de sus amigos más allegados le ofreció sobornar a su carcelero para que lo dejara escapar, pero Sócrates se negó rotundamente. Cuando llegó el día fatal, se presentó en su celda el funcionario portador de la copa de cicuta, Sócrates, pidió y obtuvo permiso para que sus amigos presenciaran el desenlace.

Tomó la copa de metal en sus manos,



y preguntó al carcelero lo que debía hacer. El carcelero le ordenó que bebiera el contenido y que después, caminara por la celda, hasta que sintiera que sus piernas se endurecieran. Una vez que esto sucediera debía recostarse y así esperar la muerte, que llegaría sin producirle molestias físicas.

Sócrates, obedeció fiel y casi alegremente las instrucciones. Preguntó al carcelero si podía verter unas gotas del líquido en el suelo, como ofrenda a los dioses—preludio acostumbrado en aquellos días antes de beber los vinos—pero el carcelero se lo prohibió. Sonriendo, Só-

El caso de este criminal es originalísimo. Se trata de Voigemast, el asesino de Estonia, el cual apuró la copa de veneno en presencia de sus jueces, funcionarios judiciales y los correspondientes de la cárcel. Asistió también—como está estipulado por las leyes del país— un sacerdote y un médico. El condenado cayó muerto ante los circunstantes, de manera instantánea.

La leyenda de la muerte de Sócrates, es una de las más populares en todo el mundo. Como es sabido, Sócrates tomó la cicuta en su correspondiente celda. Rodeado de numerosos amigos y admiradores y animado en el extraordinario trance por su propia filosofía, fué sin disputa el que demostró más serenidad de entre todos los que le rodeaban en ese angustioso momento. Siendo el condenado—y habiendo rehusado insistentemente la fuga que le proponían sus más íntimos amigos—, llegado el momento fatal no titubeó en apurar el veneno, dando muestras de una serenidad de que carecían todos los que le acompañaron en ese último trance de su vida.



crates apuró entonces todo el contenido de la copa.

Phaedo, uno de los más fieles amigos de Sócrates, relató en forma clara y sencilla los últimos momentos de la vida del gran filósofo de la siguiente manera: «Una vez vacía la copa, Sócrates empezó a caminar por la celda, hasta que, —según nos dijo— empezó a notar que sus piernas se negaban a sostenerle. Entonces se tendió boca arriba, según las instrucciones recibidas, y el carcelero empezó a tocarle los pies y las piernas, preguntándole si sentía algo. Como Sócrates dijera que no, fué tocándole cada vez más arriba hasta llegar al pecho. «Cuando el veneno llegue al corazón, morirá», nos dijo.

«Sócrates, estaba inmóvil, pero en un momento determinado, se incorporó penosamente para recordarnos una deuda que tenía, pidiéndonos que la pagáramos para que pudiera morir tranquilo. Se lo prometimos, y entonces él, tapándose el rostro con el manto, quedó inmóvil. Instantes después había fallecido».

En la Roma de los Césares, el suicidio obligatorio era una cosa común. Cada vez que el emperador decidía que alguno de los prominentes ciudadanos debía morir—decisión harta frecuente en aquellas turbulentas épocas—le enviaban un emisario, con la orden de suicidarse. El que la recibía, no ignoraba que la resolución del César era irrevocable, por lo que se disponía a morir con la tranquilidad, del que al hacerlo, cumplía con un deber.

Es probable que el caso más famoso de esta naturaleza sea el de Petronio, uno de los caballeros romanos más famoso de

la corte de Nerón, a quien hoy se recuerda por su libro «El Satiricón», considerado como la primera novela que se haya escrito.

Petronio incurrió en la enemistad de Nerón, y se enteró de que su nombre figuraba en una lista de ciudadanos condenados a muerte. Sin esperar la orden imperial, Petronio organizó una suntuosa fiesta en su propia residencia, y mientras sonaba la música, bailaban las esclavas y corría el vino a mares, hizo que su médico le abriera las venas, muriendo así, reclinado muellemente en un sofá, rodeado de las mujeres que lo amaban y de sus amigos predilectos.

LO INCREIBLE EN LA CIENCIA

CALEFACCIÓN ORIGINAL. SE ESTÁN HACIENDO EXPERIMENTOS EN CAMINADOS A DETERMINAR QUE CANTIDAD DE CALOR TROPICAL LLEVA CADA DÍA LA CORRIENTE DEL GOLFO A LAS TIERRAS DEL NORTE.

«ENLATADOS» DE PECES VIVOS. CIERTAS CARPAS HAN VIVIDO TRES MESES, ALIMENTÁNDOSE CON PLANTAS ACUÁTICAS, METIDAS EN PECERAS HERMÉTICAMENTE CERRADAS.

LOS COLEGALES Y LOS CATARROS.

LOS ESTUDIANTES INTERNOS DE LOS E.E.U.U. SUFREN UN PROMEDIO DE TRES CATARROS AL AÑO, MIENTRAS QUE LOS MIEMBROS DE SUS FAMILIAS PASAN SOLAMENTE POR MENOS DE UNO.

Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York



Lo único de la moda que no «sube» actualmente, es el peso de las muchachas que reducen a fuerza de dietas.

EL NEGOCIO DE JOYAS...

que las joyas habían sido recuperadas por el famoso detective privado. Poco después, alguien robó un collar de perlas de 90,000 dólares a la señora W. Minoot, en su residencia de Nueva York. La señora Minoot pidió a la Scaffa que no hiciera nada, y encargó a Scaffa que tratara de conseguir las joyas. Tres semanas después, el collar estaba de nuevo en poder de su dueña. Scaffa es un hombre callado, que tiene el aspecto del detective común y ninguno de las singularidades de los detectives famosos. Incidentalmente, ha declarado que en toda su vida no ha leído una revista policial.

—En este trabajo no tenemos que hacer nada que huelga a Houdini. El misterio no existe en nuestra profesión. Y la idea de que yo consiga recuperar más joyas robadas que otros detectives privados es, sencillamente, que se me encargan de muchos más casos. No creo que mis éxitos se deban a una superior inteligencia mía. El secreto es que llevo años trabajando en esta clase de delitos y mezclado con delincuentes. Cuando empiezo a trabajar en un caso lo más probable es que no sepa quién o quienes son los autores, pero en la mayoría de los mismos éstos dejan algún rastro que me indica hacia dónde tengo que dirigirme para dar con ellos.

No todos los delincuentes llevan a cabo los golpes de los cuales se benefician, pero cada uno de ellos opera de una manera que, si uno conoce algunos de sus trabajos anteriores, puede inmediatamente reconocer el método de operación. Es como el catador de vinos, aunque quien se colocan copas de diversos

Una Nueva Gloria para sus Cabellos



Es increíble lo fácil que resulta ahora revelar esa belleza natural que existe escondida en los cabellos femeninos, obtener esa cabellera radiante que toda mujer anhela... Sorprende lo sencillo que es realizar ese ensueño dormido...

Simplemente, basta lavarse la cabeza con Drene.

Drene es el producto que ha provocado este milagro embellecedor de la manera más sencilla y económica.

El lavado de cabeza con el shampoo Drene no sólo logra eliminar la menor partícula de polvo o de caspa sino que destruye ese viso mate producido por el uso del jabón o de otros tipos de shampoo y que empaña el brillo natural del pelo.

Drene es un producto líquido que no tiene nada de jabón ni tampoco de aceite. Y, sin embargo, al menor contacto con el agua, con la más sencilla

frotación sobre el pelo, produce una deliciosa espuma que es la que al actuar descubre todo el encanto natural de los cabellos, ese brillo, ese lustre, que hasta ahora era opacado con el uso de cualquier clase de jabón o de cualquier otro tipo de shampoo.

Toda mujer sabe que para eliminar algo de esa capa mate, para tratar de quitar esa sensación jabonosa que quedaba sobre el pelo, era necesario emplear fuertes enjuagues, como el limón, el vinagre, la clara de huevo, etc., etc.

Con Drene no se necesita ningún enjuague especial. Ni siquiera agua tibia o caliente. Basta el agua limpia y abundante para que desaparezca la riquísima espuma de Drene y se sienta en el pelo como si una sustancia milagrosa le hubiera dado rápidamente la suavidad y el brillo de la seda.

Su potencia limpiante y su poder embellecedor es algo original que sólo

posee Drene. Es tan diferente a todo lo que se ha usado hasta ahora, que por eso se ha registrado como una nueva patente el proceso por el cual se fabrica Drene. Y por la razón de no contener ninguna sustancia perjudicial, no afecta al color del cabello, sea natural o teñido.

Pruébelo lo más pronto posible. Usted puede comprar Drene en frascos de dos tamaños. Se halla a la venta en farmacias, perfumerías y ten-cents.

drene
Shampoo



Scaffa fué encargado de recuperar las joyas de la señora Jessie Woolworth Do. value, valuadas en 600,000 dólares. En dos semanas Scaffa consiguió las joyas, sorprendiendo a la policía.

que sabe, con un solo sorbo, la cabeza de cada uno.

Así ocurre con nuestro trabajo. El que me entrega las joyas cuando consigo ponerme en contacto con el autor, muy pocas veces, es el verdadero autor del robo. Y si bien es cierto que la gran mayoría de los robos de joyas tienen sus complicados en el hampa, muchas veces hay que ir a la misma casa del robo que se proponían a cometer el delito.

Scaffa declara que él nunca acepta recompensas ofrecidas por la devolución de las joyas robadas.

—Yo siempre trabajo por una cantidad fija —dice—. Si alguno de los veintidós nombres que trabajan en mi agencia

acepta una recompensa, inmediatamente se la hago devolver. Esto obedece a que no creo en el sistema de recompensa una cantidad diaria, mientras duran mis investigaciones. Y esa cantidad no varía si lo robado asciende a 100 dólares o a 100,000.

Debido a la preeminencia que ha conquistado en su profesión, Scaffa figura muy a menudo en casos en los cuales no interviene para nada en realidad. En 1930 William J. O'Connor, un acaudalado sportsman de Buffalo fué procesado bajo la acusación de haber llevado a Nueva York joyas robadas en Florida por valor de 200,000 dólares. Fué detenido en una habitación de un hotel neoyorquino encontrándose en su poder un cofrecito con las joyas. La detención se produjo

15 minutos después que O'Connor había recibido 25,000 dólares por la devolución de las joyas a la compañía de seguros. Uno de los detalles más interesantes de este caso, fué el hecho de que, cuando la policía penetró en la habitación, O'Connor arrojó el paquete de billetes por la ventana. El acusado explicó después que al ver a los agentes federales penetrar en la habitación, creyó que se trataba de un asalto, y que procuró ocultar el dinero detrás del radiador de la calefacción, pero que en el apuro tiró el paquete. Mi sistema es cargarle al cliente quiete y éste, en lugar de caer donde él deseaba, cayó fuera de la ventana.

Cuando O'Connor fué llamado a declarar ante el juzgado, el nombre de Scaffa apareció en el proceso. O'Connor

confesó que Scaffa había llevado las joyas a su habitación 15 minutos antes del raid policial, y que había recibido los 25,000 dólares, pero sólo en carácter de agente de Scaffa. El detective privado negó rotundamente esto último alegando que no conocía a O'Connor, a quien jamás había visto en su vida, y como no se consiguieran pruebas para condenarlo, el detective salió en libertad.

Suscríbase al DIARIO DE LA MARINA por los teléfonos M-7911, M-7912 y M-7913, y por medio de sus agentes en todo el territorio nacional

GRACIAS al radio, acogedor y misericordioso, podemos oír a menudo aquellas óperas que tanto nos deleitaron en los grandes teatros de Tacón y de Payret, interpretadas por los mejores cantantes europeos; va haciendo ya bastantes años. Los recientes conciertos del tenor Lázaro han venido a revivir la dolorosa herida. El radio y el fonógrafo han salvado a la ópera, y puede asegurarse que por ello no han muerto, como los grandes dramas y tragedias que amenizaron el teatro del siglo XIX, ya en buen número sepultados en el olvido para siempre. Como no se tropiece con sus amarillentos y apolillados libretos en alguna librería de viejo hasta sus nombres desaparecerán dentro de poco, y contados serán aquellos que tengan noticias de su pasada y gloriosa existencia. ¡Qué grato resulta oír por radio—ya que no puede ser de otro modo—«Cavalleria Rusticana», «Bohemia», «Manón», «Payasos», «Tosca» y demás óperas de hace treinta años, nacidas al calor de nuestros mejores días! Lucía, El Barbero de Sevilla, Aída, Favorita, Africana, etc., podrán ser, acaso lo son, mejores en técnica y calidad artística; pero no responden ya a nuestros gustos e ideales. Las primeras las vimos nacer, como quien dice; y las otras las encontramos ya hechas y maduras cuando se descubrió para nosotros el telón del arte: éstas nos hablan de nuestra niñez inconsciente; aquéllas de nuestra palpitante juventud.

«La Bohemia», de Puccini, se estrenó en la Habana en el teatro Payret allá por el año 1900... con tan escaso público, a la verdad, que el doctor Anastasio Saverio, dueño del teatro, en una de «las suyas», se paseaba por los portales frente al vestíbulo, diciéndoles a los transeúntes, casi a voz en cuello, como ante la puerta de una barraca de feria:

—¡Entren, señores, entren de balde a ver el estreno de una ópera que ha hecho furor en Europa! ¡Entren!... No se cobra nada.

Algunos, tomando aquello por una de las genialidades del Doctor, que las tenía a miles, y algunas muy simpáticas, no le hacían caso y continuaban su camino; pero otros aceptaban la invitación sonriéndose y se colaban de rondón en el teatro.

El teatro Payret era famoso por sus innumerables «botellas». Allí entraba en una época todo el mundo, como Pedro por su casa; costumbre que quedó arraigada desde que, después de largos años de clausura a causa del derrumbe del teatro, el primer domingo de agosto de 1882, a las once de la mañana, se abrió otra vez, y su nuevo propietario, el doctor Saverio, dejaba entrar de balde a todo el mundo para que la gente perdiese el miedo. Muchos años después y cuando ya no había motivo para mantener aquella concesión, una noche, viendo el doctor Saverio que un espectador, al contrario de los demás, entregaba al portero su correspondiente localidad, llamóle aparte, con gran asombro de aquél, para decirle:

—Caballero, me tiene usted intrigado... Usted dirá—contestóle el aludido, creyendo su extrañeza.

—¿Me quiere usted decir—prosiguió el doctor—por qué saca usted la entrada?

—Hombre, creo que es mi deber hacerlo...

—Usted me va a perdonar, señor mío—terminó Saverio—, pero es usted un reverendo mentecato: pase usted.

Muchas salidas como ésta pudimos citar de aquel simpatiquísimo madrileño de pura cepa, famoso médico homeópata un tiempo, que recorría las calles de la Habana montado en un ligero tilburi, que él mismo guiaba. Fué durante muchos años, en la época de la Colonia, médico jefe de la famosa «Sección de Higiene» que subsistió hasta el período de Menocal. De su época de Alcalde también se recuerdan muchas salidas recurrentes. Gracias a serlo, se adquirió la parte de la calle de San José que da al costado derecho del teatro con adoquines de madera—los primeros que se usaban en la Habana—evitándose con ello el ruido espantoso y molesto para los asistentes al teatro que ocasionaban los vehículos—sobre todo los primitivos carretones—al rodar sobre el antiguo y tosco adoquinado de piedra. Cuando se le objetaba que había hecho aquella mejora que le beneficiaba, valido de ser Alcalde, respondía:

—Para eso soy primo hermano del príncipe Piombino de La Mascota. Aludiendo a aquel príncipe aplicaba la ley, según su conveniencia.

Las temporadas del japonés luchador Conde Koma, resultaron para el doctor Saverio una verdadera bendición del cie-

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

La Bohemia

Por
FEDERICO
VILLOCH



lo. Durante meses enteros vióse el teatro lleno de bote en bote todas las noches. Tan pingüe fué el resultado económico obtenido, que el teatro aligeró en más de la mitad un gravamen hipotecario que sobre él pesaba hacía largo tiempo. «Es el mejor tenor del mundo que se ha parado sobre ese escenario», decía Saverio refiriéndose al invencible luchador que daba tan fabulosas entradas. En cierta ocasión, durante una de aquellas temporadas tan pródigas, visitó al Doctor la directiva en pleno de un importante centro regional, con objeto de que cediera el teatro un domingo para una velada de las que acostumbraba dicho centro a celebrar todos los años, y el doctor Saverio no tuvo empacho en contestarles a los solicitantes:

—Siento en el alma no poderlos complacer, señores; pero soy súbdito japonés y me debo a mi emperador.

Cuando se le decía que gracias al japonés el teatro prosperaba, respondía siempre en madrileño chistoso:

—Sí; estamos en pleno «Sol Naciente».

Las primeras escenas del primer actor de Bohemia desconcertaron un poco a los espectadores, hechos al corte de las antiguas óperas italianas, simétricamente divididas en coros, arias, dúos, tercetos y concertantes aparatosos. Aquella especie de «comedieta musicale» compuesta de diálogos cortos y rápidos, jugando los personajes con los principales temas, que después van a ampliarse y desarrollarse en el resto de la obra, desorientaba al público, ansioso de coger al vuelo una de aquellas melodías y seguirla hasta su completa resolución. No obstante, según iban repitiéndose las frases y ampliándose, como la corola de una rosa que lentamente se va abriendo, iba su perfume adentrándose en el espíritu, hasta que se apoderaba de él y lo dominaba por completo. Las miradas de dudas y extrañeza que en un principio se dirigían unos a otros los desconcertados espectadores, acababan por convertirse en regocijadas sonrisas plenas de satisfacción y de encanto.

Iban comprendiendo. A la tercera audición La Bohemia alcanzaba el triunfo ruidoso y definitivo que, como se ha visto, se asienta y confirma cada vez más de año en año, a pesar de la moda y de las nuevas tendencias que se suceden y predominan.

La mayoría de los bohemios espectadores pasábamos ya de los treinta años, y algunos habían doblado el cabo de los cuarenta; sin embargo, La Bohemia, de Puccini, y también la de León Cavallo, que ambas se estrenaron en la Habana con poco tiempo de diferencia, pusieron en muchas manos el famoso libro de Enrique Murger «Escenas de la Vida Bohemia», que hasta entonces había constituido la lectura de algunos espíritus selectos nada más, y empezaron a popularizarse sus protagonistas y a ponerse cada cual el traje y acomodarse el espíritu que más se le avenía: ya el de Rodolfo, el poeta; ya el del pintor Marcelo; ya el levitón-biblioteca de Collins, el profesor de Filosofía y Lengua «Sanscrita», que canta la famosa aria de la Vieja cimarra en el cuarto acto de la ópera, mientras está exhalando la «bella Mimí» el último suspiro.

Se agotaron en las librerías los ejemplares de «La Vida Bohemia», de Murger, que hasta el estreno de la ópera habían permanecido intactos en los anaqueles. Y esto sucedió, no sólo en la Habana, sino en las más cultas capitales del mundo. Puccini resucitó a Murger, poco conocido y popularizado el infeliz en su vida oscura y pobre, en el propio París. La novela de Murger salió a la luz el año 1851, siendo más conocida del público por la comedia que de la misma extrajo su autor y que se estrenó en el teatro Gimnase, de aquella ciudad, por la propia fecha. La crítica, acostumbrada a las vulgaridades y floñeces corrientes entonces, se desconcertó ante la novedad del procedimiento teatral usado por Murger, defendiendo la obra y a su autor, entre otros críticos, el famoso Teófilo Gautier, dispuesto siempre, como se advierte en

su magnífico prólogo de la «Séñora Maupin», a romper lanzas por todo nuevo.

Cuando el libro se puso en boga, como ya dijimos, gracias a la ópera, empezaron los dilettanti musicales y literarios a darles vida real a los personajes de la novela: Rodolfo era Alfredo de Musset; Marcelo, el gran pintor Delacroix; Collins los célebres críticos e historiadores Sainte-Beuve, Taine, Nodier... Aquí nos los partíamos a nuestro gusto y según nuestra común manera de ser; el papel de Mimí se lo adjudicaba cada cual a su adorada Dulcinea mundana. Cuéntase que Puccini, a fin de comunicarle vida y ambiente a su obra, pasó algunos meses viviendo en el barrio latino de París, que consultó y copió en las bibliotecas y archivos de la capital francesa muchas frases y cadencias musicales del año 1830: por eso su ópera respira realidad y color local, y se desprende de ella un espíritu de juventud e idealidad que palpita en sus finas e inspiradas melodías. La romanza «Me chiamano Mimí» está escrita sobre el tema de una tonadilla.

Entre los tenores que con mayor acierto han desempeñado aquí el rol de Rodolfo, el público recuerda a Caruso, Palet, Sannatello, Pintuci, Gaudenzi. El ruso, con toda su fama, no acabó de agradarle al auditorio en este papel.

Angelo Pintuci era una especialidad en el Rodolfo, acompañándole desde luego una figura esbelta y espiritual, en la cual el público se ha complacido en vaciar el tipo del protagonista de la novela de Murger, sin pensar que también hay muchos poetas gordos y rechonchos. De los barítonos que han desempeñado el Marcelo se han destacado Titta Rufo, que conjuntamente con Palet, obtuvo la ovación más ruidosa que se recuerda en el Nacional, cantando el dúo de Rodolfo y Marcelo del cuarto acto «Mimí non torra na piu». También recordamos en ese día a Mardone, De Luca, Strachiarri...

Las Mimís que han quedado en nuestra memoria, finas, sentimentales y delicadas como un grabado de la época, son:

Lucrecia Bori y La Villani. Con la Mussetta los directores han sido frecuentemente desdefiosos, y se la han confiado a cantantes de escaso mérito, por lo que se recuerda como una grata excepción a la Cavarelli y a la Tina Farelli, que dieron a este simpático papel toda su importancia; Mussetta es la alegría alegre de La Bohemia, así como Mimí es la poesía poética y doliente. Scotti y Mac Domini hacían un Colline perfecto:

Vieja cimarra sentí

Fidèle amico mio

addio... addio...

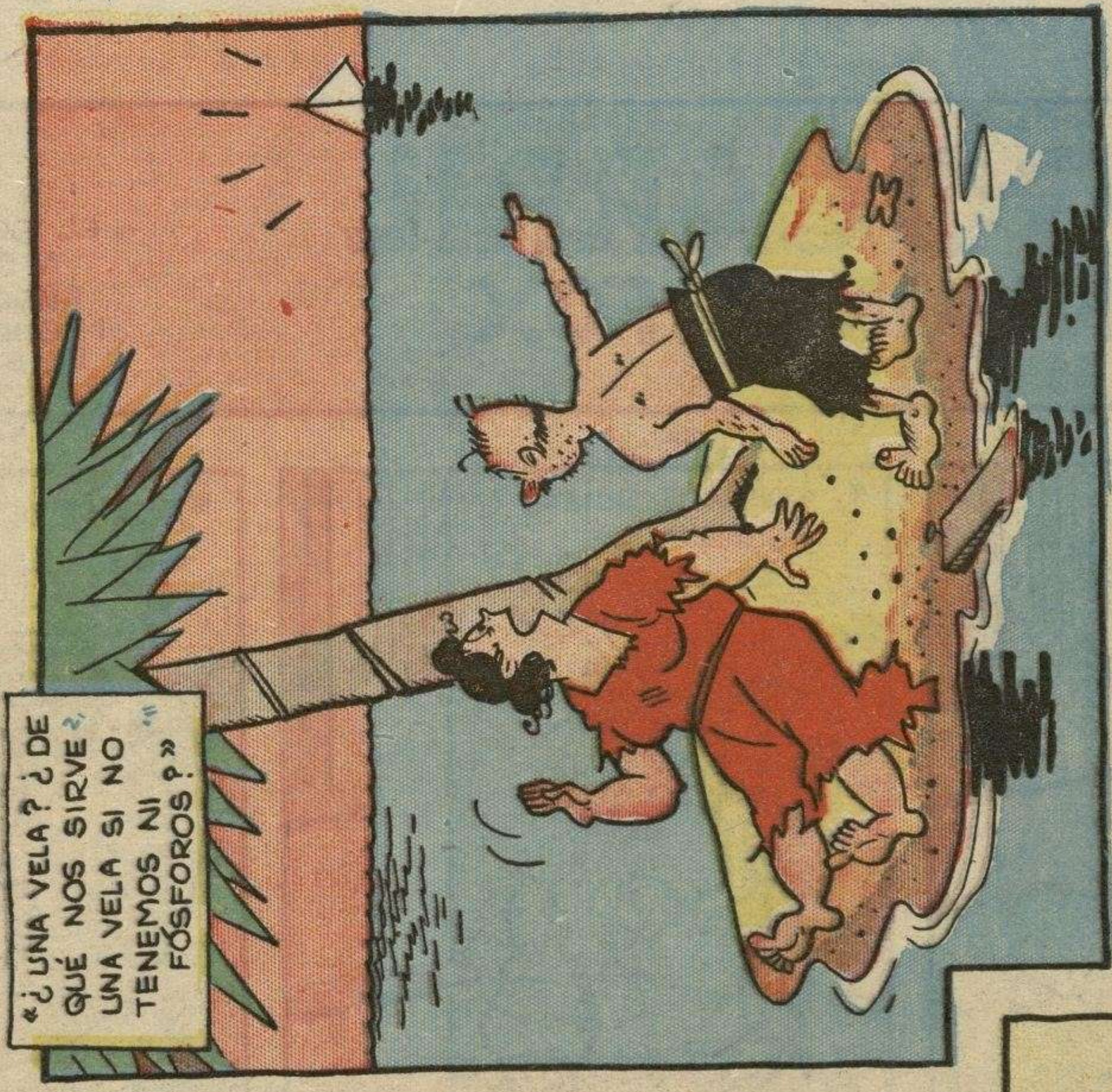
Y este último addio había que ir a buscar al foso más profundo del escenario. Apuntemos un afectuoso recuerdo para el maestro Arturo Bovi, que fue quien que ensayó y dirigió la primera Bohemia que se cantó en la Habana.

En las primeras audiciones de Bohemia el teatro solía llenarse de poetas y pintores anónimos, que se consolaban con versos reproducidos en las tablas. Cuando se reprodujo en aquellos tiempos no se pintó con emoción e interés las vicisitudes del cuadro de Marcelo «El Paso del Morro Rojo», destinado a tantas enojosas transformaciones, hasta convertirse en definitiva en «El Puerto de Marsella», y cuando el autor dramático fracasado no se reprodujo en la escena del primer actor de Bohemia, cuando Rodolfo arrojó al fuego su drama inédito! Se puso en moda las amplias chalinas negras, los tantes, y los grandes sombreros felicitados el periodista y amateur Tomás Julián, no abandonó el suyo desde entonces.

Margarita y Mimí han tenido imitadoras hasta en las más humildes parroquias criadas de mano. Contaba una antigua y popular modista habanera, que al día siguiente de ponerse en algún teatro de la capital La Dama de las Camelias, o La Bohemia, de Puccini, faltaba al taller de una oficiala de las jóvenes; y cuando después venía notábanse en su rostro las huellas de una velada de hondo dolor espiritual y de vagas sugerencias románticas...

Desde luego que todo el mundo se entusiasmó y extasia con las bellezas de La Bohemia; pero a nosotros se nos figura que su aroma íntimo y su espíritu melancólico y subconsciente sólo están reservados para los que un día aspiraron al rudo perfume de esas florecillas que crecen a las llas de los caminos, por donde va la errante, y que se llaman: ensueño, ilusión, ideal artístico, desinterés, amor ingenuo, miseria alegre...

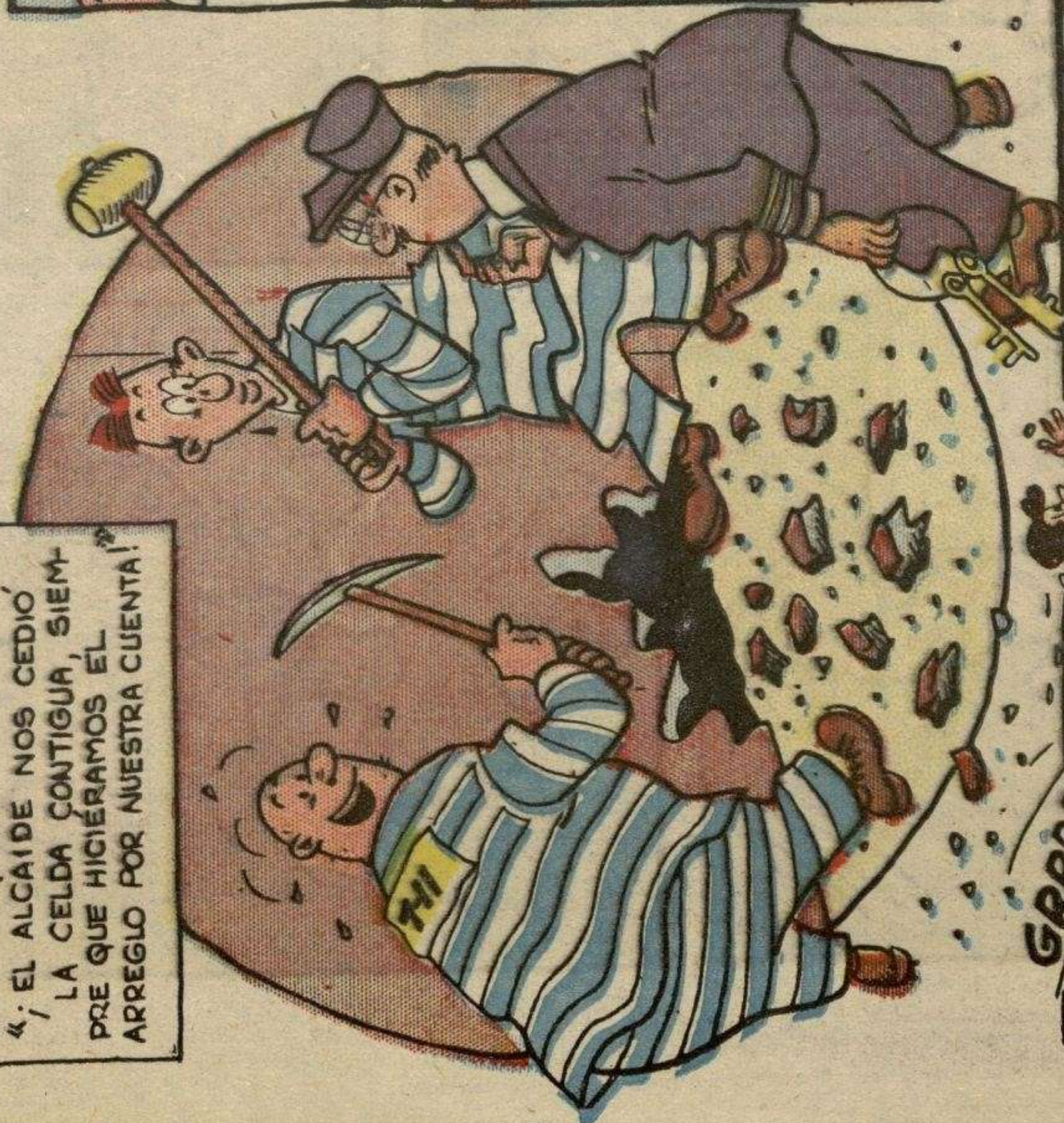
LA VIDA ES ASÍ...



«¿UNA VELA? ¿DE QUÉ NOS SIRVE UNA VELA SI NO TENEMOS NI FÓSFOROS?»



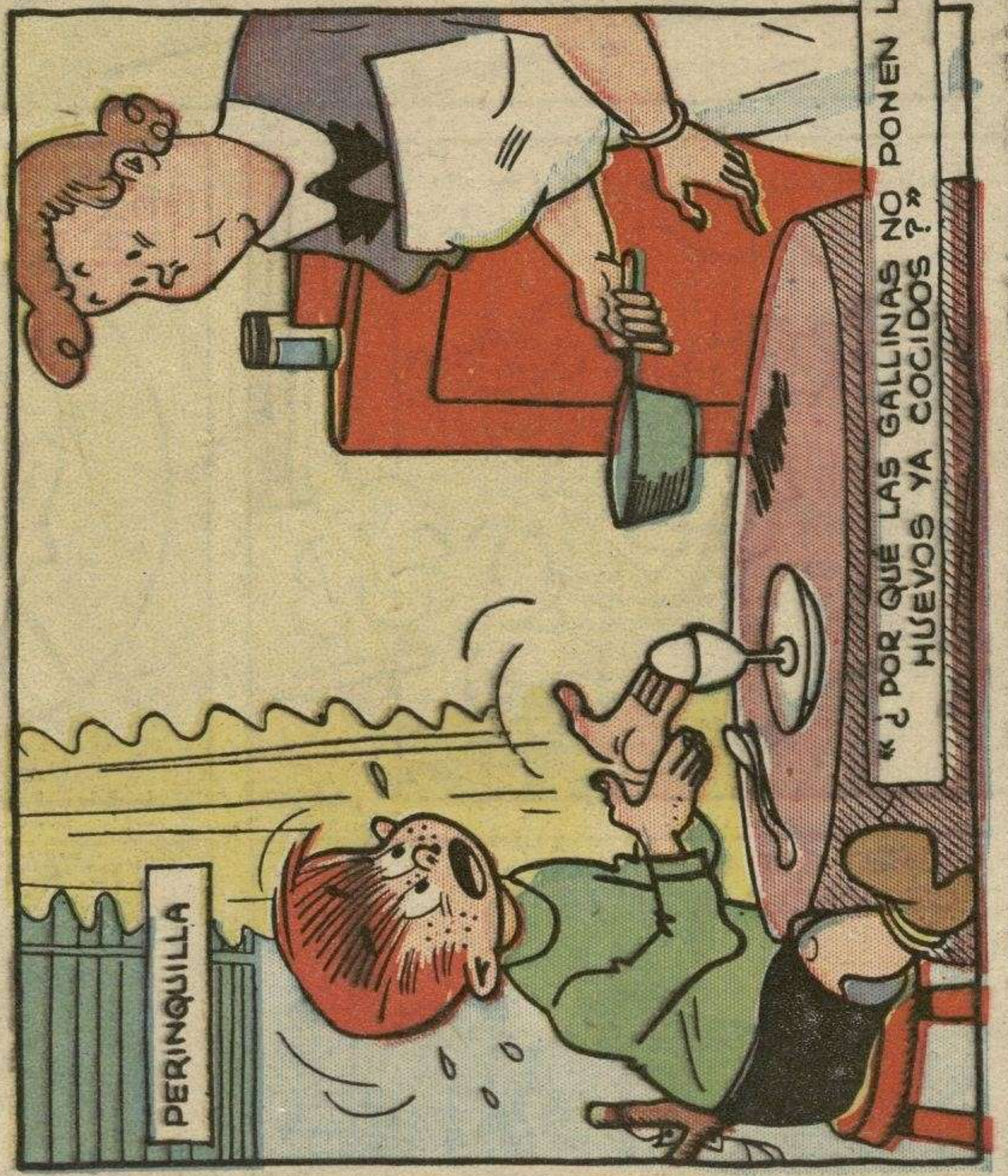
«¡ MARCHÉMONOS ANTES QUE JUGUEMOS LA QUE CAMISA!»



«EL ALCAIDE NOS CEDIO LA CELDA CONTIGUA, SIEMPRE QUE HICIERAMOS EL ARREGLO POR NUESTRA CUENTA!»



«¿ FIRMO CON MI NOMBRE O CON EL DEL DUEÑO DE LA CARTERA?»



PERINGUILLA

«¿ POR QUE LAS GALLINAS NO PONEN LOS HUEVOS YA COCIDOS?»



«¡ SE HA VIRADO LA TORTILLA! ¡EL OSO LE ESTA HUYENDO A MAMA!»

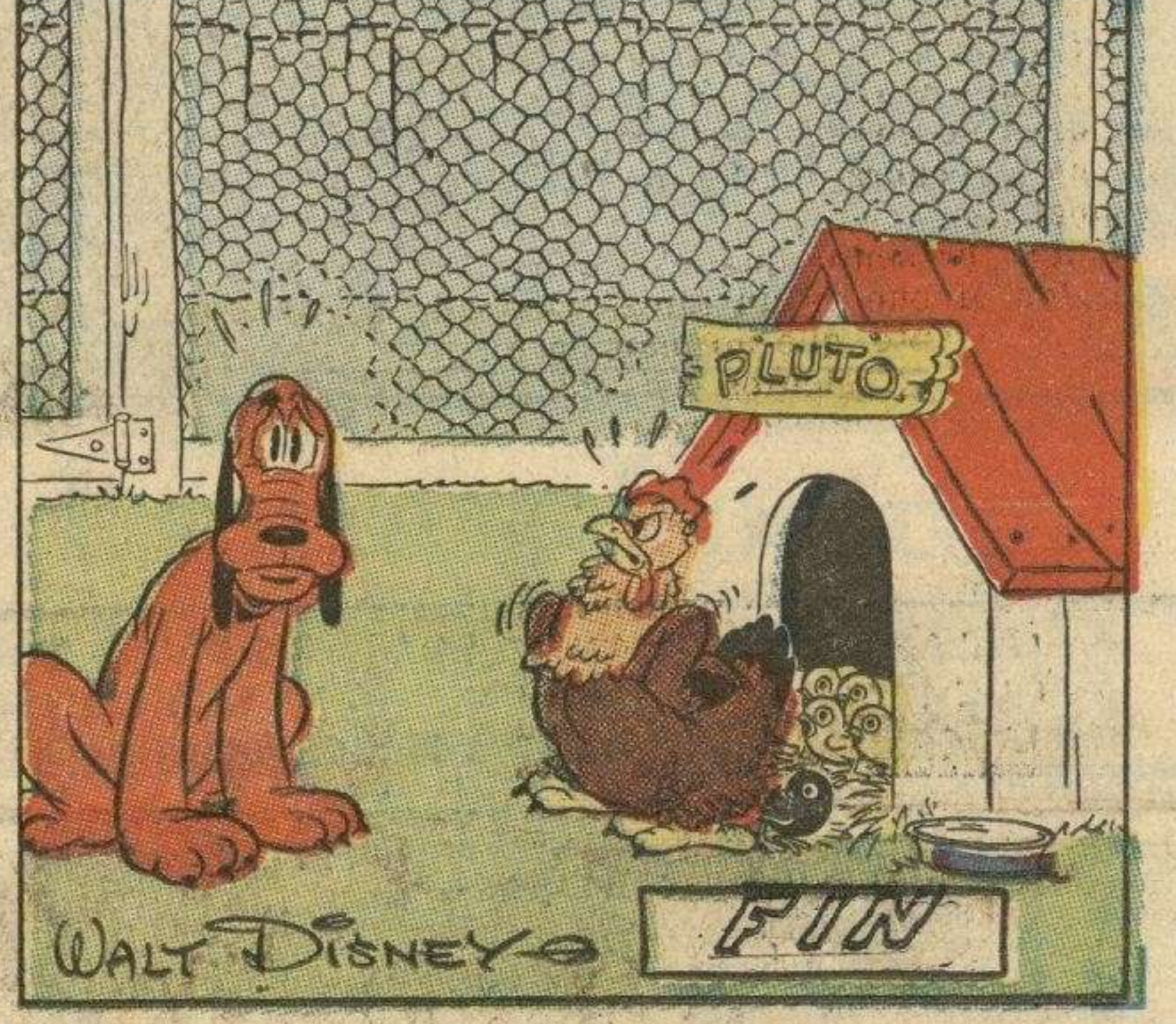
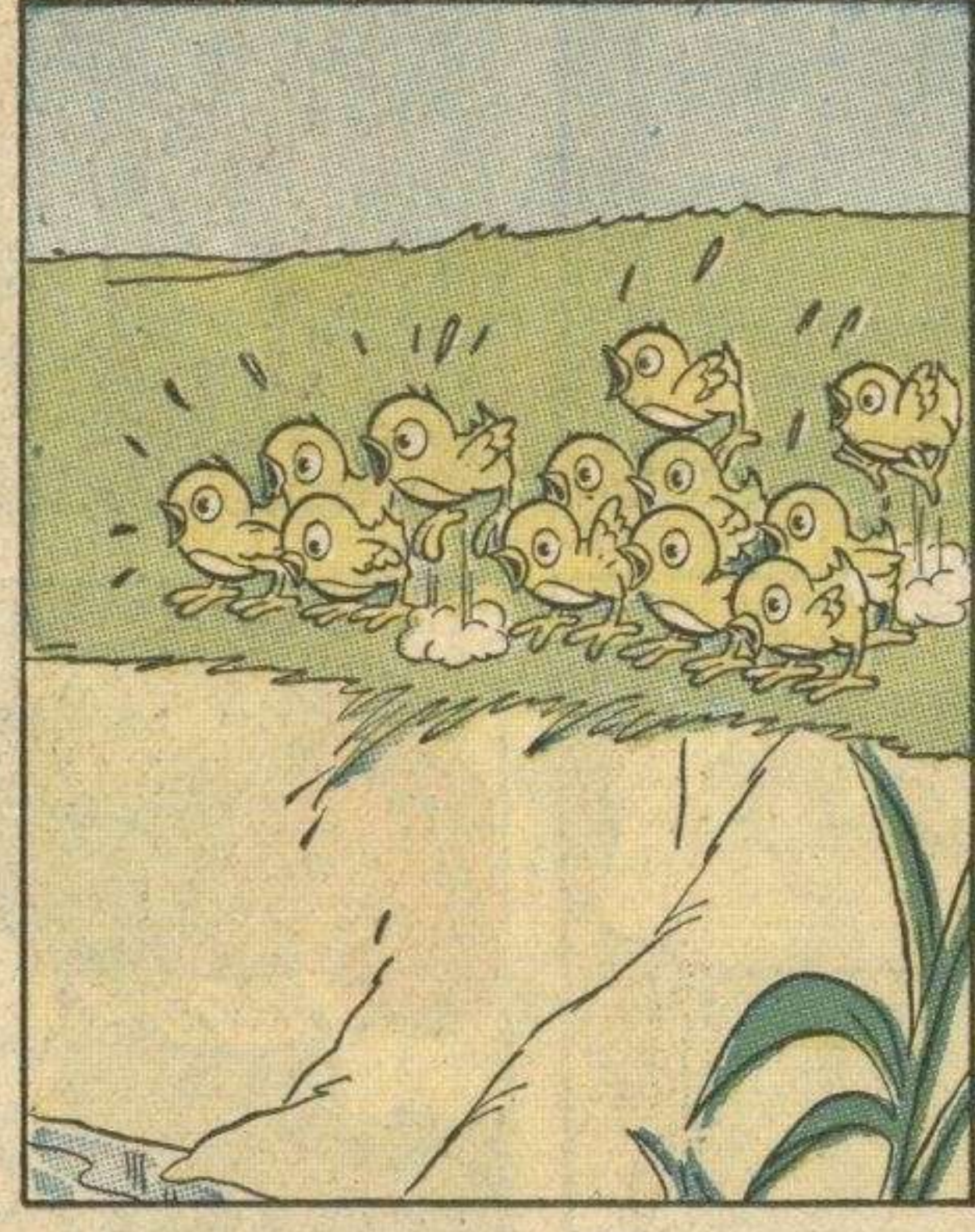
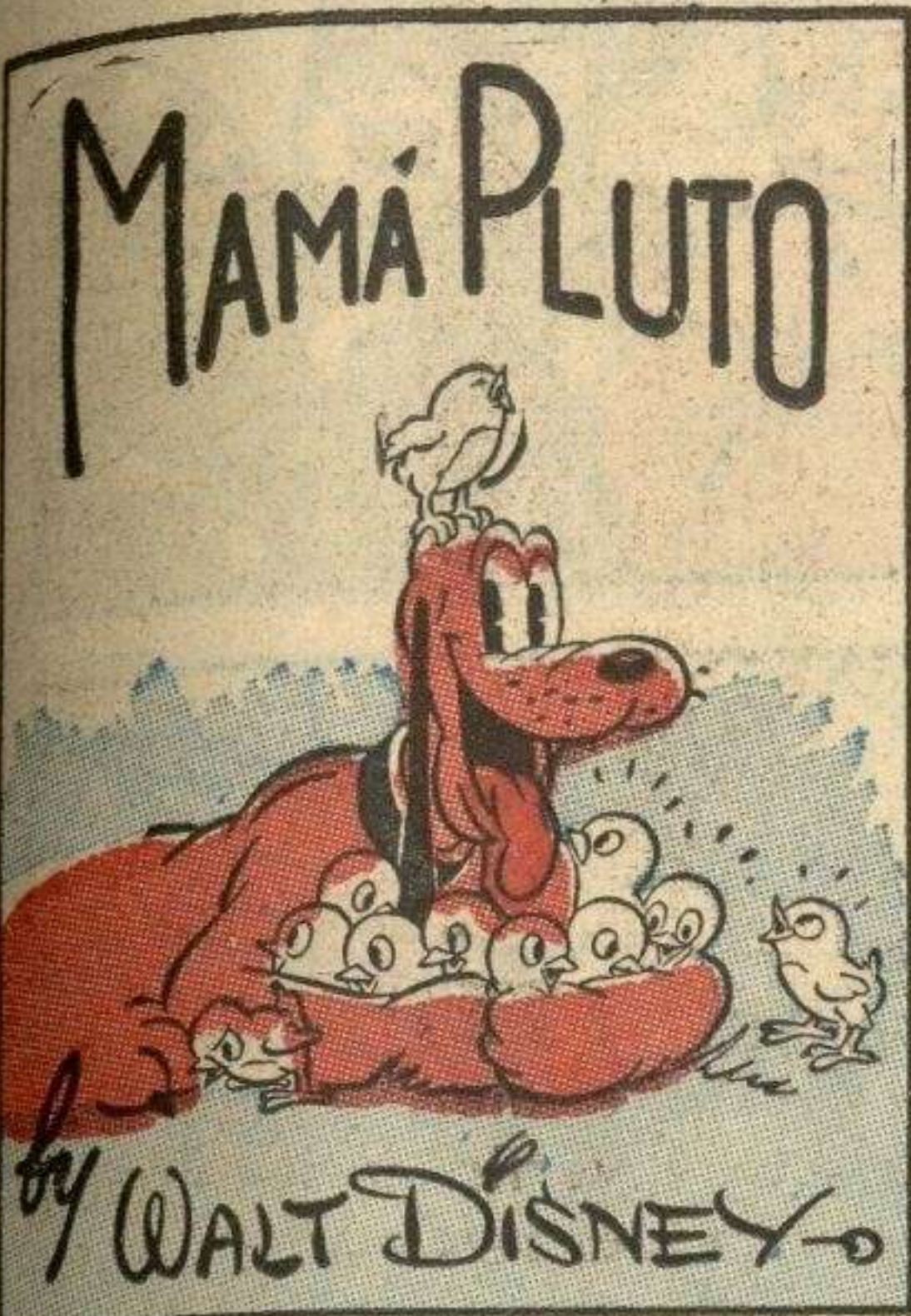
EL LOCOARRIL POR FONTAINE FOX

EL GORDITO
A QUIEN
BUSCABA
MIGUELUCHO
EL BRAVO.



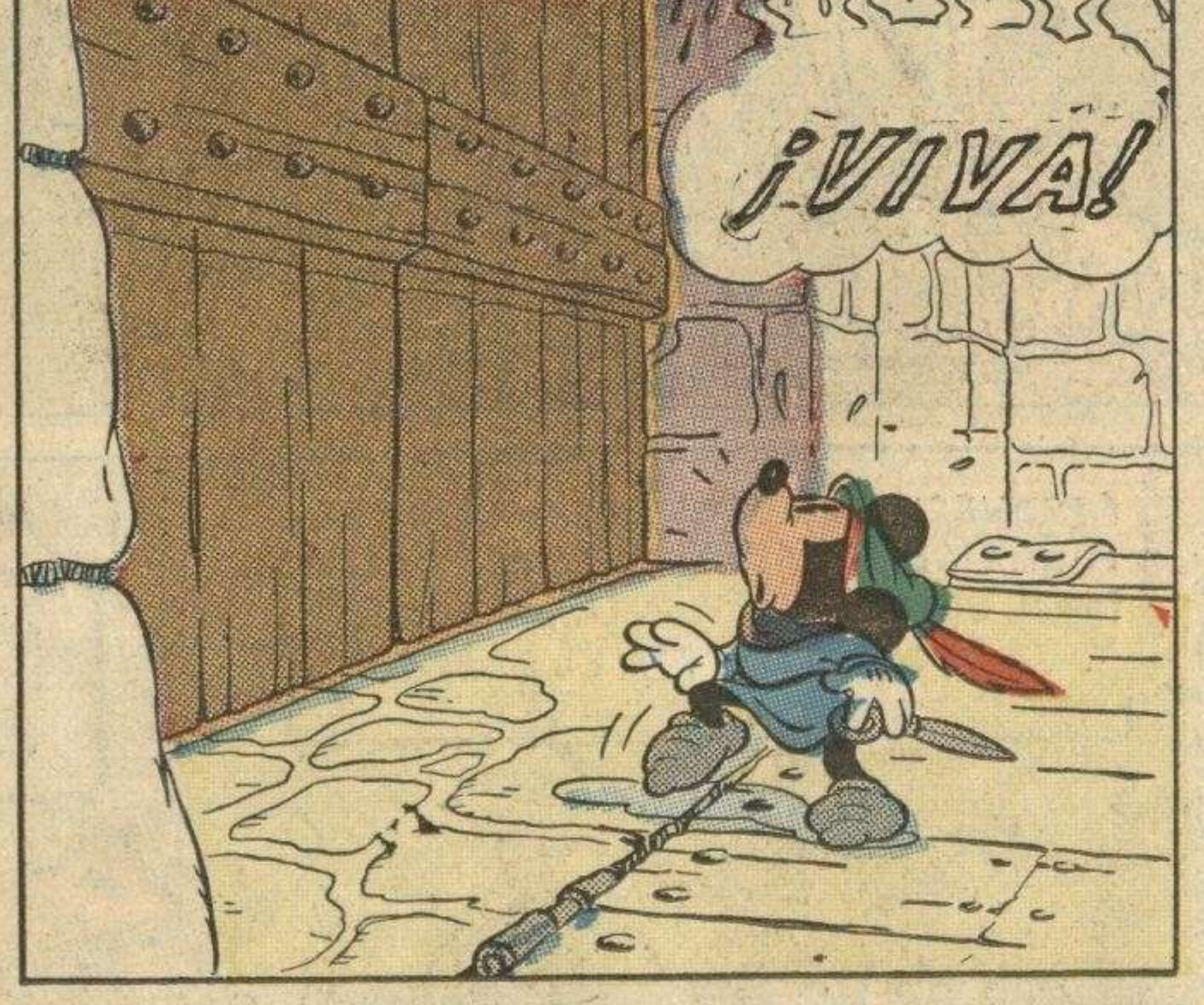
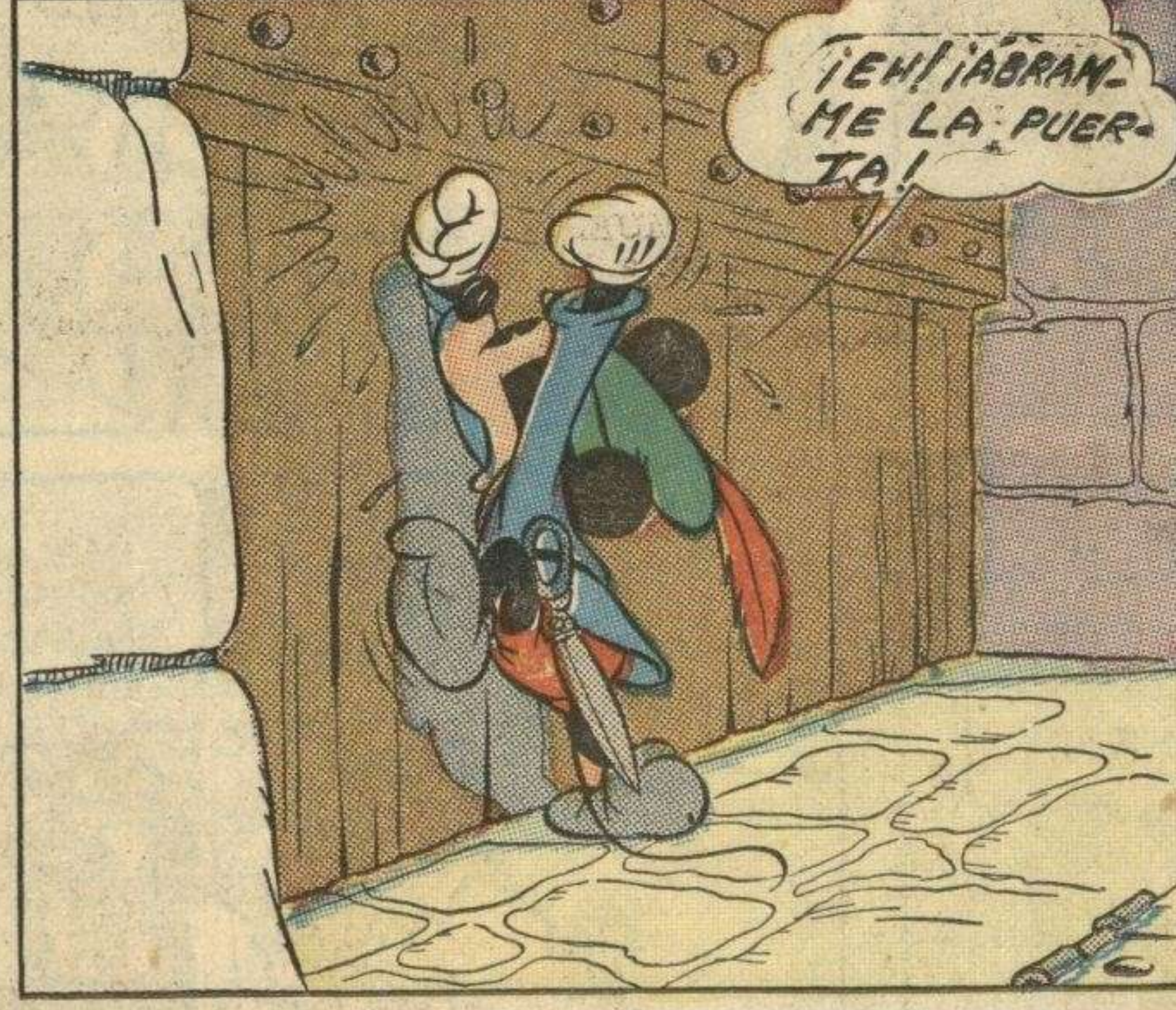
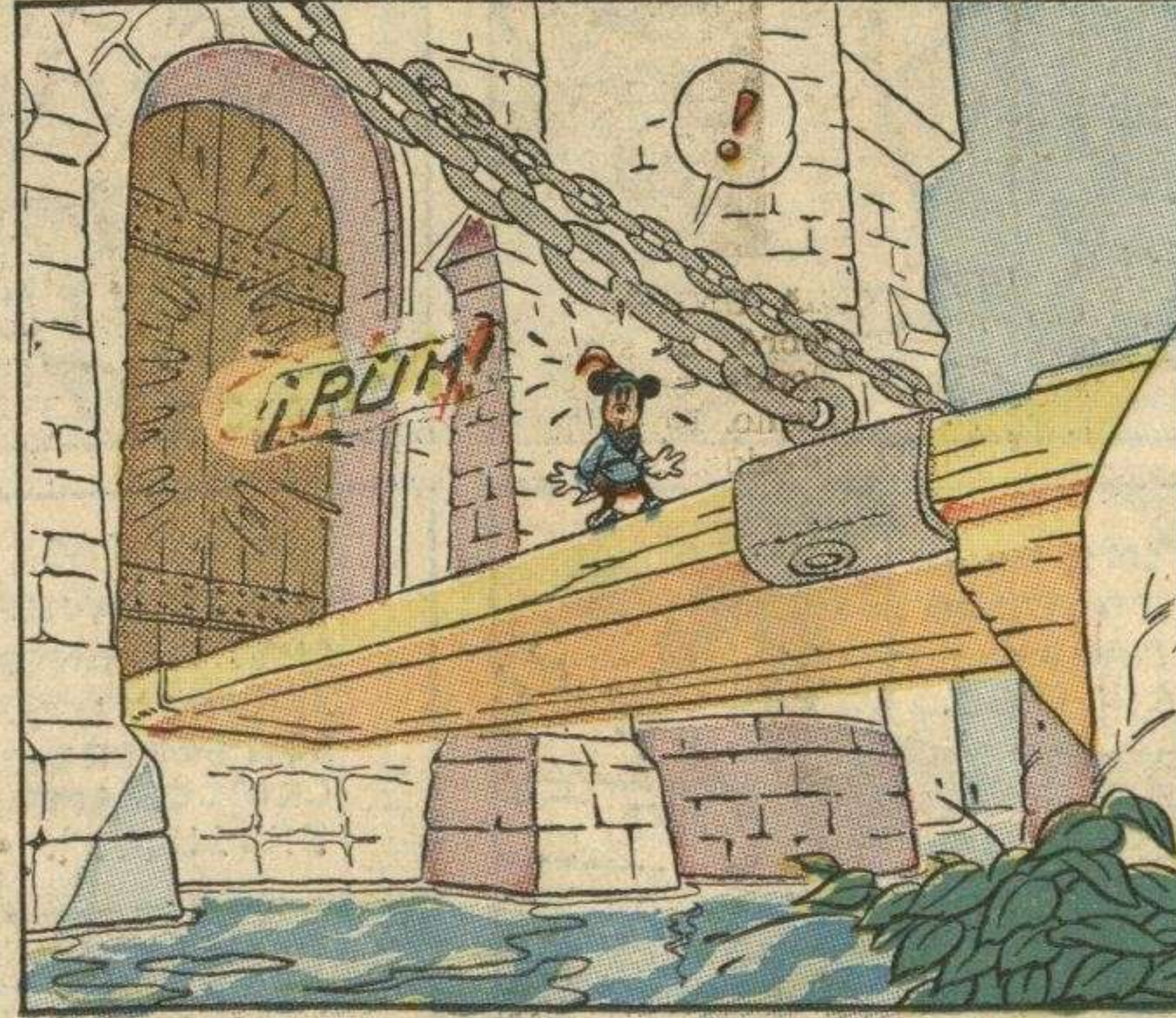
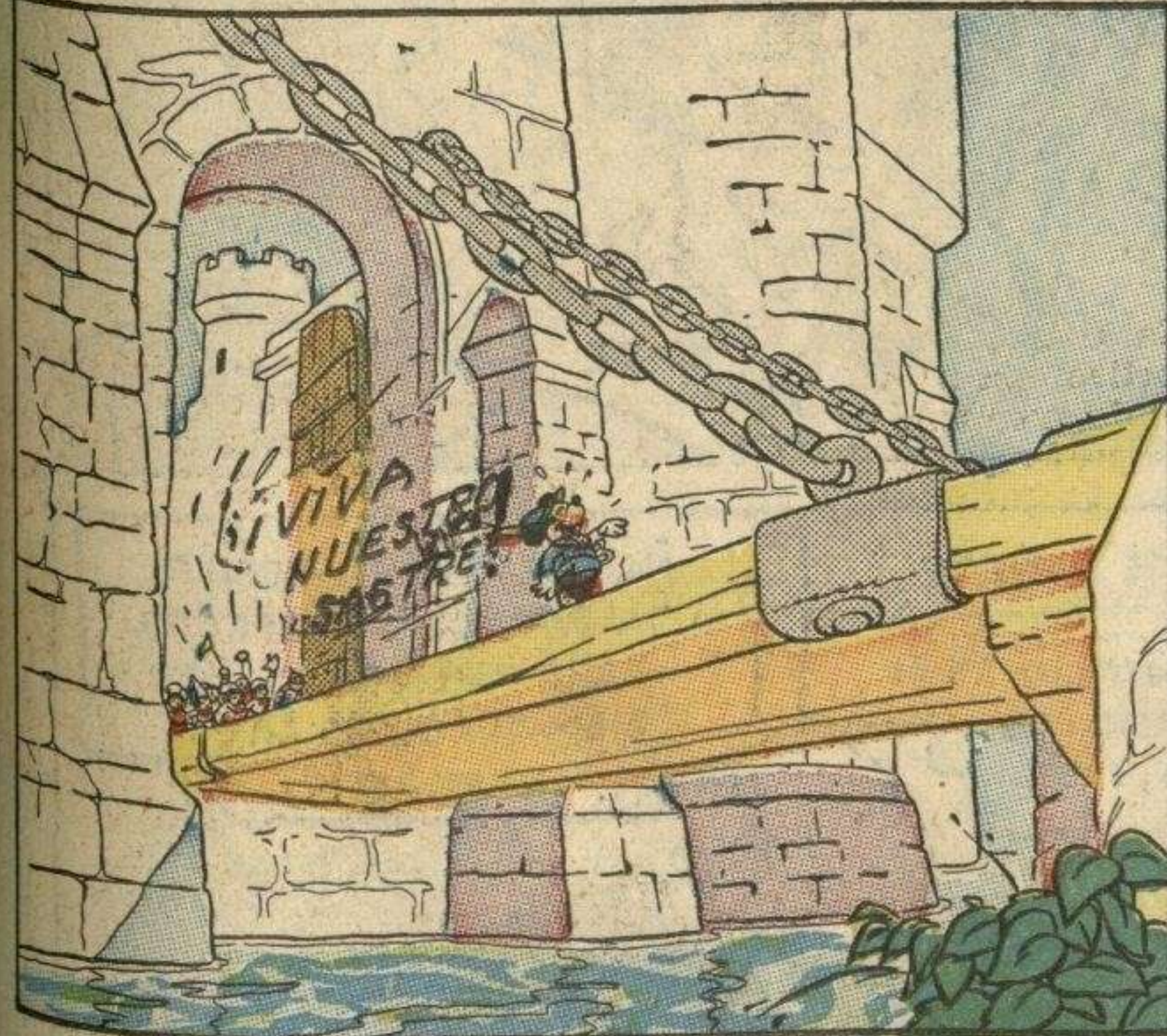
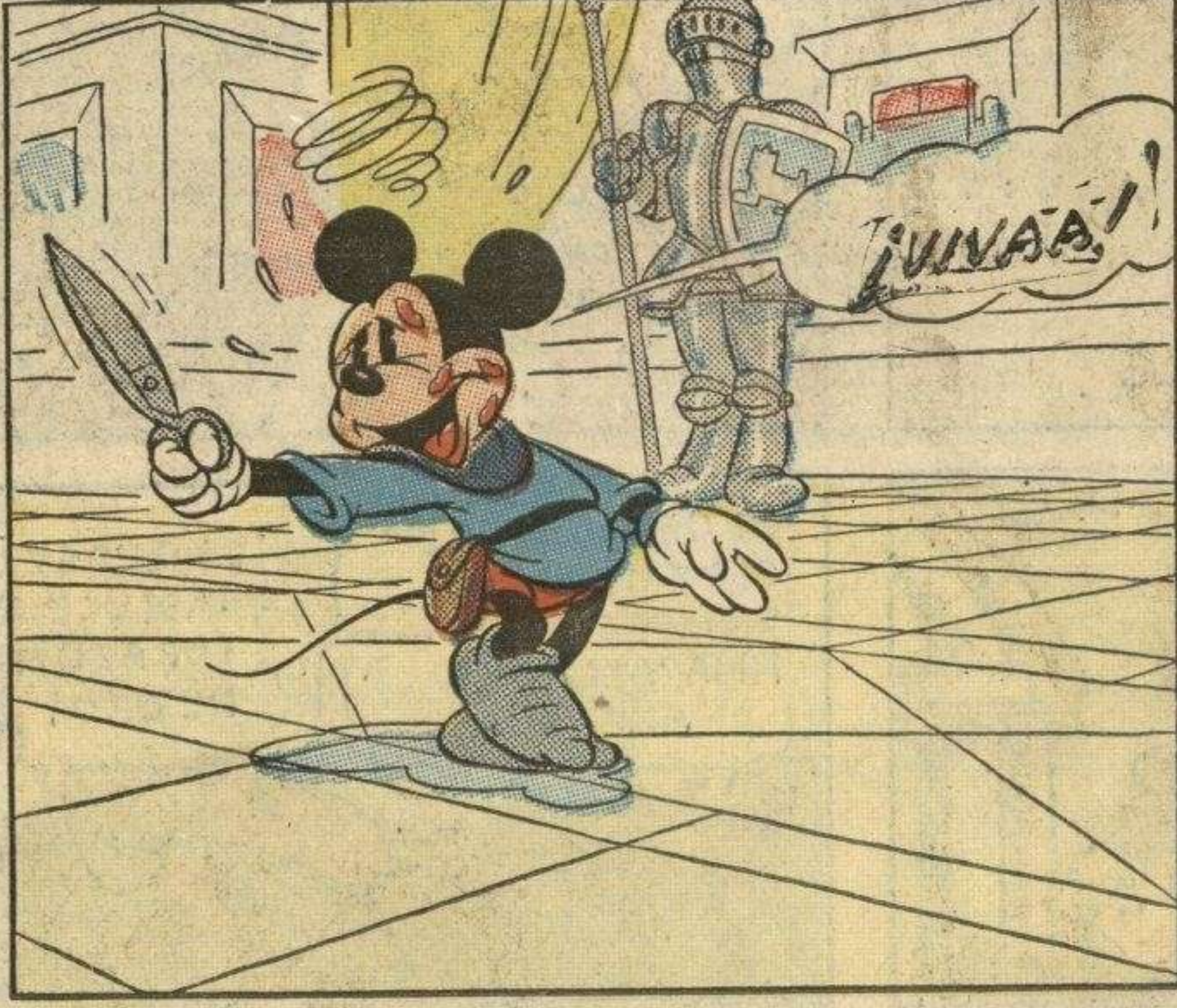
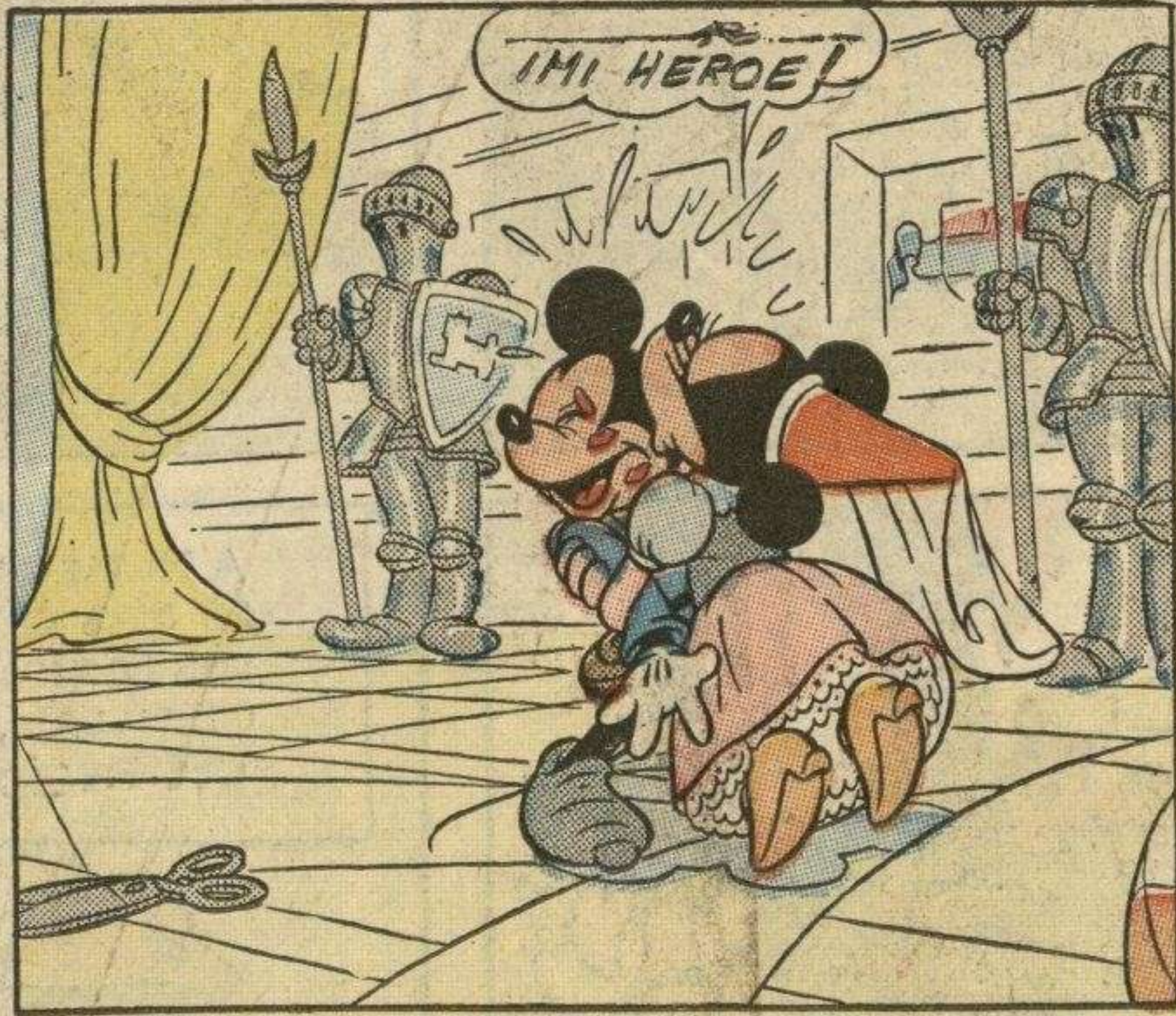
DIARIO DE LA MARINA

HABANA DOMINGO 23 DE OCTUBRE DE 1938



EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE



WANG-LA

BRANDON WALSH -

NUESTROS AMIGOS CAPTURAN A CHANG HO Y A SUS PIRATAS Y LOS GUARDAN PRISIONEROS, PERO ELLOS SE ESCAPAN Y SE REFUGIAN EN LA CAVERNA DE LOS VAMPIROS. SIMULTÁNEAMENTE, UNO DE LOS JUNCOS DE CHANG HO SE ACERCA A LA ISLA.



HACE UNA SEMANA QUE TENEMOS A CHANG HO Y A SUS PIRATAS SITUADOS EN ESA CAVERNA.



LEPETILAMENTE SE HA LICHADO QUE EL TIGLE, AUNQUE LE COLTEN LAS UÑAS, SIGUE SE-LIENDO LE SANGLE.

¡MIREN! ¡AHÍ VIENEN MIS GUERREROS!



¡MIS INLIGNOS OJOS SE LEGOCIJAN ANTE LA VISI-TA LE CUATRO CANOAS LE GUEL'LA!

¡BRAVO! ¡CON CIEN GUER-ROS MÁS DE PARTE NUESTRA, NO TARDEREMOS EN VER A LOS PIRATAS COLUMPIÁNDO-SE EN LA HORCA!



¡LAS CANOAS NO PO-DRÁN RESISTIR ESA TEMPESTAD DE HIERRO!



¡UN SABIO PUELE SEN-TALSE EN UN HOLMI-GUELO; PELO NO TAL- LA EN LEVANTARSE!



¡MIREN! ¡CHANG HO Y SUS PIRATAS!... ¡NOS VAN A COGER ENTRE DOS FUEGOS!



ESTA ESCLITO: ¡BIEN VEN-E GAS, MAL, SI VIENES SOLO!

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh



¡PALABRA QUE CUANDO EL SEÑOR CALVO DIJO QUE ÍBAMOS A VIVIR EN UNA DE SUS CASAS DE CAMPO, YO CREÍ QUE HABLABA DE UNA CABA-NA!



¡ESTA ES NADA MÉNOS QUE UN CASTILLO, COMO EN LAS ESTAMPAS DE LOS CUENTOS DE HADAS!



¡OH! ¡QUÉ PRECIOSOS SON LOS ARBOLES EN OTOÑO! ¡NI QUE HUBIERA CAIDO DEL CIELO UNA TIENDA DE PINTURAS, DEJÁNDOLOS SALPICADOS DE TODOS LOS COLO-RES DEL ARCO IRIS!



¡BUENOS DIAS, SEÑO-RES! ¡HACE BUEN TIEM-PO, ¿VER-DAD?

¡BUENOS DIAS, GUAPA!

¡SÍ QUE HACE UN BO-NITO DÍA, PEQUEÑA, PERO HAY UN OLOR A LLUVIA EN EL AIRE.



ES UN ENCANTO ESA CHIQUILLA... SIEMPRE TAN FINA Y TAN AMABLE.

¡ÉS QUE SE LE TRASLUCE UN CORAZÓN DE ORO!



A MÍ ME DA LÁSTIMA. EL SEÑOR CALVO LA QUIERE MÁS QUE A LAS NIÑAS DE SUS OJOS; PERO LOS PARIENTES DE EL, QUE VIVEN A SUS COSTILLAS, LA COLMAN DE DESPRECIOS.



APROVECHAN TODAS LAS OCA-SIONES PARA MORTIFICARLA. ENTRE SÍ LA LLAMAN GOLFA, MOSTRENCA, HARAPOSA Y OTRAS LINDEZAS POR EL ESTILO.

SON UNOS ENVIDIOSOS. ÉSO ES.



SON UNA BANDADA DE BUITRES QUE SE CIERNEN SOBRE EL SR. CALVO, ESPERANDO QUE MUERA.

HABLAN COMO MILLO-NARIOS, Y NO TIENEN NI PARA MANDAR CANTAR A UN CIEGO.



¡OH! ¡SU CASA ME PARECE UNA MARAVILLA... COMO UN CASTILLO ENCANTADO! Y EL JARDÍN Y LOS ARBOLES SON SOBERBIOS, Y LOS CRIADOS AMA-BILÍSIMOS!

¡NO ME ATREVO A PEDIR TU PARECER RESPECTO A MIS PARIENTES! ¡TU SIEMPRE DICES LA VERDAD!



MODESTO RIZOS



¡USTED NO TIENE CARA DE CRIMINAL, AUNQUE SEA MIEMBRO DE LA BANDA DE "ALE-AYL".

¡CONQUE NO PAREZCO CRIMINAL, ¿EH? ¡Y SIN EMBARGO USTED TRATÓ DE DARMEN UN SILLETAZO!



¡YO ME VOY CON MI PARTE DE ESOS BILLETES, ANTES DE QUE...!

¡NO! ¡NO PUEDES ABANDONARNOS, "MANOTAS"!... ¡ESCUCHA! ¡AHÍ VIENE ALGUIEN! ¡ESCÓNDETE EN LA TRASTIENDA!



¡NO ESPERABA VERLO, SEÑOR TURÓN! ¡VIENE BUSCANDO A CANO? ESTÁ ABAJO!

¿CANO? ¡YO NO CONOZCO A NINGÚN CANO!



¡"MANOTAS", TURÓN ME DIJO QUE NO CONOCÍA A CANO Y SE FUE!

¡PRONTO, TABLADA! ¡LLAMA A "TÉTANO"!



¿CÓMO ESTÁ NUESTRO PRISIONERO, ¿CANO?

BIEN, "MANOTAS", CREÍ QUE NOS HABÍAS DEJADO PLANTADOS.



"MANOTAS" SALTA SOBRE CANO



"TÉTANO", QUE EMBISTE A MODESTO, RECIBE UNA SORPRESA...



...PERO SE REPONE Y DERRIBA AL JÓVEN DE UN CACHAZO



¡SABEMOS QUE TU NO ERES DE LOS NUESTROS!

¡TE DAREMOS UN SOLO MINUTO PARA EXPLICAR QUIÉN ERES Y A QUE HAS VENIDO AQUÍ!

¡NO DIS-PARES "MANOTAS"! ¡VOY A EXPLICARLO TODO!

AVENTURAS DE AGUILUCHO

Lyman Young



¡ES "MORRO" EL GORILA DE MI HERMANA LA REINA LORONO! ¡ELLA LO MANDO A MATARME!...

¡SUERTE QUE AGUILUCHO LOGRÓ TUMBARLO, ALROOD!



¡EL GORILA ESPANTÓ A NUESTROS CABALLOS ANTES DE QUE YO LO VIESE! AHORA TENDREMOS QUE CAMINAR.



¡SU HERMANA DEBE SER UNA MUJER DIABÓLICA, ALROOD! ¡USTEDS ES EL SEGUNDO DE LOS CONDENADOS A MUERTE QUE HEMOS ENCONTRADO!

¡TIVA HABER MÁS, SI NO CONTEMOS SU LÓCO AFÁN DE HACERSE DEL TESORO DEL VALLE NEGRO SIN AYUDA DE NADIE!



¡MORRO! ¡MORRO!... ¡ESTÁ DORMIDO!... ¡NO RESPIRA!



¡NO MIENTO, MAJESTAD! ¡A "MORRO" LO HAN MATADO!



¡YO VÍ COMO UNA BALA LE HABÍA ATRAVESADO EL ESPINAZO!

ENTONCES NO LO MATO, ALROOD, PORQUE NO TENÍA ARMAS.



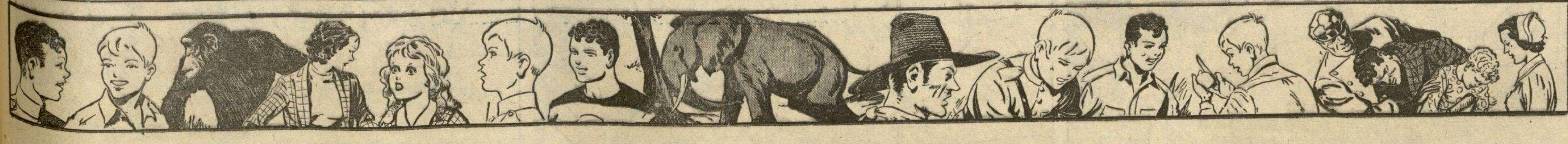
¡CONQUE MI HERMANO HA LOGRADO ESCAPARSE DEL GORILA QUE MANDÉ A MATARLO!

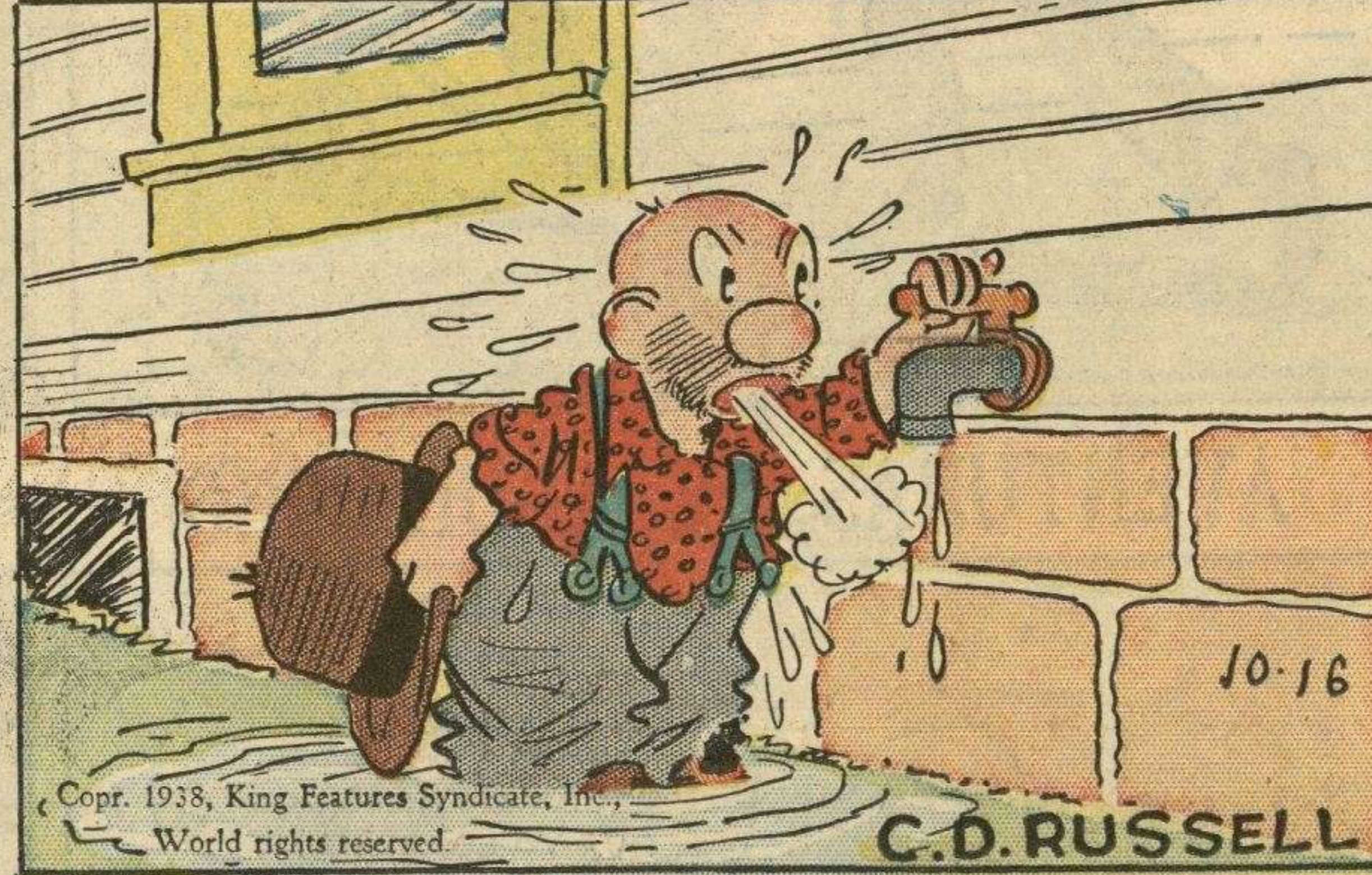
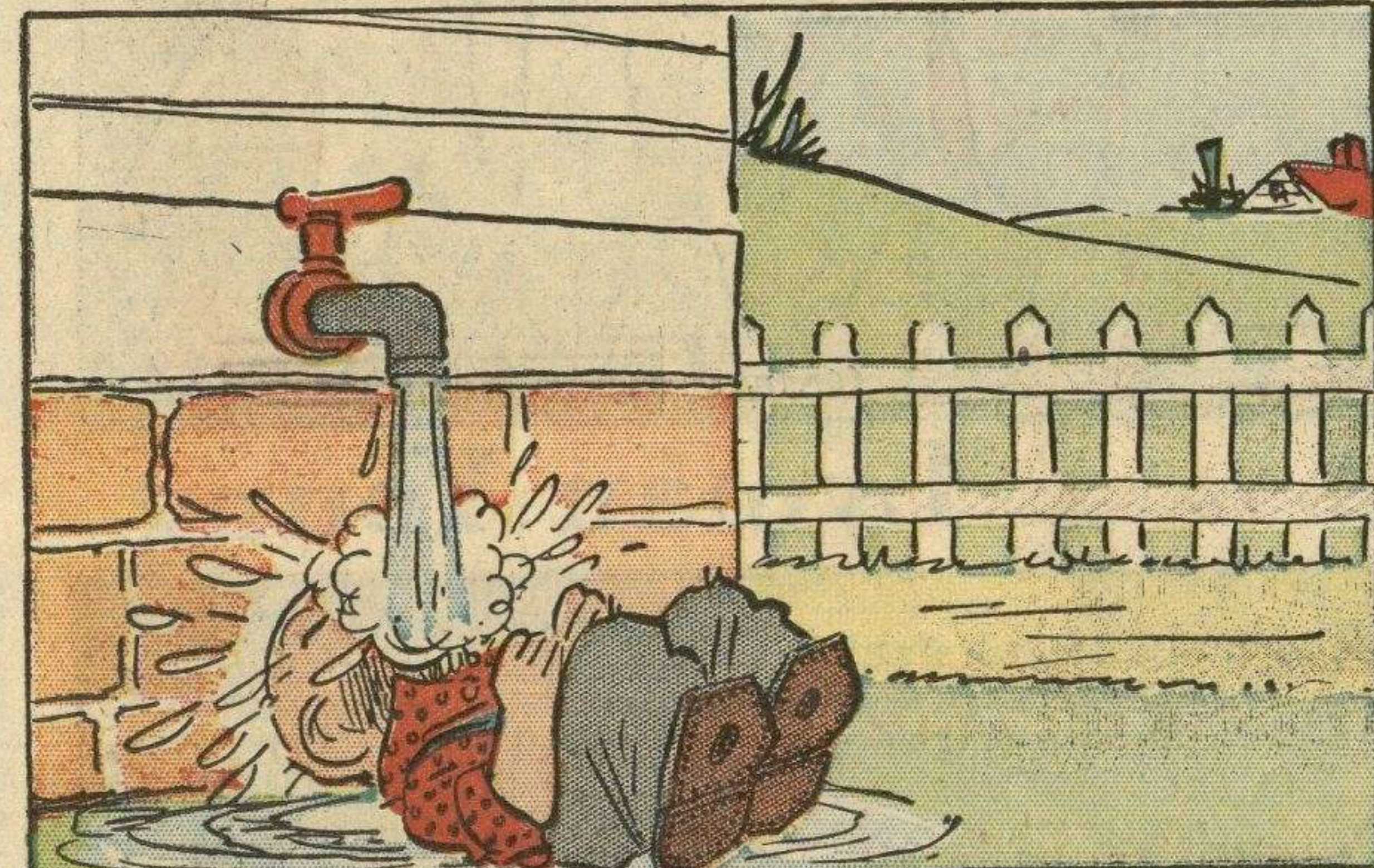
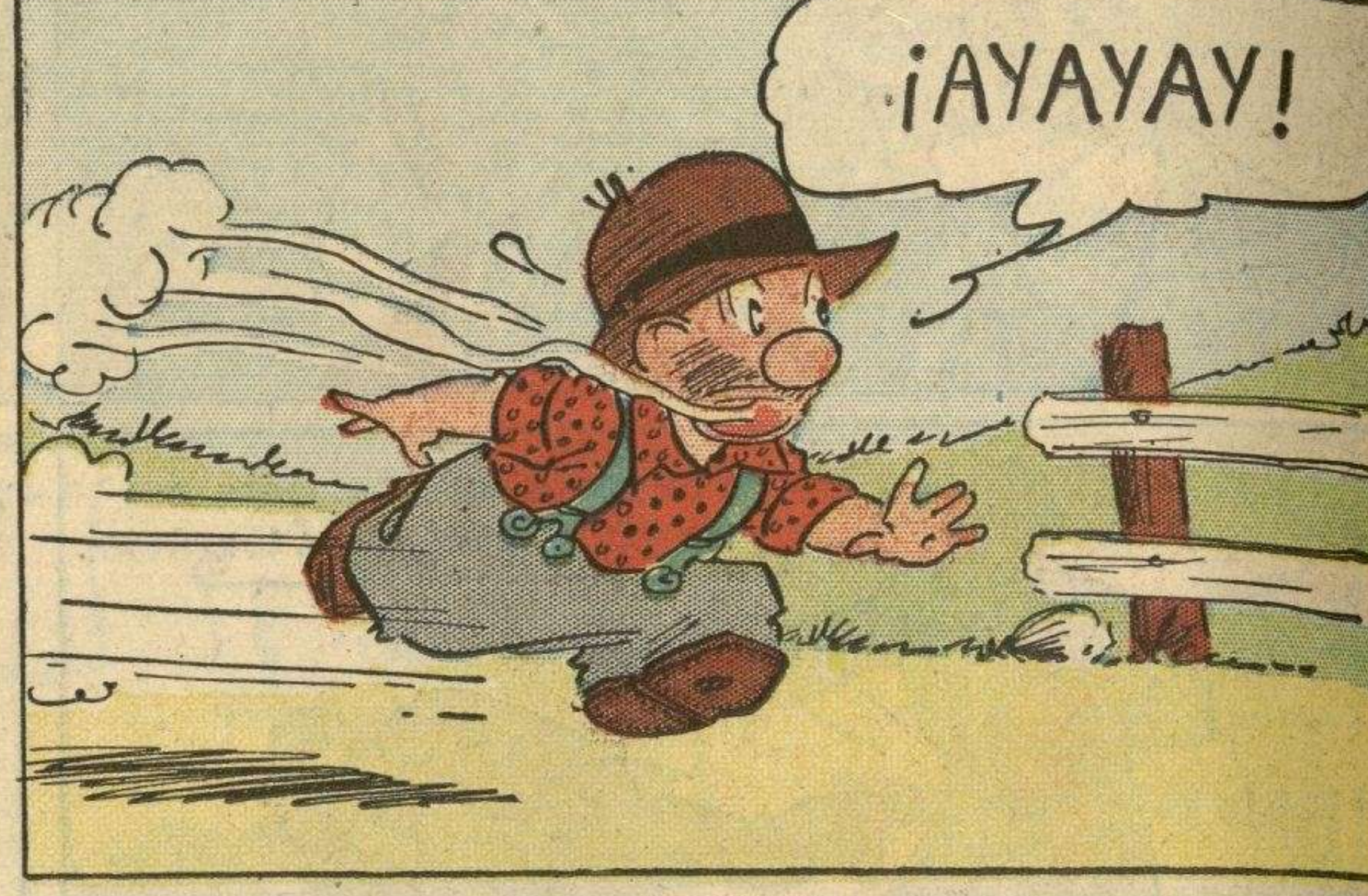
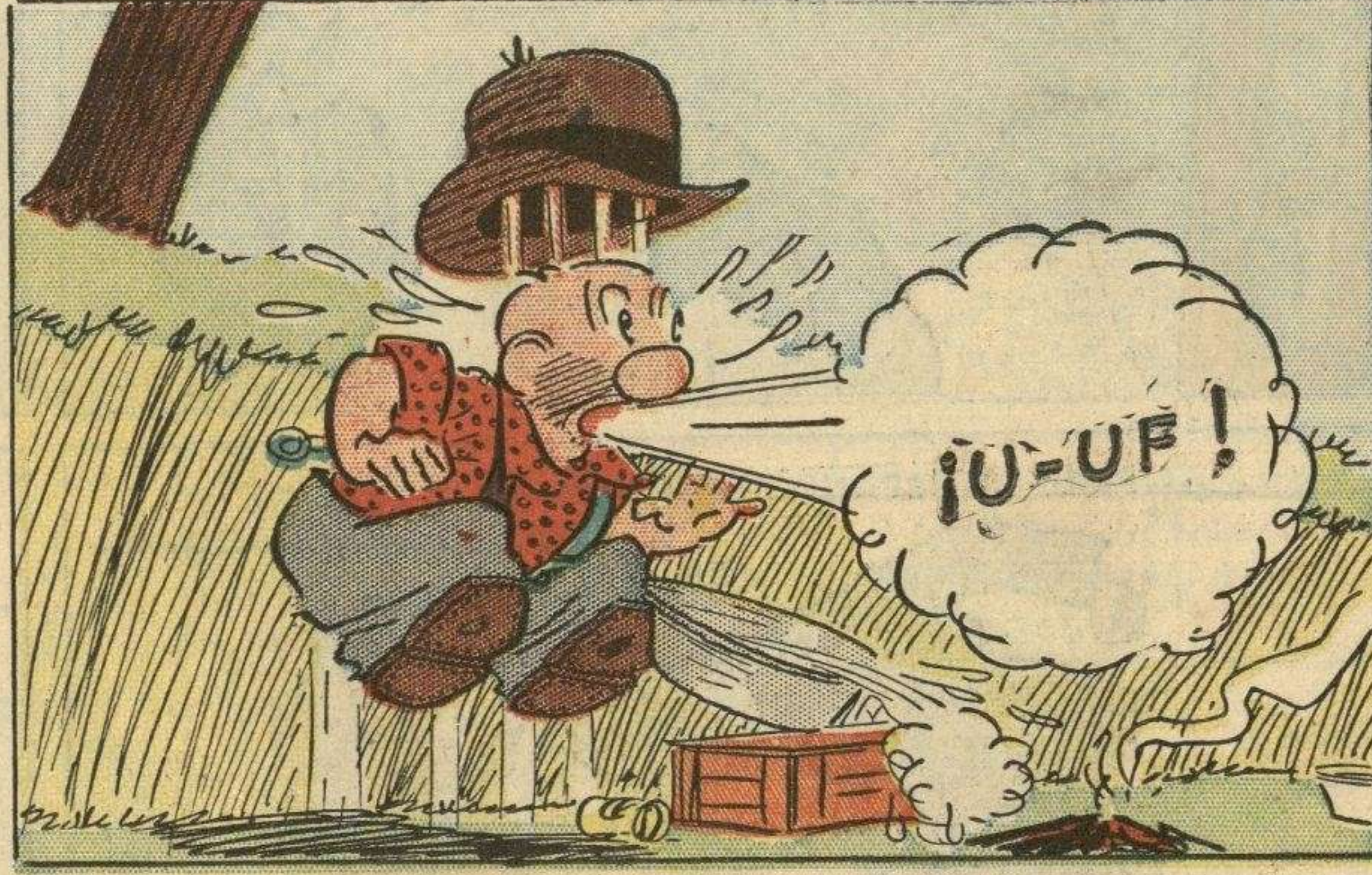
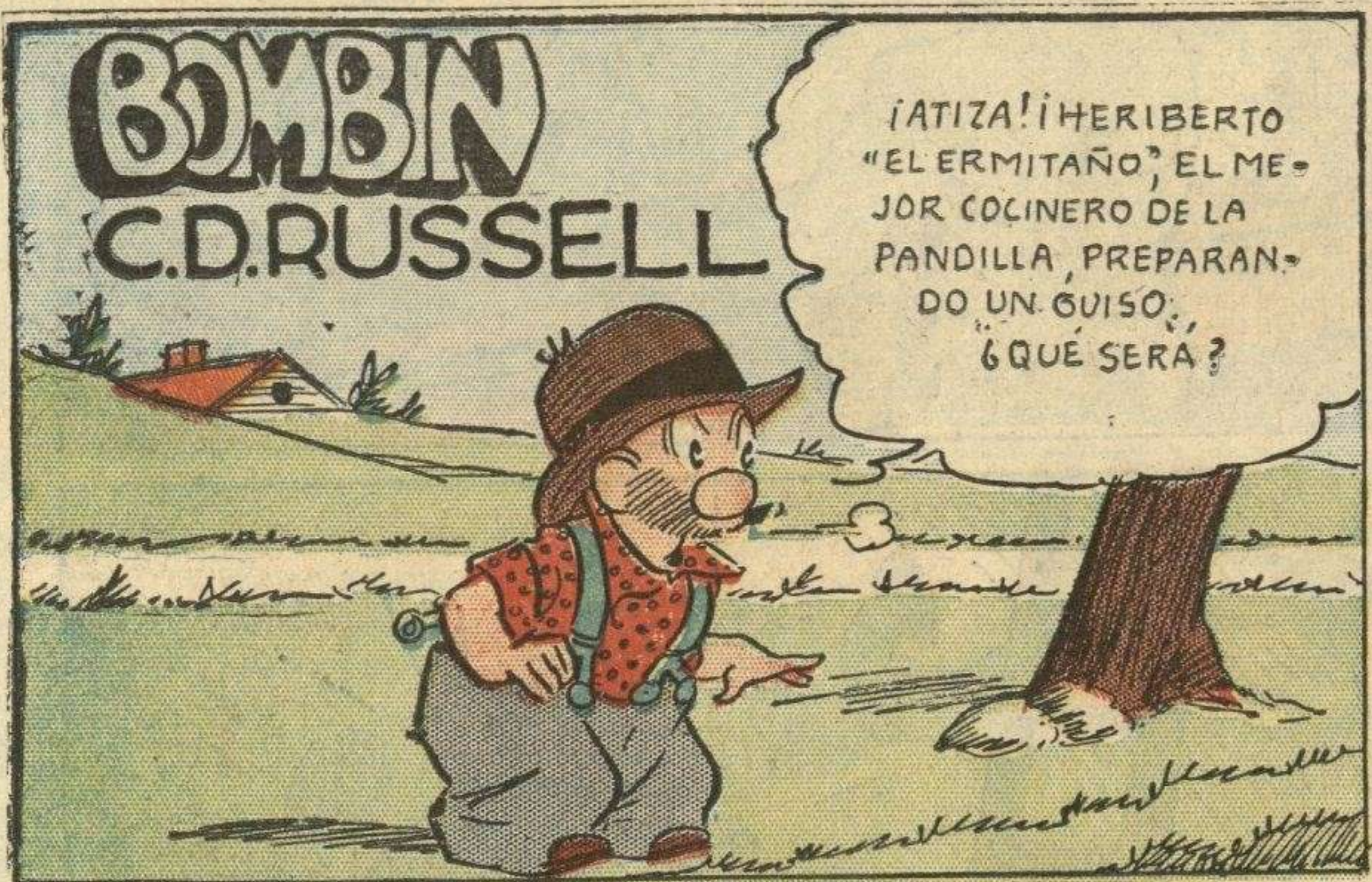


¡TENDRÉ QUE SALIR EN BUSCA DEL TESORO DEL VALLE NEGRO, ANTES DE QUE ALROOD PUEDA SEGUIRME!



¡HAY QUE APURARSE! ¡LORONO TIENE EL ÚNICO MAPA QUE MUESTRA DONDE ESTÁ EL TESORO!





PEDRO HARAPÓS

Registered U. S. Patent Office

